dialéctica

■ Año 15 ■ Número 21 ■ Invierno de 1991

EL COLAPSO DEL *SOCIALISMO REAL*

Textos de: ■ Adolfo Sánchez Vázquez ■ Enrique Semo ■ Michael Löwy ■ Carlos Figueroa ■ Enrique de la Garza ■ Gabriel Vargas Lozano ■ Mario Salazar Valiente

Las elecciones del 18 de agosto y la democracia de mercado

Por una nueva alternativa para el pensamiento crítico

Cuba: ¿hay una salida?

Información y crítica de libros

REVISTA DE FILOSOFÍA, CIENCIAS SOCIALES, LITERATURA Y CULTURA POLÍTICA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

15 mil pesos

Universidad Autónoma de Puebla

Rector: Licenciado José Dóger Corte
Secretario general: Licenciado Víctor Espíndola
Director de Extensión: *Maestro Roberto Hernández Oramas*

dialéctica

Dirección: Gabriel Vargas Lozano y Roberto Hernández Oramas

Consejo Editorial: Alfonso Vélez Pliego, María Teresa Colchero, Carlos Figueroa Ibarra, Lucio Oliver, Mario Salazar Valiente

Consejo Asesor: Adolfo Sánchez Vázquez, Pablo González Casanova, Enrique Semo, Sergio Bagú, Agustín Cueva, Angelo Altieri, Sergio de la Peña, Jaime Labastida, Georges Labica, István Mészáros

Consejo de Colaboración Nacional: José Dóger Corte (coordinador), Severo Martínez Peláez, Carlos González Durán, Alberto Saladino, José Luis Balcárcel, Miguel Concha, Enrique Dussel, Enrique de la Garza, Silvia Durán Payán, Françoise Perús, José Luis González, Carlos Vilas, Bolívar Echeverría, Arnoldo Martínez Verdugo, Raquel Sosa, María Rosa Palazón, Héctor Díaz Polanco, Salvador Millán, Irene Sánchez, Alejandro Gálvez, Graciela Arroyo Pichardo, Edith Antal, Betania Allen, Francisco Piñón, César Delgado, Estela Kalloni, Mercedes Durand, Carmen Lira, Sol Arguedas, Saúl Ibargoyen, Néstor García Canclini, Arnaldo Córdova, Lucrecia Lozano, Adolfo Sánchez Rebolledo, Dimas Lidio Pitty, Javier Mena, Jorge Turner, Eduardo Montes, Ilán Semo, Elvira Concheiro, Gilberto López y Rivas, Jaime Ornelas, Manuel Becerra, Felipe Zermeño, Sonia Gojman, Dora Kannoussi, Pablo Maríñez, Roberto Escudero, Felipe Campuzano

Nota: Los miembros extranjeros que integran los comités de *Dialéctica* se abstienen de suscribir cualquier opinión que se refiera a la política nacional

Dialéctica, año 15, núm. 21, invierno de 1991 ■ Revista trimestral ■ Precio por ejemplar: 15 mil pesos ■ Correspondencia: Reforma, 913; 72000 Puebla, Pue.; teléfono 42 63 63; o al apartado postal 21-579; México, D.F. ■ Suscripciones por cuatro números en la República Mexicana: 75 mil pesos / En los Estados Unidos, Canadá, Centro y Sudamérica, y Europa: 40 dólares US ■ Tiraje: 3 mil ejemplares

suscripciones

HEMEROTECA

dialéctica

■ Año 15 ■ Número 21 ■ Invierno de 1991

■ **Editorial** / Por una nueva alternativa para el pensamiento crítico, 2

■ **Ensayos** ☐ ¿De qué socialismo hablamos?, *Adolfo Sánchez Vázquez,* 7 ☐ 1989: revolución popular en el Este, *Enrique Semo,* 28 ☐ Doce tesis sobre la crisis del *socialismo realmente existente, Michael Löwy,* 49 ☐ Socialismo y revolución en Centroamérica, *Carlos Figueroa Ibarra,* 57 ☐ La crisis del socialismo real, retos para el marxismo, *Enrique de la Garza Toledo,* 73 ☐ Marxismo y filosofía al final del siglo XX, *Gabriel Vargas Lozano,* 89 ☐ Marx y el estalinismo (¿Extinción o vigencia de Marx?), *Mario Salazar Valiente,* 109

■ **Artículos** ☐ Las elecciones del 18 de agosto y la democracia de mercado, *Gabriel Vargas Lozano,* 130 ☐ Cuba: ¿hay una salida?, *Lucio Oliver,* 133

■ **Informaciones** / Conferencia de Académicos Socialistas, *Betania Allen,* 137; El pensamiento de Marx en los umbrales del siglo XXI, 139; IV Simposio de Filosofía Contemporánea, 139; Conferencia de la Izquierda Socialista, 140; El Socialismo en el Umbral del Siglo XXI, 140

■ **Crítica de libros** / Crónica de un derrumbe, *Gabriel Vargas Lozano,* 141; ¿Saltar al reino de la libertad?, *Jorge Turner,* 142; Valiente mundo nuevo, *María Teresa Colchero,* 143

☐ Cuidado de la edición: *María del Carmen Merodio* y *Miguel Ángel Guzmán* ☐ Diseño y diagramación: *Fernando Rodríguez* ☐ Producción editorial: *Equipo Editor, S.C.;* Ámsterdam, 33-B; primer piso; colonia Hipódromo; 06100 México, D.F.; teléfono 211 86 86

EDITORIAL

POR UNA NUEVA ALTERNATIVA PARA EL PENSAMIENTO CRÍTICO

Con este número, la revista *Dialéctica* inicia una nueva etapa de su existencia. El primer periodo cubrió un espacio de doce años (1976-1988), durante el cual se publicaron veinte volúmenes dedicados a temas de importancia para una cultura crítica. En sus páginas colaboraron, desinteresadamente, muchos de los más prestigiados autores nacionales e internacionales.

La revista *Dialéctica* fue fundada, en su primera época, como órgano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UAP. El Consejo de Gobierno de la Facultad, con el apoyo de las más altas autoridades de la Universidad, acordó su creación, instancias directivas y reglamento interno. A partir de ese momento, obtuvo siempre su aprobación y respeto irrestricto a la política del Consejo Editorial. Agradeceremos siempre esa actitud, que permitió una gran libertad en la definición de la línea editorial.

Como se dijo en el primer número, *Dialéctica* nació de una doble necesidad: por un lado, la de mostrar que el compromiso político que pudiera asumir una universidad de izquierda no estaba reñido necesariamente con la calidad académica; y por el otro, la de crear un medio que lograra constituirse en una alternativa en la cultura política nacional. El primer objetivo creemos que fue conseguido. El segundo, en cambio, debido a las enormes dificultades de distribución que enfrentan las publicaciones universitarias; la falta de recursos, que dependían en ocasiones de la escasez del presupuesto estatal y en otras de la voluntad política de no otorgarlo; la pérdida del ritmo normal de periodicidad; y la falta de un equipo que se dedicara de una manera profesional a la publicación de la revista, provocaron que no adquiriera la penetración debida. Hoy, con una nueva estructura, intentaremos resolver estas dificultades.

A través de sus páginas, *Dialéctica* fue abordando problemas que en su momento ocupaban la atención de una comunidad universitaria preocupada por la dimensión política de la teoría. Algunos de sus números fueron dedicados a temas como el althusserianismo; la historia social de América Latina; el psicoanálisis; la crisis del marxismo; los debates italianos en torno a la

filosofía política; el pensamiento de Gramsci; los sentidos de la dialéctica y el socialismo en el umbral del siglo XXI, entre otros.

La revista organizó presentaciones, mesas redondas, ciclos de conferencias, coloquios y otras actividades en diversos lugares del país, contando para ello con la colaboración de muchos amigos. Destacan también la iniciativa nacional para la conmemoración del centenario de la muerte de Carlos Marx en 1983 y el coloquio que sobre el tema "marxismo y cultura política en la crisis actual" llevamos a cabo en la UAP en abril de 1987, y cuyas ponencias publicamos en el número 19.

Hoy nos encontramos ante una nueva situación.

En el ámbito internacional, asistimos a una reordenación mundial producida por fenómenos como el derrumbe del llamado socialismo real, cuya última manifestación ha sido el proceso de desintegración de la URSS; la integración de bloques económicos en Europa, Asia y América del Norte; una estrategia de dominio por parte del imperio norteamericano, que no se ha detenido en el genocidio del pueblo panameño o iraquí (sin que pretendamos defender a personajes como Noriega o Hussein); y una serie de complejas transformaciones en el área del saber y la comunicación, entre muchos otros fenómenos.

En el ámbito nacional, estamos bajo los efectos, por un lado, de la crisis de un modelo económico-social, que mostró su agotamiento a finales de los sesenta, y de las nuevas condiciones internacionales. El modelo económico-social intentó ser revitalizado por el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976) con una apertura del sistema político que permitiera dar una salida a la creciente inconformidad que se gestaba y un endeudamiento externo cuyos recursos fueron utilizados en forma populista. El sexenio terminó con una fuerte devaluación y un mayor deterioro de las condiciones de vida de la población en general. Durante el periodo de José López Portillo (1976-1982) se pretendió resolver los males ancestrales del país por medio de un nuevo endeudamiento externo para la petrolización de la economía. En la imaginación del gobernante, a una sociedad opulenta le correspondía una expresión política desarrollada y moderna. Por tal motivo, se aprobó en la Cámara de Diputados una reforma que pretendió incluir a todo el espectro de las organizaciones políticas. La primera estrategia desembocó en una bancarrota dramática de la economía nacional al operarse, en 1982, la caída de los precios del petróleo derivada de una estrategia internacional planeada por los países

UAM-I COORD. SERV. DOC. HEMEROTECA

más industrializados del mundo, para poner de rodillas a la OPEP. La segunda, permitió una mayor expresión de la disidencia de derecha y de izquierda en el país. Todo el mundo en México recuerda las medidas desesperadas de JLP, al finalizar su sexenio, con el anuncio de la nacionalización de la banca y la tardía imposición de medidas como el control de cambios. De 1982 a 1988, Miguel de la Madrid prepara la situación actual con nuevos endeudamientos: el pago puntual de los intereses; la apertura del mercado nacional a las compañías transnacionales con el ingreso de México al GATT; la atracción del capital especulativo con la instalación de la Bolsa de Valores y una limitación de la reforma política implantada por JLP, entre otras medidas. En 1988, a propósito de las elecciones presidenciales, por primera vez en la historia posrevolucionaria se produce un enfrentamiento entre tres grandes fuerzas: las del partido oficial, las de la derecha y las de centro-izquierda encabezadas por un recién constituido Frente Democrático Nacional, de corta vida. Los resultados de la elección no fueron claros y los pormenores de dichas elecciones se empiezan a conocer a través de estudios, entre los que destacan los libros *Primero y segundo informes sobre la democracia en México*. Hoy algunas fuerzas políticas no quieren hablar más de ello, pero los resultados están a la vista: en la actualidad se está poniendo en práctica una política que implica una radical modificación de la línea que siguieron los gobiernos posrevolucionarios. Esta política consiste en un debilitamiento del Estado social; la privatización de las empresas públicas (entre ellas la banca nacionalizada); la negociación de un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá que, sin duda, modificará la ya deforme estructura económico-social de nuestro país; la recomposición de las alianzas políticas que conformaban el anterior sistema; la retracción de la política de no alineamiento seguida por los regímenes anteriores; y, finalmente, la aplicación de un programa de *solidaridad*, para tratar de aliviar la miseria extrema de 17 millones de mexicanos (entre los que se encuentran en primer lugar los pueblos indígenas) y de 23 millones más en condiciones de pobreza.

En 1968, con la represión al movimiento estudiantil-popular, el gobierno había acentuado a tal grado sus rasgos autoritarios que parecía desembocar en una dictadura sin más, empero, debido a la presión de los movimientos insurgentes del pueblo, así como la habilidad de los gobiernos en turno, se abrieron espacios para el disentimiento público, ampliándose las libertades de ex-

presión y el registro legal de organizaciones políticas opositoras. Se inicia, entonces, un proceso que se ha dado en llamar *de transición democrática*. En la actualidad, una de las necesidades políticas, sociales y culturales más importantes es la de consolidar, tanto formas democráticas estables, como una conciencia social de que ésta es la única vía para la solución pacífica de los conflictos y una de las formas de incorporar a todos los agentes históricos a las grandes decisiones nacionales. A pesar de todo, en nuestro país hace falta mucho para que la democracia política pueda ser una realidad y, de igual forma, para que exista un régimen bien constituido de partidos.

Ahora bien, ¿qué ha ocurrido con la izquierda? La izquierda en nuestro país ha sido afectada también por todos estos cambios. El colapso del modelo estalinista implantado tanto en la URSS como en Europa del Este y su solución conservadora en aquellos países, junto a una serie de fenómenos que se habían venido gestando en las últimas décadas, han ocasionado una verdadera crisis de identidad socialista que amerita un largo proceso de reelaboración crítica y autocrítica.

PRD. SERV. DOC. HEMEROTECA

Por otro lado, en el plano nacional ha ocurrido también una serie de fenómenos que requieren un análisis tan extenso como objetivo. A lo largo de la historia reciente, ha habido un proceso de fragmentación; ha habido un desencuentro entre realidad y estrategia política; ha existido también dependencia teórica o ideológica hacia determinados centros internacionales; se han presentado transformaciones (como la que ocurrió del PCM al PSUM, de éste al PMS y finalmente al PRD) que, por su rapidez, no han sido explicadas suficientemente; se han ensayado vías que no han fructificado; y, finalmente, la reivindicación socialista se encuentra en riesgo de ser avasallada por la ola neoconservadora que *también aquí* tiene su efecto e importancia. En torno a aquella reivindicación, se observan en la izquierda posiciones como las siguientes: en algunos casos, se mantiene una actitud de aferramiento a las antiguas creencias; en otros, se reivindica un socialismo cuyas características no se precisan en forma detallada; y, en otros más, no se plantea en forma abierta su discusión por razones pragmáticas. Por último, existen todavía posiciones primitivas que no han extraído aún las consecuencias de todas estas convulsiones. Urgen, entonces, respuestas consistentes en torno a esta problemática, para la constitución de una nueva alternativa teórica y política de la izquierda.

Pero más allá de la propia izquierda, para el país en su conjun-

to se ha abierto también una serie de incógnitas: ¿cuáles serán los efectos económicos, políticos y culturales que tendrán tanto el Tratado de Libre Comercio como la política llevada a cabo por el gobierno actual?; ¿la modernización tan esperada de México será autoritaria o democrática, ante la subsistencia de un presidencialismo actuante?; ¿las fuerzas progresistas sabrán y podrán actuar en consecuencia?; ¿vendrá un periodo de estabilidad, como lo anuncian los artífices del nuevo modelo, o caeremos en nuevas dependencias, enajenaciones y miserias? Las respuestas las dará el tiempo, pero también aspiramos a contribuir con la colaboración de los mejores especialistas a buscar vías de interpretación para estos graves problemas.

Toda esta problemática no es exclusiva de nuestro país, sino que afecta en su conjunto a América Latina, que ahogada por la deuda externa y por sus problemas ancestrales no ha podido encontrar una vía unitaria de solución.

Toda esta conflictiva situación nacional e internacional plantea a la filosofía, las ciencias sociales, la literatura y la cultura política una serie de problemas que requieren con urgencia un análisis crítico. En este número abordamos la crisis del socialismo, pero estamos preparando números especiales sobre la crisis de los paradigmas teóricos e ideológicos; la reordenación mundial; el papel del mercado; los significados de la democracia; los sentidos del concepto socialismo; los nuevos sujetos sociales; la crisis de la modernidad; las formas de entender la posmodernidad; el neoconservadurismo; el problema de la nación; la situación actual de la cultura mexicana y latinoamericana a quinientos años de la Conquista y muchos temas más. Esperamos propuestas de nuestros colaboradores y amigos.

Por todas estas razones, *Dialéctica* convoca a todos los intelectuales, artistas, investigadores o líderes políticos de la izquierda, en su más amplio sentido, a fortalecer, ampliar y enriquecer esta nueva etapa, con el propósito de dar lugar a una reflexión crítica que contribuya, con su grano de arena, a consolidar y ampliar los límites de la libertad en nuestro país; crear una nueva concepción de la democracia; explicar con objetividad los profundos cambios del mundo; y generar una nueva alternativa para constituir una sociedad justa, deseable, posible y profundamente arraigada en nuestra cultura.

Consejo Editorial

¿DE QUÉ SOCIALISMO HABLAMOS?

adolfo sánchez vázquez

I

¿Qué entender hoy por socialismo? La pregunta se hace desde nuestro presente, aunque lo que nos ocupa o preocupa ahora es el socialismo del futuro o el futuro del socialismo. Pero cabe preguntarse a su vez: ¿por qué no el socialismo para hoy? Respuesta al canto: porque el socialismo como objetivo visible y viable no está al orden del día. No lo está para los movimientos, fuerzas o partidos que han inscrito ese objetivo en sus programas o banderas. Afirmar esto es sencillamente registrar un hecho. Como lo es también el contraste de su ausencia actual con su presencia estratégica en el largo pasado, que, arrancando de mediados del siglo anterior, se extendería a las décadas de los sesenta o setenta de nuestro siglo. Ya sea que en ese pasado se privilegiara una de las dos vías tradicionales: las llamadas reformista o revolucionaria, socialdemócrata o leninista, el socialismo se ha presentado, durante siglo y medio, como un objetivo estratégico, provisto de ciertas señas de identidad.

Adolfo Sánchez Vázquez. Doctor en filosofía. Profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Autor de numerosos libros, entre los que podemos mencionar, *Filosofía de la praxis*, *Las ideas estéticas de Marx* y *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología*. Su obra ha sido traducida a diversas lenguas. Es miembro de nuestro Consejo Asesor.

Hoy, sin embargo, no es tal objetivo. No lo es en los países capitalistas desarrollados, incluso cuando se persigue, con este o aquel matiz, un Estado más solidario, más democrático, o una sociedad más justa o más igualitaria. El socialismo se deja para mañana. Tampoco es ese objetivo en los países del llamado Tercer Mundo, cuya preocupación principal está en sus relaciones desiguales con el Norte. Y, dentro de él, por lo que toca a América Latina, el objetivo prioritario actual para la izquierda es, asimismo: *a*) defender la democracia ante las tentaciones o tentativas autoritarias; *b*) ampliarla o profundizarla en los países en los que ha sido arrancada —o concedida por las dictaduras militares—; o *c*) sanear, depurar la democracia política sancionada formal, constitucionalmente, allí

donde el fraude y el engaño la pervierten. En verdad, si dejamos a un lado las fuerzas mesiánicas que aún quedan y que, por la vía armada, pretenden llegar al socialismo, es la democracia —con diferente contenido en cada caso—, y no el socialismo, lo que está al orden del día. Y lo ha estado incluso para la revolución sandinista en Nicaragua, que se consideraba legítimamente a sí misma, no sólo como una revolución popular y antiimperialista, sino también democrática, y que, por su fidelidad a la democracia, no dudó en dejar el poder.

Tampoco lo es en las sociedades europeas del Este, donde el objetivo socialista o la utopía de "otro socialismo" se han hecho añicos al hundirse el "socialismo real". Y en la propia Unión Soviética, el desmantelamiento del "socialismo real" y las reformas económicas y políticas emprendidas bajo el signo de la *perestroika* difícilmente podrían permitirnos afirmar hoy que la proa de la nave soviética se enfila hacia un verdadero socialismo.

Así pues, el socialismo no está a la vista en el horizonte estratégico de las fuerzas políticas y sociales que en él lo inscribieron en el pasado, o que aún lo inscriben hoy en sus banderas. No se considera cosa del presente, sino del futuro. En consecuencia, la sustitución del capitalismo por el socialismo no se la plantean para hoy.

II

Ahora bien, si el socialismo no está en el horizonte estratégico actual, ¿significa esto que ya no es la alternativa que durante lagos años se ha considerado necesaria y deseable al capitalismo? ¿Acaso ha resuelto éste los problemas estructurales, de fondo, que llevaron al marxismo clásico a postularla, y a hacer de ella la meta de la estrategia a que dio lugar: reformista o revolucionaria? ¿O, tal vez, el capitalismo contemporáneo ofrece soluciones a sus viejas dolencias, o a sus contradicciones fundamentales? Pero sus males no han hecho más que agravarse y sus contradicciones se han agudizado más y más. Baste recordar que:

1) El desarrollo de las fuerzas productivas, conforme a la lógica de la acumulación capitalista, se ha vuelto cada vez más

SERV. DOC.
HEMEROTECA

destructivo, hasta el extremo de minar la base natural de la existencia humana y de amenazar —durante cuatro décadas— con un holocausto nuclear la supervivencia misma de la humanidad.

2) El progreso tecnológico, con la extensión de la automatización y la robotización, y el incremento inaudito de la productividad, conduce a apartar de la actividad productiva a masas trabajadoras cada vez más amplias. Ya no se trata sólo de los parados que, a los ojos de Marx, constituían el ejército industrial de reserva, sino del paro estructural o reserva masiva de trabajadores condenada a no entrar nunca en acción (reserva que incluye a millares y millares de jóvenes que jamás tendrán un puesto de trabajo y a un ejército de marginados que se hallará siempre fuera del proceso productivo). Hay quienes abrigan la ilusión de que, bajo el capitalismo, pueda otorgarse una renta básica a toda la población. Pero el Estado de bienestar más pródigo, para no hablar del Estado asistencial y en crisis del presente, ¿podría cargar con el mantenimiento de la inmensa población condenada al paro estructural? Y, aun así, ¿podría asegurar —como agudamente plantea Adam Schaff— las condiciones para que la inactividad, el ocio,

permitieran una nueva forma de actividad, propiamente humana, creadora, es decir, para que el alejamiento de la actividad productiva no se convirtiera en una nueva y terrible forma de enajenación? [1]

3) Pero (sin llegar tan lejos) la enajenación en el trabajo que el joven Marx señaló y fustigó en sus *Manuscritos de 1844* [2] no ha hecho más que extenderse a todas las esferas de la producción y del consumo, y, en general —como claramente se ha revelado desde los análisis de la Escuela de Francfort—, a todos los campos de la vida social, incluidas las industrias de la cultura y la comunicación.

4) De este modo, lo que Marx y Engels vislumbraron en las condiciones del capitalismo inmaduro del siglo XIX ha alcanzado las más altas cuotas de irracionalidad y deshumanización. La expansión de la racionalidad instrumental, ordenada a los fines de la producción capitalista, conduce a la humanidad a un destino irracional, en el que se pone de manifiesto en toda su agudeza la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas, impulsada por la racionalidad de los medios, y las relaciones capitalistas de producción (tesis del marxismo clásico, cuya validez no ha hecho más que confirmarse).

5) La expansión irrefrenable del capital transnacional en los países del Tercer Mundo agrava aún más las condiciones dramáticas de existencia de sus pueblos; lleva, con el endeudamiento exterior que les impone, a frenar aún más su desarrollo económico y acrecienta su dependencia económica y política respecto de las principales potencias capitalistas. Por otra parte, el desplazamiento de las agudas tensiones internacionales Este-Oeste a los conflictos Norte-Sur los hace aún más vulnerables, sin contar con que un sector cada vez más amplio de esos países queda marginado —por la indiferencia de las grandes potencias capitalistas— de la producción y el comercio mundiales.

6) Las desigualdades sociales del capitalismo que Marx y Engels veían, ante todo, como desigualdades de clase, fundadas en la antagónica posición económica, se han extendido fuera de la producción a otras áreas de la vida social, constituyendo un complejo entramado de desigualdades.

Bastaría este apretado catálogo de males y contradicciones capitalistas de nuestro tiempo para poner al orden del día la

COORD. SERV. DOC. HEMEROTECA

necesidad de pugnar por una alternativa socialista, particularmente en los países en los que se dan las condiciones materiales, políticas y culturales para que sea no sólo deseable sino factible. Sin embargo, en contraste con el pasado, cuando esa alternativa estaba en el horizonte estratégico, el socialismo ha dejado de ser hoy tal alternativa, y sólo se mantiene —cuando se mantiene—, no como simple retoque o correctivo del capitalismo realmente existente, sino como "socialismo del futuro". Nos encontramos, pues, con esta paradoja: cuando la alternativa socialista al capitalismo —de acuerdo con sus males y contradicciones— se ha vuelto más imperiosa, el socialismo no está al orden del día, o al menos no lo está con las señas de identidad que permitirían reconocerlo como tal.

Las razones de esta paradoja son múltiples, pero destacaremos las siguientes:

1a. La vitalidad del capitalismo contemporáneo, al desarrollar sus fuerzas productivas, ha desmentido las predicciones acerca de su derrumbe (Rosa Luxemburgo) o agonía (Lenin). No obstante los logros alcanzados, se trata en verdad de un desarrollo que, en cuanto que se rige ante todo por la lógica capitalista del beneficio, se vuelve, no sólo contra los intereses de los trabajadores, sino de toda la humanidad. Pero, de todas maneras, al percibirse ese desarrollo sin su dimensión negativa, ha generado cierto escepticismo sobre el destino futuro del capitalismo y sobre la necesidad y deseabilidad de su sustitución.

2a. El descrédito del "socialismo realmente existente", al reducir el proyecto socialista de emancipación, surgido de la Revolución de Octubre, a un nuevo sistema de explotación y opresión, lo que ha conducido a su vez al descrédito de la idea misma del socialismo como proyecto liberador.[3] El fracaso histórico del "socialismo real" se presenta tendenciosamente como el fracaso del socialismo (no sólo el "real", sino el posible o futuro) y la victoria definitiva del capitalismo.

3a. La impotencia de las estrategias clásicas (reformista o revolucionaria, gradual o frontal, pacífica o violenta) para transformar la sociedad capitalista en dirección al socialismo ha mermado la convicción de que éste, no es sólo un objetivo necesario y deseable, sino posible y realizable.

4a. El fracaso de los intentos —como el eurocomunista— encaminados a superar la impotencia de las estrategias clásicas

ha contribuido, asimismo, a minar la adhesión a la alternativa socialista.

5a. La ofensiva ideológica tendiente a maquillar la imagen del capitalismo y a ennegrecer la del socialismo se ha extendido —gracias al inmenso poder de los medios masivos de comunicación— a las más amplias capas sociales de los países desarrollados y periféricos, apuntándose así notables éxitos en la tarea de neutralizar y desmovilizar las conciencias en la lucha por el socialismo.

Todo esto explica, por un lado, el debilitamiento e incluso la desaparición de la imagen del socialismo a los ojos de amplios sectores de la sociedad como objetivo en el horizonte estratégico. En su lugar, lo que encontramos en la estrategia actual de los partidos y movimientos socialistas (socialdemócratas, socialistas y comunistas) es la reivindicación prioritaria de la democracia, aunque ciertamente con distinto contenido.

III

Así pues, el socialismo no se asume estratégicamente como socialismo para hoy o un futuro previsible. Incluso para los partidos y movimientos que no pueden renunciar a ese objetivo sin negarse a sí mismos, el socialismo sólo es cosa del futuro. Y lo es reconociéndose la necesidad de una fase previa de democracia cada vez más amplia y efectiva que acabará por ser el socialismo. Pero este objetivo, meta o ideal han de tener ciertas señas de identidad que no pueden reducirse a las vagas e imprecisas de una sociedad más justa, más igualitaria o participativa, ya que con ellas difícilmente podría distinguirse la ideología socialista de otras ideologías compatibles con los fines y valores del capitalismo. Se trata, pues, de mostrar las señas de identidad que permitan distinguir a un sistema de otro, y, por tanto, no hacerlos mutuamente compatibles al borrar esa distinción.

Ahora bien, ¿de qué socialismo hablamos? Pues, como el Ser de Aristóteles, se dice de muchas maneras. Cabe hablar de él, moviéndonos entre una serie de denominadores polares: socialismo utópico o científico, ideal o real (con y sin comillas); socialismo en sentido restringido o amplio; socialismo de Estado

o socialismo democrático; de economía planificada o de mercado, etcétera. Pero para determinar si el socialismo es asunto de la utopía o la ciencia, de la imaginación o la razón, si entraña una estatalización de la vida social o una socialización del poder político, si puede hablarse de un socialismo restringido a su base económica o en un sentido amplio que abarque la totalidad social; o, finalmente, si es legítimo diseñar un socialismo ideal con cuya vara pueda medirse el socialismo real, o, si por el contrario, no hay más —o no ha habido más— socialismo que el "realmente existente", tenemos que proveernos de ciertas señas de identidad. Justamente las que nos permitan apresar el núcleo esencial de lo que llamamos socialismo, y librarlo así del perfil borroso con el que ideologías diversas lo difuminan.

IV

Pero, ¿cómo apresar ese núcleo esencial que permite reconocer el rostro del socialismo? Descartemos previamente algunas vías que nos alejan de ese reconocimiento. Entre ellas:

1a. *La apelación acrítica y fideísta a los fundadores del marxismo.* Como es sabido, Marx y Engels, escarmentados por los excesos descripcionistas de los socialistas utópicos, fueron muy parcos al diseñar el proyecto de socialismo u organización social a la que Marx llama "fase inferior de la sociedad comunista" (*Crítica del Programa de Gotha*). Y aunque esta fase se caracteriza como una sociedad a la que se transita desde el capitalismo, es evidente que el periodo de la historia real que se abrió con la revolución rusa de 1917 planteó la transición en términos distintos: del capitalismo al socialismo, y no al comunismo. Y es evidente también que en el curso de esa transición lo que surgió y se desarrolló fue el "socialismo real", es decir, un tipo de sociedad con la que Marx y Engels no contaron ni podían contar. Así pues, sin ignorar lo que puede aprovecharse de los clásicos marxistas, hay que aprovechar ante todo lo que brinda la experiencia histórica, pero sin considerarla, en el caso del "socialismo real", pura y simplemente en relación con Marx.[4] En suma, la apelación acrítica y fideísta a los fundadores cierra el paso para entender lo que el socialismo sea.

2a. *La especulación idealizante o moralizante que contrapone "lo que es" a "lo que debe ser".* Se asume aquí el socialismo como el gran principio desencarnado, e independiente de los agentes, condiciones y medios de su realización. Con este enfoque, el socialismo —como ideal— es lo bueno y lo justo que se desentiende de la acción política necesaria de los hombres para que lo ideal tome cuerpo en la realidad. Ciertamente, este enfoque no permite captar el núcleo esencial del socialismo, entendido éste como un ideal que, no sólo *debe* realizarse, sino que *puede* encarnarse en la vida real, en la medida en que, dadas las condiciones necesarias, se asume prácticamente.

3a. *El convencionalismo que identifica el socialismo con lo que, pretendidamente, se ajusta a cierta convención (programa de un partido, o Constitución de un Estado).* Lo que importa aquí no es la realidad, sino lo que a espaldas de ella se proclama en la convención correspondiente. Así, por ejemplo, la Constitución soviética de 1936 convenía en considerar la propiedad social sobre los medios de producción como fundamento económico del socialismo, aunque la realidad —o sea, la propiedad estatal absoluta— lo negaba. El convencionalismo se daba aquí la mano con el más chato empirismo, al elevar cierta realidad empírica (la propiedad estatal, la economía centralizada) al

nivel de la Idea (propiedad social, democracia socialista). Lo realmente existente se proclamaba así como socialismo real.

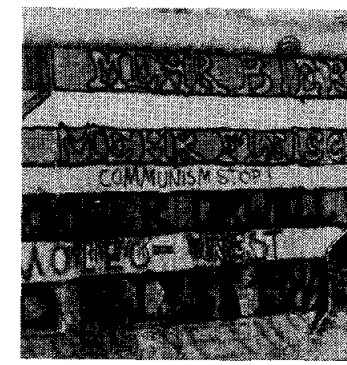
V

Descartadas estas vías, nos atendremos al criterio objetivo que distingue las formaciones económico-sociales por: *a*) la forma de propiedad sobre los medios de producción; *b*) la división de la sociedad en clases; *c*) su situación en ella de acuerdo con su posición en el proceso productivo; y *d*) su supraestructura política (naturaleza del Estado y de sus relaciones con la sociedad civil). Con estos rasgos esenciales, que extraemos de la obra de Marx, podemos construir un concepto de socialismo que puede funcionar como ideal, si consideramos que la realidad que prefigura es, por valiosa, deseable y factible, digna de nuestros esfuerzos y sacrificios para alcanzarla. Pero, a su vez, esa realidad, que hasta ahora nunca se ha dado, sólo existirá si es asumida conscientemente como proyecto, y, dadas las condiciones indispensables, cuenta con el apoyo activo y organizado de los agentes sociales necesarios.

VI

Pues bien, ¿qué socialismo es ése?, ¿cuáles son sus señas de identidad?

La primera es su naturaleza liberadora, emancipatoria. El socialismo es, ante todo, un proyecto de liberación humana que se distingue de otros proyectos, ya sean los trascendentes o religiosos de salvación del hombre, ya sean los secularizados que recogen la aspiración de emancipar al género humano aquí en la tierra. El socialismo continúa y descontinúa, a la vez, el proyecto humanista burgués de la Ilustración de construir un nuevo orden social de libertad, igualdad y fraternidad fundado en la razón. Los límites de ese proyecto ya fueron señalados por Marx, y su crítica no ha hecho más que radicalizarse con las de Nietzsche y Kierkegaard en el siglo pasado, y con las de la Escuela de Francfort en nuestra época. El socialismo aspira a superar los límites del proyecto ilustrado en la modernidad burguesa, proyecto incumplido según Habermas o cumplido



necesariamente en forma limitada, como ya subrayaba Marx; es decir, como proyecto de emancipación política y no propiamente social, humana.[5] Por tanto, no es la vocación emancipatoria de la Ilustración lo que niega el socialismo, sino los obstáculos y límites que, generados por su fundamento económico-social burgués, encuentra esa vocación y transforma la racionalidad ilustrada en pura irracionalidad. Así pues, aunque el socialismo comparte la vocación emancipatoria de otros proyectos modernos de libertad, igualdad y justicia, no puede renunciar a la crítica de sus limitaciones y, sobre todo, no puede perder sus señas de identidad propias al pugnar por esos ideales. Ciertamente, la libertad, la igualdad, la justicia y el respeto a los derechos humanos como valores de raigambre ilustrada no son exclusivos del socialismo, pero éste los hace suyos con un contenido que los separa de otras ideologías —como el liberalismo— compatibles o consustanciales con el capitalismo. Por ello, hay que rechazar la reducción del socialismo a una ideología política propia de todas las "comprometidas con la democracia y la libertad".[6]

Pero la distinción no puede consistir por ello en hacer diferencias puramente cuantitativas en el seno de los valores e

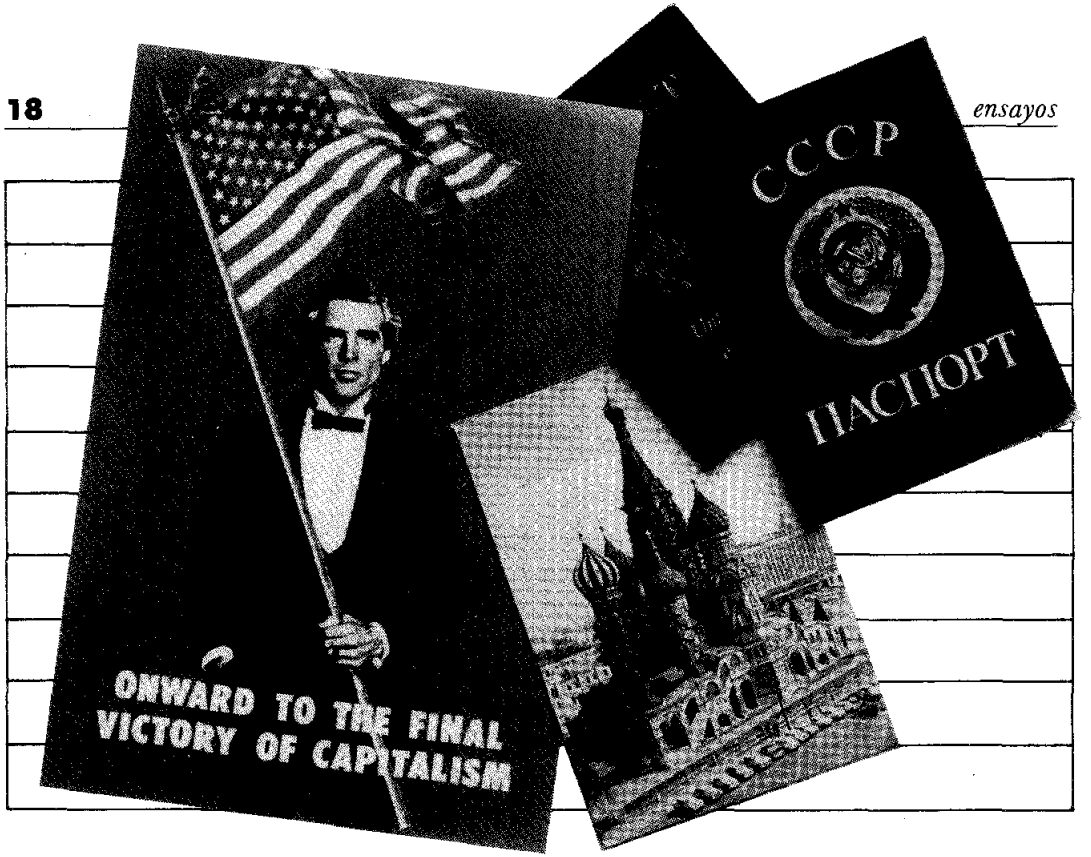
UAM-I COORD. SERVICIOS

ideales de igualdad, libertad, justicia o solidaridad. No se trata sólo de extender o alcanzar más libertad, igualdad o participación, aunque esto por supuesto es indispensable. Ahora bien, el proyecto socialista entraña una libertad, igualdad o participación distintas: justamente las que no pueden estar inscritas en un proyecto burgués. Por ello, las señas de identidad del socialismo se esfuman si nos limitamos a afirmar que es "libertad", "conquista de la igualdad", "reivindicación de la democracia" o "autodeterminación del individuo"; es decir, si no se especifica qué tipo de libertad, igualdad, democracia o autodeterminación individual se postulan o reivindican. De lo contrario, se permanece en un plano tan general que el proyecto socialista se confunde con otros, incluso con algunos que justifican y tratan de legitimar el orden social que el socialismo pretende sustituir. Pero no se trata de ignorar lo que puede haber —cuando lo hay— de libertad o igualdad en otros proyectos no socialistas, sino de superar sus límites, no sólo cuantitativa, sino cualitativamente, haciendo entrar en él justamente lo que la ideología y la realidad social burguesas no pueden contener.

Admitido, pues, que el proyecto socialista no puede confundirse con otros, veamos tanto la condición necesaria para transitar a él como las señas de identidad de una sociedad propiamente socialista.

VII

Condición necesaria y prioritaria para que pueda darse la alternativa socialista es, como ya señalaron Marx y Engels, la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, pero no de otras formas de propiedad privada, así como la propiedad cooperativa, autogestionaria, municipal o parcelaria en el campo. Y exige también, en consecuencia, la transformación del Estado que vela por las condiciones de la acumulación capitalista en ese régimen de propiedad. Lo cual significa, asimismo, que el cambio de poder político o su distribución, por amplia que sea su autonomía, no pueden darse al margen de las relaciones de producción de las que depende, en definitiva, la naturaleza del Estado. De acuerdo con esta tesis del marxismo clásico, confirmada por la historia



real del capitalismo, es inconcebible un poder político que atente, en la sociedad capitalista, contra la ley fundamental de la acumulación propia de ella. Y esto explica también que, aunque el poder político logre —como lo ha logrado el Estado de bienestar— eliminar ciertas desigualdades, no puede abolir las desigualdades básicas, que tienen su origen en la apropiación privada de los medios de producción y la correspondiente acumulación de beneficios.

Ahora bien, ¿ha cambiado en nuestro tiempo el capitalismo transnacional o tardío la posición prioritaria de la propiedad privada con respecto al poder político? ¿Acaso la cuestión de la propiedad privada sobre los medios de producción pasa a segundo plano y, en consecuencia, su abolición deja de figurar en "el horizonte estratégico del socialismo democrático" y la prioridad pasa al "desarrollo del poder del Estado como contrapeso a la desigualdad del poder económico"?[7] A estas cuestiones respondemos negativamente. El poder político en la sociedad capitalista puede paliar —como ya hemos señalado— ciertas consecuencias sociales del régimen de la propiedad privada, pero no anular el poder económico fundado en ese régimen. Ello revelaría una autonomía absoluta del poder

político que, hasta ahora, se ha revelado imposible. Por la misma razón, puede reconocerse la existencia de importantes cambios en la distribución del poder político sin que ello signifique que afectan sustancialmente las relaciones de propiedad privada, y, menos aún, que entrañen su abolición, y que, sin embargo, sean compatibles con el sistema. De esta compatibilidad sólo puede hablarse si al sistema social en que se dan esos cambios no se le llama por su nombre (''capitalismo'') y se le atribuye el que hemos reservado (''socialismo'') para el que ha de sustituirlo. Y sólo si borramos la línea divisoria entre uno y otro sistemas, que pasa necesariamente por la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, podemos excluir esa abolición del horizonte estratégico del socialismo. Por ello, discrepamos de Vargas-Machuca cuando afirma: ''El socialismo en el futuro va a ser compatible con el funcionamiento del capitalismo, es decir, con el mantenimiento de la propiedad privada...'', [8] entendida ésta como propiedad sobre los medios de producción.

VIII

Ahora bien, si la abolición de la propiedad privada es condición necesaria para el socialismo, no es en modo alguno condición suficiente. Como demuestra la experiencia histórica del ''socialismo real'', dicha abolición no basta para caracterizar como socialista a la sociedad en la que se da. Ciertamente, con ella se pone de manifiesto en dicha sociedad su anticapitalismo —si tomamos en cuenta lo que niega—, o su poscapitalismo —si se considera que se trata de una sociedad que viene después de la negada—. Pero no puede afirmarse sin más que por ello la sociedad que niega a la anterior o la sucede sea socialista. Anticapitalismo o poscapitalismo no son sinónimos de socialismo.

Ya Marx advirtió en un texto juvenil (los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*) la necesidad de evitar las falsas superaciones del capitalïsmo. No se le escapó la idea de que, aún después de ser abolido, el principio de la propiedad privada puede encarnarse en nuevas formas y dar nueva vida al espíritu egoísta asociado a él.[9] Tampoco se le escapó a Engels que la transformación de la propiedad privada en pura y simple

propiedad estatal generaría un nuevo sistema, el "socialismo de Estado", que, en modo alguno, sería verdaderamente socialista.[10] Tanto en la sociedad que tiene presente el joven Marx, como en la que avizora Engels, ya no regiría la propiedad individual, sino la particular, de grupo, egoísta, que atisba Marx, o la estatal, que Engels condena en su crítica a Lassalle.

El socialismo requiere la socialización de los medios de producción en el doble sentido de propiedad social y control del uso y usufructo de esos medios por la sociedad. Pero, en rigor, no es el Estado el propietario, sino la sociedad (y no sólo formal, sino efectivamente) de los medios de producción. Si el Estado y la sociedad mantienen la relación adecuada, estatalización y socialización, lejos de contraponerse, se conjugan necesariamente, ya que la primera no es más que la forma que, en esa relación, adopta la segunda, sin constituirse por tanto en un fin en sí. Una y otra entran en oposición cuando la propiedad social es suplantada por la estatal, que deja entonces de ser una manifestación de ella para convertirse en fin. Pero semejante transformación de la propiedad social en estatal dependerá de la naturaleza del Estado y de la relación que éste mantenga con la sociedad. Si el poder político escapa al control de la sociedad, también escapará a él la propiedad estatal. En este caso, la abolición de la propiedad privada dejará paso a la propiedad estatal absoluta que se ha conocido en las sociedades del "socialismo real".

IX

No puede hablarse en verdad de socialismo sin el control de la economía por la sociedad y, en particular, por los productores, tanto en el nivel de cada unidad de producción como en el de la economía nacional. Pero esto requiere a su vez, como hemos señalado, el control del Estado por la sociedad, la socialización del poder político, la participación efectiva de los miembros de la comunidad; en suma, la democratización de toda la vida social. El socialismo es por ello inseparable de la democracia, no sólo formal, representativa o política, sino directa, económica y autogestionaria; inseparable de la democracia que se extiende en un movimiento de vaivén de la autogestión

limitada —de ciertas unidades económicas, políticas o regionales— a la autogestión social, o autodeterminación de la sociedad entera, y en todas sus instancias: económica, política y cultural.

Tenemos, de este modo, unas señas de identidad del socialismo que excluyen las de la propiedad puramente estatal y del poder político al margen de la sociedad. Así pues, esas señas de identidad son fundamentalmente dos: 1) la socialización de los medios de producción y 2) la socialización del poder, o democracia en su sentido más amplio, efectivo y profundo. Ambas señas de identidad se dan en unidad indisoluble: la socialización de los medios de producción es inconcebible sin una verdadera democratización, y la propiedad social no podría mantenerse sin un Estado democrático que vele por ella. Esta unidad supone admitir la necesidad, pero a la vez la insuficiencia de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, así como reconocer la perversión que representa la reducción de la propiedad social a estatal. Y significa, asimismo, reconocer la necesidad de la democracia para que pueda hablarse propiamente de socialismo. Puede darse —se da realmente— la existencia de cierta democracia sin

socialismo, pero no puede hablarse de él sin la democracia que asegura la participación efectiva y plena de los ciudadanos en todos los campos de la vida social. La expresión "socialismo autoritario" es tan contradictoria como tautológica la de "socialismo democrático".

Pues bien, disponiendo de las señas de identidad que acabamos de precisar, acerquémonos a las dos experiencias históricas fundamentales que han proclamado al socialismo como su objetivo estratégico: la socialdemócrata o socialista de la II Internacional, o de la Internacional Socialista posterior, y la del "socialismo real", justificada teórica y prácticamente por la III Internacional y, más tarde, por los movimientos y partidos que continuaron remitiéndose al "marxismo-leninismo".

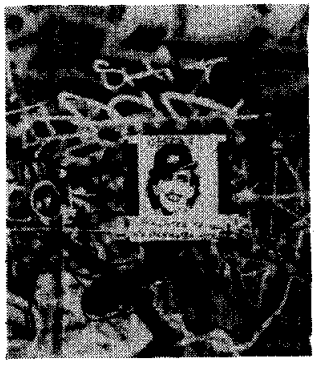
X

Al referirnos a la socialdemocracia, y en general a los partidos adheridos a la Internacional Socialista, tenemos presente, no tanto sus viejos pronunciamientos teóricos —desde Bernstein— como su práctica política en el poder. Ciertamente, lo han ejercido y lo ejercen sobre todo en Europa Occidental, y por largos periodos en algunos países. De estas prácticas dejamos a un lado sus aspectos negativos y fijamos en este momento la atención en su política social. El máximo logro de ella ha sido introducir, con el Estado de bienestar (en Suecia, por ejemplo), un sistema fiscal más justo y ampliar el gasto público para proporcionar a las clases más desprotegidas socialmente ciertos beneficios en el terreno de la educación, sanidad, seguridad social, subsidio a los desempleados, vivienda, etcétera. No cabe duda de que esa política social ha contribuido, en mayor o menor grado, a limar las aristas más duras de la explotación de la fuerza de trabajo y de la inseguridad existencial de los individuos bajo el capitalismo. Ha aminorado, asimismo, ciertas desigualdades económicas, sociales y culturales, y ha abierto espacios más amplios de libertad y democracia. No podrían negarse esos logros, pero tampoco el peso que en su obtención han tenido las luchas de las clases trabajadoras durante largos años. No se debe caer, por ello, en el maniqueísmo de ver en la satisfacción de determinadas aspiraciones y reivindicaciones

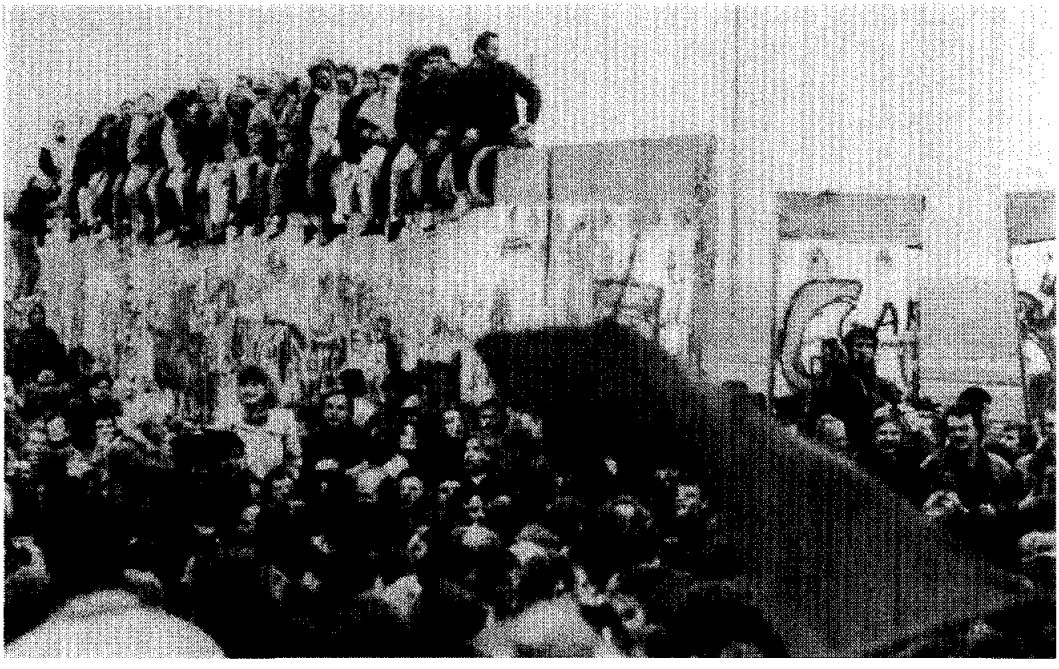
sociales una astuta maquinación del capitalismo o un socialismo *preventivo* que se adelanta para evitar males mayores.

Pero no puede ignorarse tampoco que la respuesta favorable a esas aspiraciones y demandas se da sin afectar el marco estructural capitalista, lo que hace que su alcance sea limitado y su futuro, incierto. La distribución de la riqueza y del poder económico correspondiente no pueden alterar la lógica del sistema en que tiene lugar esa distribución. Y cuando los capitalistas llegan a la conclusión de que, conforme a esa lógica, el sistema no puede absorber los gastos de protección social, no dudan en recortarlos o en desmantelar (como demuestra la ofensiva neoliberal actual) el Estado de bienestar. Y, con este fin, a la par que reducen los beneficios sociales proceden a una distribución más desigual de la riqueza y recomponen el aparato productivo en contra de los intereses de los trabajadores. Así pues, las reformas sociales del Estado de bienestar tropiezan con muros insalvables: los que levanta la lógica de la acumulación capitalista o la racionalidad económica del capital. De este modo, los logros alcanzados se muestran inestables, cuando no se baten en retirada, ante la ofensiva neoconservadora o neoliberal.

Nada de esto entraña que no deba defenderse una política que, desde el poder, trate de limitar las desigualdades económicas y sociales, que acreciente y extienda la protección social y que abra espacios cada vez más amplios a la democracia política y social. Pero, a su vez, esto no debe llevar a perder de vista que, por mucho que avance el Estado de bienestar, entre sus logros no se cuenta —no puede contarse— la superación del muro que levanta la lógica del sistema capitalista. Subsisten, por tanto, las desigualdades sociales y los límites a la democracia vinculados a los fundamentos y estructura del sistema.



La conclusión a que llegamos, con base en las experiencias socialdemócratas o socialistas, es que el socialismo sigue siendo un objetivo por alcanzar, y que su cumplimiento exige como condición necesaria la abolición de la propiedad privada, capitalista, sobre los medios de producción, aunque no necesariamente otras formas de propiedad. Sólo si se desdibuja esa condición necesaria o se relega a un plano secundario, el socialismo —supuestamente absorbido por el capitalismo— puede desaparecer del horizonte estratégico. Ahora bien, puesto



que el Estado benefactor, no obstante sus logros, permanece más acá de la línea divisoria entre los dos sistemas, hay que mantener el objetivo socialista para el futuro y situarlo en el horizonte estratégico en el que hay que moverse desde hoy.

XI

Veamos ahora la experiencia histórica de las sociedades del "socialismo real", cuyo paradigma ha sido (hasta la *perestroika*) la sociedad soviética. En ellas se cumplía la condición necesaria para transitar al socialismo: la abolición de la propiedad privada, capitalista, sobre los medios de producción. Ahora bien, si nos atenemos al criterio objetivo que antes hemos formulado para distinguir una formación económico-social, no podemos caracterizarlas —como se hizo en más de una ocasión— como una versión *sui generis* del capitalismo.[11] Con base en el criterio apuntado, podemos caracterizar a esas sociedades como anticapitalistas o poscapitalistas, pero en modo alguno como socialistas. Por ello, hace ya años que rechazamos la idea de Adam Schaff de considerar la abolición de la

propiedad privada, capitalista, en ellas como condición suficiente para caracterizarlas como socialistas.[12] Dichas sociedades —decíamos por entonces— no son socialistas ni siquiera en sentido restringido, ya que en ellas la propiedad estatal, no sólo es la antítesis de la propiedad privada, sino también de la propiedad social. Por otro lado, agregábamos, su supraestructura antidemocrática, lejos de estar en oposición a la base económica de propiedad estatal, es justamente la que le corresponde, ya que como ella escapa al control social. El Estado antidemocrático, separado de la sociedad, sólo puede admitir —conforme a su naturaleza autoritaria— una base económica en la que la propiedad se halle también separada de ella. No puede concebirse, ciertamente, un Estado despótico que vele, en el terreno de la economía, por lo que niega como poder político, a saber: la participación efectiva de la sociedad. A la base económica, socialista, cuyo eje es la propiedad social sobre los medios de producción, sólo puede corresponder una supraestructura política democrática que vele por ella. Y, a su vez, sólo semejante supraestructura puede contribuir a mantener e impulsar esa base económica. De ahí —remachemos el clavo una vez más— la unidad indisoluble de socialismo y democracia.

XII

El examen de las dos experiencias históricas fundamentales que han visto en el socialismo su alternativa al capitalismo nos lleva a la conclusión de que una y otra deben ser superadas. Dejamos a un lado la experiencia intermedia del socialismo yugoslavo, que, si bien se separa del modelo del "socialismo real" al eliminar, en la economía, la planificación integral del Estado omnipropietario, para dejar cierto espacio a la autogestión de los productores y al mercado, mantiene, sin embargo, en la esfera política, el régimen de partido único, aunque sin imponer la regimentación de la vida social y cultural, propia del "socialismo real". De ahí que Yugoslavia no haya podido escapar en la actualidad a las exigencias de transformar en un sentido más democrático su modelo de socialismo.

Volvamos, pues, a las dos experiencias históricas apuntadas,

y, en primer lugar, a la socialdemócrata o socialista. No nos detendremos ahora en la parte negativa de ella, representada por el pragmatismo político que ha llevado a los partidos correspondientes, en más de una ocasión, a comportarse —desde el poder— como verdaderos gestores del capitalismo, y, por tanto, a perder de vista el objetivo socialista. Lo que ahora tenemos presente es, en cambio, su experiencia histórica en su logro más alto: el Estado de bienestar. Pero, aun en este caso —como ya hemos señalado—, hay que reconocer que lo alcanzado se ha dado siempre en el marco del sistema, sin rebasar su frontera estructural. En cuanto a la experiencia histórica del "socialismo real", aunque es innegable que sí rebasó esa frontera, nunca estableció la propiedad social sobre los medios de producción y, en modo alguno, la supraestructura política correspondiente. El resultado histórico ha sido, por ello, el bloqueo del avance hacia el socialismo, su estancamiento en el tránsito hacia él y la construcción de una nueva sociedad —ni capitalista ni socialista—, caracterizada por la propiedad estatal absoluta y un Estado autoritario en manos, junto al poder económico, de una burocracia. Medios de producción, por un lado, y Estado, por otro, escapan así al control de la sociedad. Justamente este modelo económico y político de "socialismo real" es el que ha fracasado históricamente y se ha hundido tanto en la Unión Soviética como en las sociedades europeas del Este. Este fracaso y hundimiento están imponiendo un altísimo costo al verdadero socialismo, al sacrificar por ahora la perspectiva socialista, con el retorno al capitalismo en dichas sociedades del Este, en tanto que en la Unión Soviética esa perspectiva se mantiene incierta bajo el fuego cruzado de la burocracia más conservadora, de los reformistas que ansían el capitalismo y de los nacionalistas más exasperados.

Pero, a la vista de las experiencias del pasado, y desde la altura de nuestro tormentoso presente, sí podemos afirmar que el socialismo nunca ha existido ni existe todavía, realmente. Que, por tanto, no es cosa del pasado ni del presente, pero que, dada su necesidad como alternativa al capitalismo, no podemos renunciar a él como objetivo para un futuro más o menos lejano. Ahora bien, este socialismo del futuro sólo llegará a ser realidad si, desde ahora y a través de la densa niebla de tergiversaciones y confusiones, permanece como un

objetivo estratégico hacia el cual hay que caminar, sea cuales fueren los pasos intermedios, rodeos o recodos con los que haya que contar.

NOTAS

[1] Adam Schaff, *Perspectivas del socialismo moderno,* Sistema / Crítica, Madrid-Barcelona, 1988, pp. 71-96.

[2] Carlos Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844,* en Carlos Marx y Federico Engels, *Escritos económicos varios*, traducción de Wenceslao Roces, Editorial Grijalbo, México, 1962, pp. 62-72.

[3] Cfr. nuestros ensayos: "Ideal socialista y socialismo real", en *Teoría*, núm. 7, Madrid, 1981; y "Reexamen de la idea de socialismo", en *Nexos*, núm. 94, México, 1985.

[4] En "Marx y el socialismo real" (incluido en: *Escritos de política y filosofía*, Editorial Ayuso-FIM, Madrid, 1987) he examinado las relaciones imaginarias, posibles o reales entre Marx y el "socialismo real".

[5] Sobre estas críticas de la modernidad, véase mi ensayo "Radiografía del posmodernismo", en la revista *Contrarios*, núm. 3, Madrid, 1990.

[6] Ramón Vargas-Machuca, "Socialistas después de marxistas", en *Leviatán*, núm. 25, p. 105 (también en A. Quintanilla y Ramón Vargas-Machuca, *La utopía racional*, cap. III, Espasa-Calpe, Madrid, 1989).

[7] Ramón Vargas-Machuca, *op. cit.*, p. 110.

[8] *Ibid.*, p. 111.

[9] Carlos Marx, *Manuscritos...*, p. 81. Sobre esta crítica y la que hace al "comunismo político", véase el capítulo V de mi libro *Filosofía y economía en el joven Marx,* Editorial Grijalbo, México, 1978, pp. 117 y ss.

[10] En una nota al Proyecto de Programa de Erfurt del Partido Socialdemócrata (1891), Engels define así (apuntando a los partidarios de Lassalle) el "socialismo de Estado": "Es un sistema que sustituye al empresario particular por el Estado y con ello reúne en una sola mano el poder de la explotación económica y de la opresión política" (Marx-Engels, *Werke,* Dietz, Berlín, t. 22, p. 232).

[11] Esta posición ha sido sostenida por Charles Bettelheim en su libro *Las luchas de clases en la URSS*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1976. Cfr. sobre ella nuestro ensayo ya citado: "Ideal socialista y socialismo real".

[12] Nuestra crítica a la caracterización que hace Schaff de las sociedades del Este se halla en nuestro ensayo de 1981, antes citado: "Ideal socialista y socialismo real".

1989: REVOLUCIÓN POPULAR EN EL ESTE

enrique semo

Uno de los aspectos más notables de los sucesos de 1989 es el renacimiento político de los pueblos de Europa del Este. Tanto la visión conservadora —que veía a los países estatistas como sociedades monolíticas inmunes al cambio desde abajo— como la comunista —basada en la idea de una armonía histórica entre gobernantes y gobernados— demostraron ser falsas. Los ciudadanos polacos, húngaros, checoslovacos, alemanes, búlgaros, rumanos y soviéticos aprovecharon la oportunidad creada por Gorbachov para impulsar con gran decisión la liberalización de sus países. Su rebelión no fue un rayo en noche de verano. Tiene importantes antecedentes, cuyo efecto acumulativo fue gravemente subestimado por la mayoría de los observadores.

Olas de protesta popular dejaron secuelas que finalmente se manifestaron en la revolución de 1989. Polonia en 1953, 1956, 1970, 1976 y 1980-1981; la RDA en 1953; Hungría en 1956; y Checoslovaquia en 1968, fueron escenarios de grandes movimientos precursores. Otros más locales y limitados también jugaron su papel. En la URSS apareció el fenómeno de la disidencia, que los rusos llaman *Inlomyslichtchii*: "que piensa diferente". Pensar diferente en una cultura política como la soviética —que exigía la adhesión total y la unanimidad— era inevitablemente retar al poder. El movimiento ha sido erróneamente identificado con sus exponentes más conocidos. En realidad, ya en los años setenta abarcaba a muchos miles de ciudadanos en todos los rincones del país. Excepción hecha de Polonia, las décadas de los setenta y los ochenta no fueron ricas en grandes movimientos contestatarios. Sin embargo, muchos observadores señalaban una erosión acelerada de la influencia de los partidos comunistas, y un profundo desencanto con las promesas de la ideología oficial. Los síntomas eran la creciente admiración por Occidente, el cinismo en los medios

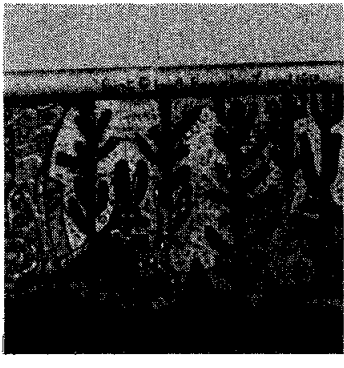
Enrique Semo. Doctor en historia. Profesor titular de la Facultad de Economía de la UNAM. Autor de numerosos libros sobre historia de México, entre ellos, *Historia del capitalismo en México* e *Historia mexicana*. Recientemente publicó *Crónica de un derrumbe / Las revoluciones inconclusas del Este*. Es miembro de nuestro Consejo Asesor.

burocráticos, el relajamiento de la disciplina del trabajo, la resistencia pasiva a las iniciativas oficiales, la apatía política de la juventud.

Los movimientos populares que protagonizaron el otoño caliente tiene muchas vertientes. Los programas que surgieron de su seno son tan numerosos como los nuevos partidos y organizaciones que se formaron. Su importancia, amplitud y perspectivas difieren de país a país y es dudoso que las formas adoptadas entre agosto de 1989 y abril de 1990 se mantengan durante mucho tiempo. Su objetivo era claro hasta que los gobiernos existentes y los partidos únicos se derrumbaron. Ahora que se inicia la lucha por fijar el nuevo rumbo, la mayoría de ellos será escenario de nuevas definiciones y reagrupamientos difíciles de prever. En su seno se entremezclan en forma abigarrada impulsos democráticos e intereses conservadores inmediatistas.

Como ejemplo, podemos recurrir al más antiguo y amplio de todos ellos, Solidaridad. Un movimiento que, como pude constatar, sirvió de modelo a muchos otros. Un joven dirigente ruso me decía: "La revolución francesa fue la revolución de la libertad; la revolución rusa de 1917 fue la revolución de la igualdad; la que ahora protagonizamos es la revolución de la solidaridad humana y sus puntos de arranque son los movimientos estudiantiles de 1968 en Europa Occidental y Solidaridad en Polonia.

El verano del presente año se cumplen diez de las huelgas masivas que dieron nacimiento al Sindicato Libre Independiente Solidaridad. Aun cuando los astilleros de Gdansk se transformaron en el símbolo del movimiento, las protestas surgieron casi en todo el país. Los huelguistas formularon un pliego petitorio de 21 puntos, entre los cuales se exigía: independencia de los sindicatos respecto al Partido y las empresas; derecho de huelga, libertad de expresión y de publicación; participación de los trabajadores en la elaboración del programa anticrisis y aumentos de salarios y pensiones. No había una sola demanda ligada al restablecimiento del capitalismo. El 30 de agosto las autoridades decidieron firmar un acuerdo en el cual se aceptaban las demandas obreras, lo cual abrió posibilidades a un cambio democrático. El



movimiento siguó creciendo y pronto surgieron organizaciones similares entre los campesinos y los estudiantes. Pero los conflictos, en lugar de amainar, se agudizaron, en un ambiente de grave crisis económica. En septiembre y octubre de 1981 se realizó el primer congreso de Solidaridad. En él se expresaron gran diversidad de tendencias ideológicas y políticas que concurrían en el movimiento. Al final se aprobó un programa que, si bien no hablaba explícitamente de socialismo, coincidía en muchos aspectos con las ideas de un socialismo democrático: "autogestión, que consiste en suprimir la burocratización y despertar el espíritu de empresa sin excluir la planificación, siempre y cuando ésta sea aprobada y controlada por la base; elevación sustancial del nivel de vida y las condiciones de trabajo de obreros y obreras; elección de los directores de empresa considerada como de propiedad social por trabajadores, con criterios técnicos y no políticos; respeto al derecho al trabajo y la vivienda; no al desempleo". Y en lo político, "una república autogestionaria basada en el pleno respeto al pluralismo de opiniones sociales, políticas y culturales, y la autogestión auténtica de los trabajadores".

El ascenso de las organizaciones independientes, la

descomposicion del Estado y el empeoramiento de la situación económica llevaron al gobierno a optar por medidas drásticas. El 13 de diciembre se introdujo la ley marcial. Más de 10 mil personas fueron arrestadas y entre los mineros que se opusieron hubo nueve muertos. La resistencia pasó a la clandestinidad. Luego vinieron ocho años de lucha sorda, cuya historia es de sobra conocida. Durante esos años, Solidaridad acabó por conquistar a la inmensa mayoría de los polacos sin recurrir a la violencia. Pese a ello, el gobierno se negaba a reiniciar el contacto con las organizaciones ilegales. Fue hasta finales de 1988, después de las cruentas huelgas de Gdansk, Szezcin, Nowa Huta, Stalowa Wola y la Baja Silesia, cuando propuso la realización de una "mesa redonda" con la participación de todas las fuerzas sociales existentes en el país y Walesa aceptó colaborar en el levantamiento de las huelgas.

El encuentro tuvo lugar entre febrero y abril de 1989. De acuerdo con el pacto firmado por los participantes, se legalizaban Solidaridad y sus organizaciones paralelas, y se convocaba a elecciones para renovar 35% del Parlamento y la totalidad del Senado. Los candidatos apoyados por Solidaridad arrasaron. Mediante una hábil maniobra, la minoría de 35% se transformó en mayoría, aliándose a los partidos paraestatales. Vencidos, los comunistas aceptaron una coalición y el 19 de agosto el Parlamento nombró a Tadeusz Mazowiecki primer ministro del nuevo gobierno, mismo que la URSS reconoció de inmediato.

Ésta era la señal esperada en los demás pueblos del bloque. El otoño caliente se había iniciado. Al mismo tiempo, la orientación del movimiento comenzó a cambiar. La admiración hacia Occidente creció rápidamente y los impulsos autogestionarios se fueron diluyendo para ceder el lugar a un populismo ambiguo.

Medio año después de su ascenso al poder, Solidaridad comenzó a dar muestras de división política. Hay serios desacuerdos acerca del ritmo y orientación de las reformas económicas, el nombramiento de funcionarios y la aspiración anticipada de Walesa a la presidencia de la república. Las diferencias han dado lugar al nacimiento de dos agrupaciones políticas cada vez más definidas, así como al despunte de varias más en el marco de una proliferación de organizaciones nuevas, nacionales y locales, con las más diversas orientaciones. A

muchas de ellas las mueve un franco espíritu restaurador del capitalismo. El programa inicial de Solidaridad quedó atrás y la proyección futura de sus diversas corrientes es materia de especulación. Solidaridad fue el artífice principal de la democratización. ¿Han muerto definitivamente sus ideales obreristas y autogestionarios originales? Nadie lo sabe. La unidad inicial del movimiento popular ha dado lugar a la dispersión y a cierta pasividad que se expresa incluso en la abstención electoral. La primera fase de la revolución ha terminado con un viraje conservador.

La siguiente en turno fue la República Democrática Alemana. Ahí la protesta se inició de manera inusitada: con la fuga masiva de ciudadanos hacia la RFA. En 1989 salieron de la RDA 350 mil personas. Dos días después de las celebraciones del cuarenta aniversario de la fundación de la República, se iniciaron las grandes manifestaciones, que no cesaron en los siguientes tres meses. El 18 de octubre, Erich Honecker fue removido de todos sus puestos. En Leipzig, Dresden, Berlín, Magdeburg, Halle y otras ciudades, la gente se lanzó a la calle en medio de incesantes debates públicos, en los cuales participaron millones de personas. El poder se fue deslizando de las manos del gobierno y del Partido a las de la ciudadanía, que se encontraba en una actividad ininterumpida. La mayoría se orientaba hacia la democratización del socialismo, no a su abolición. Pero desde el 9 de noviembre, en que se liberó el paso hacia Occidente, el movimiento cambió de orientación. Comenzaron a aparecer lemas como "¡Basta de experimentos socialistas! ¡Bienestar, sí; socialismo, no!" Tres meses más tarde, el impulso hacia la unificación y la restauración capitalista era irresistible, y Bonn supo aprovecharlo.

El destino de la RDA confirma la máxima según la cual todas las revoluciones alemanas terminan en la reacción. Un movimiento que se orientaba hacia la renovación socialista acabó siendo una avalancha conservadora. La combinación del viraje de la opinión pública y los errores de los dirigentes que sucedieron a Honecker culminó en la anexión de la RDA en condiciones catastróficas para sus habitantes.

La aplastante victoria de Kohl ha impuesto un alto precio a los ciudadanos de la RDA, tratados ahora en plan de vencidos.

Su economía es saqueada por el capital alemán. El desempleo, los salarios insuficientes para la nueva estructura del gasto, la liquidación de prestaciones sociales, han producido un dramático descenso de los niveles de vida reales. Pero más grave aún es la depreciación moral de una población tratada despectivamente por sus "hermanos" del Oeste y carente de representación en el gobierno central.

Ninguno de los otros países tuvo movimientos tan perseverantes, amplios y maduros como el de Polonia. Sin embargo, su importancia no debe ser subestimada. En

Checoslovaquia, como en Polonia, la caída del Partido Comunista y las reformas democráticas fueron resultado de una auténtica insurrección pacífica. En 1968 se produjo un movimiento renovador en el seno del Partido Comunista Checoslovaco, que, apoyado por la inmensa mayoría del pueblo, lanzó un ambicioso programa que respondía al concepto de socialismo democrático: socialismo con cara humana. La experiencia de la Primavera de Praga es el antecedente programático más directo de la *perestroika*. Pero esto no entraba en los planes de Brezhnev y su gente. En agosto del mismo año, las tropas de cinco países del Pacto de Varsovia

interrumpieron violentamente el experimento. Hoy, el mismo PCCh acepta que el movimiento dirigido por Dubcek no fue un brote de revisionismo, sino un intento de establecer un socialismo democrático de mercado. Siguió una represión cruenta, durante la cual 300 mil personas fueron expulsadas del Partido. En abril de 1988, presionado por Gorbachov, este partido aprobó un proyecto de reformas que despertó grandes expectativas entre la población. Pero los sectores conservadores frenaron su aplicación. Ni en la política ni en la economía se produjeron cambios importantes.

En los años de 1988 y 1989 los grupos de oposición existentes ampliaron sus actividades clandestinas, mientras otros nuevos surgían. Casi todos exigían la aplicación de las reformas aprobadas. En los aniversarios de la Primavera de Praga y la fundación de la república en 1918 se produjeron grandes manifestaciones estudiantiles que fueron brutalmente reprimidas. Después de la del 17 de noviembre de 1989, las protestas se generalizaron en todo el país. Los estudiantes se declararon en huelga y crearon comités autónomos. Los obreros no tardaron en emularlos. Se pedía el castigo de los responsables de la represión; anulación de los artículos de la constitución que otorgaban al PCCh el papel dirigente en la sociedad, y pluralismo político. Las organizaciones opositoras tomaron rápidamente la dirección del movimiento. Entre ellos estaban Vaclav Havel y otros firmantes de la Carta de los 77. Se constituyó el Foro Cívico, que no se definió como partido, sino como un amplio movimiento que integraba a todos los ciudadanos democráticos y a una docena de organizaciones, la mayoría de ellas surgida en los últimos diez años.

El Foro se pronunció por la renovación de las instituciones democráticas, la participación verdadera de los ciudadanos en las decisiones políticas, el pluralismo y la economía social de mercado basada en las tres formas de propiedad. Ya no se hablaba de la renovación del socialismo, porque en esos veinte años el lema había perdido todo atractivo para la población. El 25 y 26 de noviembre se organizaron mítines masivos. En algunos participaron hasta 750 mil personas. Después de veinte años de silencio, Dubcek habló de nuevo a su pueblo. El día 27 se declaró una huelga general de dos horas en todo el país. Vacilante, el Partido Comunista comenzó lentamente a ceder. Primero sólo intentaron cambiar a los miembros de la

dirección. Pero la posición de los nuevos dirigentes era demasiado tibia para las circunstancias. Todavía el 3 de diciembre intentaron formar un gobierno con mayoría comunista absoluta. El día 7, bajo intensa presión popular, el ministro presidente fue obligado a renunciar para crear un gobierno de reconciliación nacional con amplia participación de la oposición. Poco más tarde fue necesario iniciar una mesa redonda con representantes de todas las fuerzas del país. En ella se preparó la renuncia de Husak a la presidencia de la república y las elecciones del 29 de diciembre, en las cuales resultó electo Vaclav Havel para ocupar el lugar de Husak. La *Revolución de Terciopelo* produjo cambios profundos. El pluralismo político, ideológico y cultural son ya un hecho. Han surgido multitud de partidos y organizaciones de distintas orientaciones. El Partido Comunista, renovado, conserva alguna influencia, sobre todo en las pequeñas ciudades y en el campo. Pese al desconcierto actual, las fuerzas afines a una *tercera vía* —libre de las pesadillas del estatismo y las iniquidades del capitalismo salvaje— tienen aún posibilidades de consolidarse.

Rumania ocupa un lugar especial en el proceso. En este país la dictadura de la burocracia había adquirido formas especialmente despóticas: el poder se había concentrado en las manos del clan Ceaucescu en un grado sin paralelo en los otros países del Este. El dictador elevó su prestigio, imprimiendo tonos nacionalistas a su política exterior. En un cuarto de siglo se transformó en un caudillo al estilo balcánico, concentrando en sus manos todos los puestos de mando.

Después de un desarrollo económico acelerado, la economía rumana se hundió desde 1982 en una profunda crisis. Las desproporciones entre las diferentes ramas de la economía crecieron y el último plan quinquenal no se cumplió. Las arbitrariedades administrativas, el gusto por los proyectos gigantescos y la corrupción del dictador afectaron gravemente los niveles de vida populares. En la segunda mitad de la década de los ochenta se impusieron medidas restrictivas draconianas, como la prohibición del divorcio y del aborto, multas a las parejas que no tenían niños, reducciones de los servicios médicos y sociales, y prohibición de contactos con extranjeros. Hacia 1989, el racionamiento de todos los alimentos, el gas, la

electricidad y los medios de calefacción transformaron la vida cotidiana de la mayoría de los rumanos en una dura lucha por la sobrevivencia. Así, hacia el otoño de ese año, todas las contradicciones sociales y políticas llegaron a su culminación: mostraron que la estructura política impedía cualquier reforma importante.

La rebelión que derrocó al dictador se inició en la capital de una región, Timisoara, ciudad de 400 mil habitantes con importantes minorías húngaras y alemanas. El 15 de noviembre de 1989 se produjo una manifestación espontánea de estudiantes, lo cual se transformó en una conmemoración del aplastamiento de una huelga obrera que había tenido lugar en la misma región dos años antes. Un día después, la gente volvió a la calle para exigir la libertad del cura húngaro Laszo Tokés, apresado algunos días atrás. Esta vez la reacción de los órganos de seguridad, el temido *Securitate*, fue feroz. Pese a ello, las manifestaciones volvieron a repetirse, ahora exigiendo la renuncia de Ceaucescu. Un mes más tarde, el 17 de diciembre, gente de todas las nacionalidades salió a manifestarse, exigiendo respeto a los derechos humanos y la caída de Ceaucescu. La *Securitate* disparó. Y aun cuando hay diferentes versiones sobre el número de caídos, éste ascendió por lo menos a seiscientas personas. La respuesta del pueblo fue la insurrección, que se propagó rápidamente por todo el país. En muchas fábricas los obreros ocuparon las instalaciones y crearon comités de gobierno autónomos. Desde el 22 de diciembre los enfrentamientos armados entre ciudadanos y las fuerzas de la *Securitate* se extendieron a todo el país. En la capital, Bucarest, las batallas adquirieron un carácter especialmente sangriento. Las víctimas de la revolución de diciembre se calculan en unas 10 mil personas. El ejército tomó el partido del pueblo (¿o había preparado la insurrección?) y la lucha concluyó rápidamente con la victoria de las fuerzas revolucionarias.

Ceaucescu y su esposa intentaron huir al extranjero, pero fueron apresados, juzgados por una corte militar y ejecutados el 25 de diciembre. La noticia de la caída del dictador estimuló la formación de un amplio bloque de fuerzas revolucionarias. El 23 del mismo mes se formó el Frente de Salvación Nacional, apoyado (¿creado?) inmediatamente por el ejército. Se publicó un programa de diez puntos que proponía cambios inmediatos en la vida política y económica. Entre ellos los más importantes

eran la restauración de la democracia y de los derechos humanos. Se prometían elecciones libres, elaboración de una nueva constitución, una reforma económica general y la orientación del sistema hacia la satisfacción de las necesidades populares. Se disolvieron todos los órganos de gobierno existentes y el poder pasó a los consejos locales del Frente de Salvación.

A la cabeza del Frente aparecieron figuras políticas que habían sido perseguidas por Ceaucescu, pero que estaban ligadas al Partido Comunista Rumano. El Frente que gobernaba se transformó en partido para las siguientes elecciones, fijadas para mediados de 1990. Esta condición ambigua le valió críticas de muchos ciudadanos. Pese a ello, ganó ampliamente las elecciones, realizadas en presencia de observadores de la ONU. Sin embargo, esto no calmó los ánimos, y sectores urbanos —sobre todo de estudiantes y de profesionales— siguen acusándolo de ser una nueva fachada del viejo partido.

A diferencia de los otros países del Este, en Bulgaria no se produjo una crisis nacional en el otoño de 1989. La caída de Todor Zhívkov —que había regido los destinos del país por más de treinta años— se debió más a procesos internos en el Partido Comunista Búlgaro que al empuje popular. Esto se debe en parte a la exitosa transformación económica y social que conoció el país entre 1945 y 1980: Un país agrario subdesarrollado se convirtió en industrial-agrario, con una agricultura exportadora bastante eficiente y altos niveles de educación popular.

Sin embargo, en la década de los ochenta el desarrollo se hizo más lento y el descontento popular creció. En el otoño de 1988 se creó un Comité de Defensa de los Derechos Religiosos y un Club de Intelectuales Independientes; en febrero del año siguiente surgió el sindicato independiente *Podtnepa*. En abril de ese año se fundó la Unión Ecologista *Eco-Glastnost*. Se les negó el registro y fueron atacados por órganos de seguridad, pero lograron sobrevivir. En octubre de 1989, en una conferencia de prensa para los medios de difusión extranjeros, los voceros de *Eco-Glastnost* se declararon parte de un movimiento democrático más amplio que proponía transformarse en una fuerza política de oposición.

La situación política se agravó por el éxodo masivo de ciudadanos de nacionalidad turca, en protesta por la política discriminatoria contra ellos (la minoría turca asciende a 900 mil pesonas en una población de 10 millones de habitantes).

Hacia diciembre de 1989, los grupos de oposición comenzaron a multiplicarse. Se constituyeron docenas de partidos, organizaciones y movimientos. La más importante era la Unión de Fuerzas Democráticas, integrada por 16 organizaciones. Entre ellas hay partidos que existieron hasta 1947 y volvieron a la vida, así como otros grupos completamente nuevos. Todos ellos se proponían reducir la influencia del PCB y ascender al poder mediante elecciones libres.

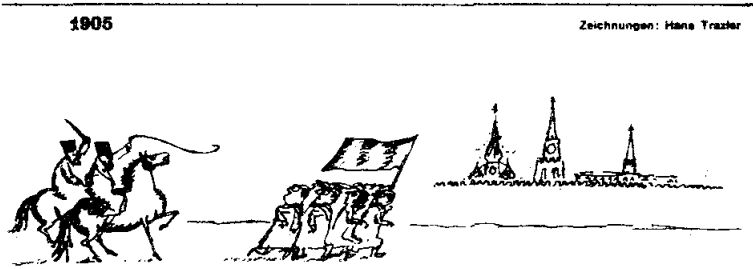
Dentro del Partido Comunista, y después de la caída de Zhívkov, se produjeron cambios acelerados. Éstos culminaron en la adopción de un "programa de socialismo democrático" Posteriormente cambió su nombre por el de Partido Socialista Búlgaro.

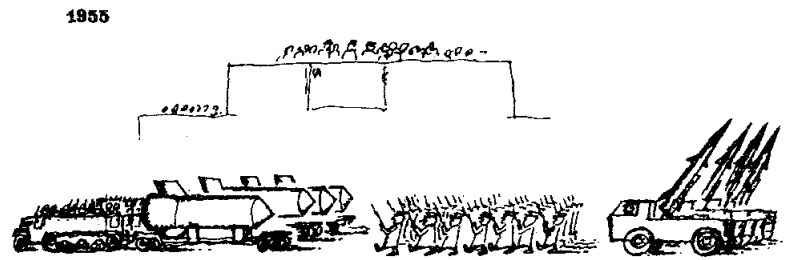
En los últimos días del año se creó una mesa redonda de

todas las fuerzas políticas que lograron ponerse de acuerdo en torno a un plan de acción que contenía los siguientes puntos: transición pacífica a una sociedad civil pluralista; garantías políticas a los derechos humanos, de acuerdo con los compromisos internacionales de Bulgaria; sistema pluripartidista; elecciones generales a mediados de 1990; igualdad jurídica de todas las formas de propiedad.

En la URSS, durante los primeros años de la *perestroika*, las reformas partieron de los órganos del gobierno y del Partido. Pero a partir de 1989 el movimiento popular irrumpió en la escena. En forma inesperada y con intensidad desigual, decenas de millones de ciudadanos y ciudadanas comenzaron a participar. Según fuentes de la República Federal Alemana, en 1989 se realizaron en la URSS unos 5 300 actos públicos, que congregaron a 12,6 millones de personas. Entre el 1o. de enero de 1990 y el 23 de febrero se registraron 1 500 actos con 6,4 millones de personas. Sólo en el fin de semana del 24 y 25 del mismo mes hubo quinientas manifestaciones, en las cuales quedó demostrado que la oposición popular estaba llegando a niveles políticos sin precedentes. Desde ese año, se han multiplicado los choques nacionalistas y los movimientos cuyas demandas democráticas se combinan en forma compleja con las nacionalistas. Fuerzas sociales dispersas comienzan a converger y a planear manifestaciones conjuntas con propósitos definidos. Pese a los intentos del PCUS de encauzarlas dentro de las estructuras existentes, éstas adquieren una independencia creciente. Han surgido organizaciones y partidos cuyo espectro va de lo reaccionario y ultranacionalista a la democracia radical y el anarquismo. También se han multiplicado las huelgas de características cada vez más políticas. En julio de 1989, 300 mil mineros paralizaron unas 250 minas en el Kuzbass y el Donbass, y las huelgas de solidaridad se extendieron hasta Asia central. Frente a los locales del PCUS se escenificaron largos mítines: cientos de miles de obreros exigieron mejores condiciones de trabajo y de vida mediante las demandas "Abajo los burócratas, justicia social, carne para todos". La huelga cundió con rapidez impresionante. Un día, 77 mineros en el Kuzbass abandonaron la mina. Tres días más tarde, los huelguistas eran 90 mil. Dos semanas después, Gorbachov se dirigió por televisión a los huelguistas. Los felicitó por haber tomado las cosas en sus manos, les aseguró que su movimiento

coincidía plenamente con la *perestroika* y prometió dar satisfacción a sus demandas principales. Esperanzados, los huelguistas regresaron al trabajo. Un año y muchas huelgas más tarde, estaban otra vez en pie de lucha. El 11 de julio de 1990, unos 400 mil trabajadores de todas las regiones mineras —desde Ucrania hasta Siberia y el Círculo Polar Ártico— protagonizaron huelgas de advertencia de veinticuatro horas. Esta vez el ambiente era mucho más político. Se pedía la renuncia del primer ministro Ryzhkov y se apoyaba al presidente de Rusia, Yeltsin, confrontando su figura con la de

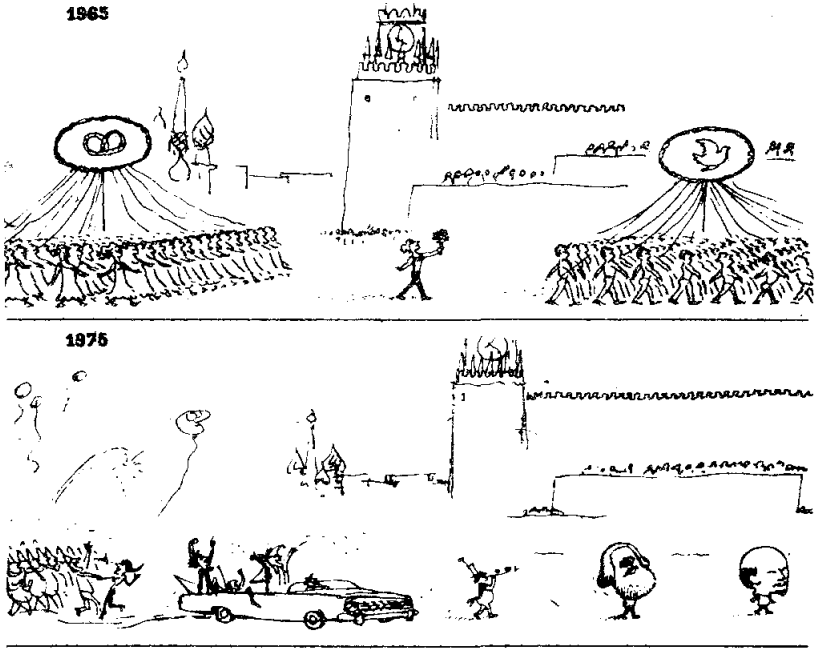




Gorbachov. Hubo también pronunciamientos contra el Partido Comunista y el congreso que se realizaba en esos días, señalando que las discusiones de éste no coincidían con los verdaderos problemas de los trabajadores. En el resto del país muchos obreros realizaron actos de solidaridad promovidos por la Confederación del Trabajo, una nueva organización sindical independiente. Es interesante señalar que durante 1990 ha habido en la URSS más huelgas que en cualquier otra parte del mundo. El movimiento popular en la URSS es todavía caótico y contradictorio; se mueve entre el deseo de cambio y el miedo al futuro. Su orientación es incierta y en el seno del Estado se

libra una cruenta lucha entre reformistas y conservadores por su dirección.

En toda la región son extraordinariamente preocupantes las manifestaciones de nacionalismo exacerbado, fundamentalmente religioso, racismo y antisemitismo. Los jinetes del Apocalipsis convocados por el disidente Solyenitzin —quien fue el primero en llamar al regreso a Dios y la madre Rusia— cabalgan desbocados desde Siberia hasta Berlín. En los cien días que pasé en esos países, las manifestaciones de xenofobia y racismo que encontré fueron innumerables. Azeris contra armenios,



georgianos contra rusos, rumanos contra la minoría húngara de su país, búlgaros contra turcos en el suyo, húngaros contra eslovacos del sur, cuyo territorio fue alguna vez parte de Hungría, eslovacos contra checos, cuya hegemonía resienten, polacos contra alemanes cuyo revanchismo temen, alemanes a quienes la reunificación se les sube a la cabeza contra todos, serviocroatas contra albaneses en Kosovo, y casi todos contra los gitanos y los judíos, a quienes nadie quiere. Las viejas mentalidades nacionalistas y racistas son manipuladas por diversos intereses locales y nacionales dentro de un juego macabro de consecuencias imprevisibles. Más de un soviético

me llamó la atención sobre el hecho de que cada vez que Gorbachov salía del país, con sospechosa oportunidad se producían sangrientos choques interétnicos en alguna parte de la Unión Soviética. Y en la política cotidiana polaca, el antisemitismo sin judíos (sólo quedan unos 5 mil) es utilizado —combinado con un nacionalismo grandilocuente y un ferviente catolicismo— por la mayoría de las fuerzas en pugna por el poder. En Alemania del Este, el neonazismo vuelve a levantar cabeza. En las primeras elecciones libres en Hungría a principios de este año, triunfó el Foro Democrático, cuyo discurso anticomunista se combina promiscuamente con un antisemitismo rampante. Nacionalismo y racismo son, por ahora, pasiones y mentalidades que se extienden rápidamente. Mi impresión es que estos fenómenos se relacionan con la etapa inicial y destructiva de la revolución, siendo que el objetivo principal era desarticular el sistema político "comunista". A medida que éste sea sustituido por las tareas de la reconstrucción económica y social, cederán el lugar a corrientes sociales más ligadas a la modernidad o se verán penetrados por ellas. Pero mientras tanto, la situación es extremadamente peligrosa. El caldo de cultivo para las soluciones dictatoriales, populistas y reaccionarias, así como para las explosiones racistas, está listo y disponible.

Encontré en los sectores populares más entusiasmo por los productos de consumo que por el sistema social del capitalismo neoliberal actual. La tesis de que sólo existen dos opciones —el viejo sistema o el capitalismo— es altamente impopular, precisamente porque fue la teoría oficial durante cuarenta años. Mucho más extendida es una visión contradictoria que integra una economía de mercado con una distribución relativamente igualitaria del ingreso, y un Estado benefactor con una burocracia de poderes restringidos por la acción libre de sectores populares organizados. Entre trabajadores polacos y rusos es muy común oír opiniones favorables a la introducción del mercado con la ayuda de medidas monetarias drásticas (en una encuesta reciente, miles de moscovitas consideraron que la mujer del año debía ser Margaret Thatcher), entremezcladas con denuncias airadas de quienes se enriquecen con los sufrimientos del pueblo y no tienen vergüenza de exhibir sus nuevos lujos (odio a los especuladores de la "mafia" soviética y resentimientos contra los minicomerciantes polacos), así como

ataques virulentos contra los privilegios de la burocracia y defensa indiscriminada de las múltiples funciones sociales de un Estado hipertrofiado.

Lo que sí parece evidente es que los trabajadores están cada vez más decididos a impedir que el peso de las reformas recaiga exclusivamente sobre ellos. Mientras los mineros y los campesinos polacos comienzan a protestar contra el plan económico del nuevo gobierno y los trabajadores húngaros boicotean las últimas elecciones como protesta contra la desocupación y la carestía, en la URSS el problema obrero comienza a preocupar a Gorbachov casi tanto como el nacional. Mientras tanto, entre los trabajadores circula un dicho muy popular: la *perestroika* y la *glastnost* son excelentes, pero no se pueden comer. El mayor desafío al que se enfrenta en estos momentos el presidente soviético es introducir las reformas económicas sin producir un choque frontal con la clase obrera. La búsqueda de una táctica adecuada para evitarlo explica en parte las prolongadas vacilaciones y forcejeos que rodean la aprobación de un plan definido de acción económica. Las huelgas de verano de los últimos dos años demuestran que actualmente los obreros son capaces de acciones independientes de una envergadura sin precedentes en los últimos sesenta años. Por eso, los conservadores de Moscú han creado el Frente Unido de Trabajadores, una organización que se opone a la introducción del mercado e intenta cooptar los nuevos comités de huelga permanentes. Se multiplican los esfuerzos para corromper a los nuevos dirigentes que tomaron parte en las pláticas por medio de privilegios muy atractivos en las condiciones actuales. En el Parlamento se discutieron acaloradamente leyes antihuelgas y un general retirado del KGB declaró que esta organización se halla intacta y que su prioridad en estos momentos es vigilar las nuevas organizaciones obreras y las organizaciones nacionalistas informales. La gran pregunta respecto a los movimientos populares es cuál de todas las tendencias contradictorias que los desgarran predominará.

En Europa del Este estamos ante la masificación de los movimientos sociales después de una vida subterránea de varias décadas. Las fuerzas organizadas que luchan por su dirección no pueden ser definidas en los términos políticos de Occidente, precisamente porque los problemas de la sociedad estatista son

muy diferentes. Allí, los conceptos de derecha e izquierda responden a otras coordenadas. La coincidencia de nombres, ideologías y programas con el Oeste no debe confundir. Un ingeniero francés que permaneció en la URSS durante un mes explorando la posibilidad de *joint ventures* me confesaba su perplejidad: "En Francia —me decía— todos coincidimos en que los comunistas son la izquierda y los socialistas la centro-izquierda; pero aquí resulta que el PC es la fuerza conservadora y la socialdemocracia es un total desconocido, vaya usted a entender..." En los países del exbloque socialista son raros los políticos que aceptan definirse claramente sobre el tema: ¿socialismo o capitalismo? La mayoría sostiene que éste es un problema superado. Sus dilemas son otros: ¿autoritarismo o democracia?, ¿economía de administración central o mercado? En política internacional sucede lo mismo: el desarme, la disolución de los bloques o la ayuda económica de los países capitalistas desarrollados tienen prioridad absoluta. La problemática del imperialismo, la crisis del capitalismo, el Tercer Mundo, han desaparecido de sus agendas. Izquierda y derecha, posiciones siempre móviles en la sociedad moderna, no se definen ideológicamente, sino en función de la actitud práctica en cada etapa de la revolución. En la que acaba de transcurrir, el problema era la actitud hacia el sistema político existente. En la que está comenzando, será la política de reforma económica. En esas confrontaciones y los alineamientos resultantes se van definiendo izquierda, centro y derecha en un carrusel que desafía todos los análisis tradicionales.

Concebida en las dos últimas décadas, la reforma de las sociedades estatistas fue anticipada en Hungría y Polonia e iniciada por el ala reformista de la burocracia en la URSS desde 1985. Durante cinco años permaneció aposentada en las alturas. Las medidas de Gorbachov dividieron profundamente a los círculos gobernantes y terminaron por desestabilizar regímenes conservadores como los de la RDA, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria, pero no provocaron una gran respuesta popular.

En 1989, los pueblos entraron en escena, acelerando el proceso y dándole visos inesperados. La señal para su inicio fue el reconocimiento del gobierno no comunista de Masowiecki por parte de la URSS. La revolución movilizó a las grandes mayorías de la población. Su escenario principal fueron las

ciudades, y aun cuando no tuvo un carácter clasista definido, la clase obrera se manifestó como tal en Polonia, Checoslovaquia y la URSS. La población rural tuvo una participación menor y jugó en algunos países un papel conservador.

La revolución duró sólo entre tres y seis meses, y en ningún lugar creó verdaderos órganos de poder popular. El rápido y relativamente pacífico triunfo de sus demandas política lo hizo desembocar en procesos electorales que lo orientaron hacia las vías institucionales y legitimaron el nuevo Estado.

Los objetivos políticos del movimiento eran claros y muy generalizados: pluralismo político, respeto a los derechos humanos, abolición de la ideología oficial y la censura. Ideológicamente, se orientó contra el "marxismo-leninismo" en todas sus expresiones, pero no produjo alternativas novedosas. Hubo más bien retornos iniciales a todas las ideologías no socialistas del pasado. Las aspiraciones económicas de los movimientos estuvieron regidas por una admiración desenfrenada por la economía de los países capitalistas desarrollados y sus sociedades de consumo, o más bien la imagen mistificada que de ellas tenían.

El movimiento se desvaneció rápidamente y el poder quedó

en manos de las élites intelectuales ya existentes o en los sectores reformistas de la burocracia. Pero la insurrección popular no fue en vano. Contribuyó decisivamente a destruir el mito ya desgastado del carácter socialista del sistema y sirvió para impulsar a las sociedades estatistas hacia una nueva etapa de su desarrollo, más democrática y humana.

La insurrección popular dejó como herencia nuevos partidos políticos, organizaciones sindicales autónomas, un sistema parlamentario basado en elecciones y las condiciones necesarias para que las reformas económicas sean el resultado de la acción de fuerzas sociales diversas y no del mandato de un Estado monolítico.

¿Qué es lo que se derrumbó bajo el ataque combinado de la burocracia reformista, las masas populares y los intelectuales? ¿El socialismo en general, un modelo determinado de socialismo o un estadio inicial de la sociedad estatista conocido con el nombre de "socialismo realmente existente"? Todo parece indicar que la única polémica realista se libra entre las últimas dos opciones. Si es así, la idea y el movimiento no han perdido vigencia.

Durante más de un siglo el socialismo protagonizó una revolución de envergadura similar a las que introdujeron el surgimiento del cristianismo, la reforma protestante y la Ilustración. Su idea básica —la que une a sus innumerables sectas y corrientes— es que el capitalismo es un sistema injusto, basado en la explotación, la subordinación de los trabajadores, la enajenación y la desigualdad. Puede y debe ser sustituido por otro en el cual la igualdad y la solidaridad humanas jugarán el papel principal. Ésta es la idea que lo ha distinguido y lo seguirá distinguiendo de las otras grandes corrientes de la época: liberalismo, populismo y nacionalismo. Mientras la realidad a la cual responde tenga vigencia, lo tiene también el socialismo.

El gran intento civilizador iniciado en octubre de 1917 fracasó, dando origen al surgimiento de un sistema no previsto por los pensadores socialistas: el estatismo. El socialismo sólo puede conservar su esencia liberadora si a la lucha contra el capital agrega la lucha contra los efectos sociales de la división del trabajo y la burocracia. Aun así, no puede aspirar en el siglo XXI a ser el portador único de la emancipación social. Junto a él han ganado carta de legitimidad movimientos como

el liberalismo social, el ecologismo, el feminismo, el de emancipación nacional, que tienen mensajes propios, irreductibles al pensamiento y a la práctica socialistas.

La experiencia extraída del colapso del gran ensayo nos obliga a rechazar toda concepción que defina el socialismo como una simple antinomia del capitalismo. Ahora sabemos todos que la abolición del orden capitalista no asegura el surgimiento de uno socialista. Existen otras opciones negativas e indeseables. El dónde, cuándo y cómo del suceso son determinantes para el resultado.

La idea de una sociedad mejor que el capitalismo no puede constar de verdades definitivas e inmutables. Los hombres y las mujeres que vivieron el tránsito del feudalismo al capitalismo no conocían el nombre de su destino, ni las características finales de la sociedad por nacer. Tenemos ventajas sobre ellos, pero no tantas como creíamos hasta 1988. Cada gran experiencia obliga a revisar los objetivos y los medios que a ellos llevan. Dentro de medio siglo, la idea que la humanidad tendrá del socialismo será muy diferente a la nuestra y tan pasajera como ella.

La idea de la transición a la nueva sociedad debe ser modificada. Se trata de un proceso histórico sumamente prolongado que cubre varios siglos. Habrá revoluciones y también restauraciones, saltos hacia adelante y recaídas en el pasado. Estamos al principio del camino. No existen atajos y el voluntarismo es fuente segura de monstruosidades a lo Stalin, Pol-Pot o Ceaucescu. Ninguna revolución puede imponer el nuevo sistema de un solo golpe, y el acceso al poder de las fuerzas del socialismo es sólo un momento, no la culminación del proceso.

En las complejas sociedades contemporáneas de ambas formaciones, los seres humanos se enfrentan a obstáculos que sólo parcialmente tienen un origen de clase. Por eso el movimiento obrero —que a veces es depositario de tendencias conservadoras— es ya una base demasiado reducida para las fuerzas de transformación social. Éste abarca actualmente a todos los sectores progresistas, independientemente de su origen social. Actualmente, en los países estatistas la solución no reside exclusivamente en las capas subalternas. Frecuentemente las necesidades inmediatas de esos sectores son conservadoras y no anticipan una nueva forma de vida. Perspectivas renovadoras

sólo se materializan en una crisis como la actual, sectores de la intelectualidad y la burocracia se unen a ellas para alcanzar una reforma o una revolución.

En siglo y medio, el movimiento ha transformado profundamente la vida de todos los trabajadores, pero no ha logrado instaurar el socialismo en ninguna parte del globo. En el Tercer Mundo se han producido numerosas revoluciones triunfantes, pero el socialismo no puede ser instaurado en el atraso. En el Primer Mundo, el socialismo podría ser fácilmente construido, pero ninguna revolución proletaria ha triunfado. Los que quieren no pueden y los que pueden no quieren. Estas verdades son el punto de partida de la nueva reflexión. La relación maligna que existe en todo movimiento revolucionario entre objetivos y resultados reales es el gran reto teórico de la actualidad. Pero la barbarie del estalinismo y los fracasos del "socialismo realmente existente" no deben transformarse en apología de un sistema como el capitalista, que multiplica las capacidades productivas y exalta la libertad individual, pero consume y destruye a millones de hombres y mujeres como si fueran envases desechables. Apoyándose en la tradición humanista de sus pensadores y en el sentido emancipador de la mayoría de las luchas libradas por sus militantes, el socialismo puede y debe reemprender el camino. Así lo exigen los intereses vitales de una humanidad sumida en los ciegos antagonismos de clase y en los egoísmos atomizados de pueblos y conglomerados de todo tipo. Una humanidad que en la desigualdad lacerante entre regiones e individuos, el despilfarro de sus recursos y la destrucción del medio ambiente, corre desenfrenada hacia un punto de no retorno.

México, D.F., agosto de 1990

DOCE TESIS SOBRE LA CRISIS DEL *SOCIALISMO REALMENTE EXISTENTE*

michael löwy

1. Uno no puede morir antes de nacer. El comunismo no está muerto porque no ha nacido todavía. Lo mismo se aplica al socialismo. Lo que los medios de comunicación occidentales llaman *los estados comunistas* y la ideología oficial de Oriente *socialismo realmente existente* tampoco fueron tales. A lo sumo, uno podría llamar sociedades no capitalistas a aquellas donde la propiedad privada de los principales medios de producción fue abolida. Pero estuvieron muy lejos del socialismo: una forma de sociedad en la que los productores asociados son los dueños del proceso de producción; una sociedad basada sobre la más amplia democracia económica, social y política; una comunidad liberada de toda explotación y opresión de clase, etnia o género. Cualesquiera que hayan sido sus logros o fallas económicas y sociales, estas sociedades *realmente existentes* tuvieron una básica y común deficiencia: la ausencia de democracia; la exclusión de los trabajadores, de la mayoría del pueblo, del poder político.

UAM-I CSH ... BIBLIOTECA

Los derechos democráticos —libertad de expresión y organización; sufragio universal; pluralismo político— no son meras "instituciones burguesas", sino duras conquistas ganadas por el movimiento obrero. Su restricción en el nombre del socialismo es despotismo burocrático. Como Rosa Luxemburgo (quien activamente apoyó a la revolución rusa) advirtió en una fraternal crítica a los bolcheviques en 1918: "sin elecciones generales, sin libertad de opinión, la vida muere en cada institución pública, deviene una mera apariencia de vida en la cual solamente la burocracia permanece como elemento activo". Si bien algunos aspectos del pluralismo y democracia de los trabajadores existieron aún durante los años 1918-1923, progresivamente fueron tomadas medidas autoritarias. Este error, junto con el retraso, la guerra civil, la hambruna, la intervención extranjera en la URSS durante estos años, crearon

Michael Löwy. Filósofo francés, autor de obras como *La teoría de la revolución en el joven Marx, El pensamiento del* Che *Guevara, Dialéctica y revolución* y *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios.*

Tomado de *Monthly Review*, mayo de 1991. Traducción de Gabriel Vargas Lozano.

las condiciones para la aparición de la maldad burocrática que, bajo Stalin, destruyó al partido bolchevique y su liderazgo histórico.

2. Lo que los medios de comunicación liberales o conservadores llaman la muerte del comunismo es de hecho la crisis del sistema de desarrollo burocrático y autoritario establecido primero en la URSS en la década de los años veinte y treinta sobre las cenizas de la revolución rusa. Es un modelo que ya fue criticado y rechazado en el nombre del marxismo por toda una generación de radicales, incluyendo a León Trotsky y Christian Rakovsky, Issac Deutscher y Abraham León, Heinrich Brandler y Willy Muenzenberg, Víctor Serge y André Breton.

Lo que está moribundo o muriéndose en Europa del Este no es el comunismo, sino su caricatura burocrática: el monopolio del poder por la *nomenklatura*.

3. Esta crisis está desarrollándose también en la URSS en una forma más contradictoria. Después de muchas décadas de inmovilidad y estancamiento burocrático, tuvo lugar un vigoroso proceso de demolición de la herencia estalinista, proceso impulsado por la dialéctica de las reformas desde arriba —promovidas por Mijail Gorbachov y sus colaboradores— y el movimiento democrático desde abajo —los frentes populares y clubes socialistas, ecologistas y reformistas.

La política de reformas del nuevo liderazgo soviético es una bendita mezcla de una importante apertura política (*glastnost*); una reestructuración económica mercantilmente orientada (*perestroika*), que pone en peligro algunos de los derechos tradicionales de los trabajadores; y algunas iniciativas muy positivas por el desarme nuclear, junto a una reducción substancial del apoyo a las revoluciones del Tercer Mundo (particularmente de Centroamérica).

4. En la lucha política y social que está desarrollándose en la URSS y en otras sociedades no capitalistas, tanto dentro de la *nomenklatura,* como en la sociedad civil, muchas alternativas se

confrontan en la vía para salir del modelo estalinista: *a*) la conservación del sistema político autoritario combinado con significativas reformas orientadas al mercado —el modelo Deng Xiaoping—; *b*) la relativa democratización de estructuras políticas y la introducción de mecanismos de mercado, y de dirección económica empresarial —la URSS, Bulgaria, Rumania—; *c*) la democratización según el modelo occidental y la generalización de la economía de mercado —esto es, la restauración del capitalismo—, como en otros países este-europeos; y *d*) la cabal democratización del poder político y una planeación socialista democrática de la economía —el programa radical de sindicatos obreros y opositores socialistas no logradas en ninguna parte hasta ahora.

5. No hay mucho espacio para el optimismo sobre el resultado de la lucha, por lo menos, en el corto plazo. En la mayoría de los países de Europa del Este, los movimientos radicales que luchan por la alternativa socialista democrática o reclaman alguna relación con la tradición marxista han sido derrotados, incluso aquellos que poseían una historia de ríspida oposición al

sistema burocrático. Además de las razones específicas de cada país, un elemento común explica este retroceso: durante 40 años, socialismo y marxismo han sido identificados con el sistema burocrático estalinista. Éste ha sido el único punto de acuerdo entre propagandistas de los gobiernos del Este y sus antagonistas occidentales, entre Radio Praga y Radio Europa Libre —que esos estados son socialistas, que sus líderes están siguiendo políticas marxistas—. Confrontada con este unánime y formidable consenso, ¿qué peso podría tener la oposición de un pequeño grupo de disidentes marxistas? La propaganda occidental está, claro, tratando de explotar esta situación para sus propios fines. Nadie podría hacer a Descartes responsable de las guerras francesas coloniales, ni a Jesús de la Inquisición; menos, inclusive, a Thomas Jefferson por la invasión norteamericana a Vietnam; y sin embargo, se ha hecho aparecer a Marx como el responsable de la construcción del muro de Berlín y del nombramiento de Ceaucescu como líder del Partido Comunista Rumano.

6. No hay razón para aceptar el argumento —presentado como una suerte de verdad autoevidente por economistas del *stablishment*, ideólogos neoliberales, líderes políticos occidentales y editorialistas— de que la economía de mercado, el capitalismo y el sistema de beneficio son las únicas alternativas posibles para la fracasada economía de comando totalitario que existió en los países no capitalistas —un sistema en el cual un pequeño grupo de (incompetentes) tecnócratas decidió qué hacer con la economía y despóticamente impuso sus decisiones sobre la sociedad—. *Tertium datur*. Hay otro camino, la planeación democrática de la economía por la sociedad, en la cual el pueblo decide, después de un debate plural y abierto, las principales opciones económicas, las prioridades de inversión, las líneas generales de política económica, esto es, democracia socialista.

7. Ha sido un dogma impuesto por muchos economistas reformistas y líderes de países del Este decir que existe una directa y lógica relación entre las reformas orientadas a una economía de mercado y la democracia política, *libertad*

económica y libertad política. El modelo Deng Xiaoping es un buen ejemplo en contra, como lo son algunos países del Tercer Mundo, que combinan economías neoliberales con formas extremadamente autoritarias de poder estatal. Por otra parte, la reciente experiencia china demuestra que, si bien las reformas orientadas al mercado pueden temporalmente resolver ciertas dificultades creadas por la planeación burocrática centralizada, esto genera nuevos e igualmente serios problemas: desempleo, éxodo rural, corrupción, inflación, crecimiento de desigualdades sociales, declinación de los servicios sociales, desarrollo de la criminalidad, subordinación de la economía a los bancos multinacionales.

8. Los crímenes cometidos en nombre del comunismo y del socialismo por los regímenes burocráticos —desde las sangrientas purgas de los años treinta hasta la invasión a Checoslovaquia en 1968— han dañado profundamente incluso la misma idea de un futuro socialista y reforzarán la ideología burguesa entre amplios núcleos de población, tanto en el Este como en el Oeste. Sin embargo, las aspiraciones por una sociedad libre e igualitaria, por una democracia económica y social, por la autoadministración y control desde abajo, están profundamente enraizadas en sectores significativos de la clase obrera y de la juventud en el Este y en el Oeste. Desde este punto de vista, socialismo y comunismo, no como un Estado *existente*, sino como un programa que ha inspirado luchas emancipatorias de las víctimas del capitalismo y el imperialismo durante siglo y medio, permanecerán vivos, tanto como la explotación y la opresión.

9. Comprensiblemente, en la presente situación de crisis, uno puede encontrar entre muchos izquierdistas un estado de profunda confusión ideológica, desorden y perplejidad. Inclusive aquellos que no están todavía listos para abandonar toda la herencia marxista están preparándose a sí mismos para retirarse en buen orden. La tendencia dominante en la izquierda, tanto en el Este como en el Oeste —con la excepción de unos cuantos heréticos que aún creen en la necesidad de la revolución social—, es a una *modernización* del marxismo,

adaptándolo a las ideas dominantes del liberalismo, el individualismo, el positivismo y sobre todo el mercado, sus ídolos, sus ritos y sus dogmas. En esta perspectiva, el fracaso del *socialismo realmente existente* tiene sus orígenes en el intento de la revolución rusa de romper (por lo menos parcialmente) con el modelo de civilización capitalista, con el mundo del mercado; la modernización del marxismo podría, entonces, implicar un cierto retorno a los cánones del sistema económico y social occidentales. La socialdemocratización de varios partidos comunistas, en Este y Oeste, es una de las mayores formas de este intento de diluir el programa socialista. Lo que está siendo tirado, junto con el agua (extremadamente) sucia de la bañera —la naturaleza antidemocrática, burocrática y frecuentemente totalitaria de las sociedades no capitalistas y de su sistema de planeación centralizada—, es al niño, es la idea de transitar más allá del capitalismo, hacia una economía planificada democráticamente. Lo que se está echando a rodar en este intento de "reconciliación con la realidad" (para usar una venerable fórmula hegeliana), no son los valores universales negados o pervertidos por el estalinismo —democracia, derechos humanos, libertad de expresión, igualdad social, solidaridad—,

sino aquellos publicitados por élites occidentales —*libre competencia, libre empresa*, monetarismo, cultura de mercado.

10. No hay duda de que el marxismo necesita ser cuestionado, criticado y renovado, pero esto deberá hacerse exactamente por la razón opuesta ofrecida por sus críticos burgueses: debido a que su ruptura con el modelo productivista del capitalismo industrial y con los fundamentos de la moderna civilización burguesa no fueron suficientemente radicales. Marx y los marxistas frecuentemente han ido tras los pasos de la ideología del progreso típica de los siglos XVIII y XIX, particularmente al presentar el desarrollo de las fuerzas productivas como el objetivo fundamental de la revolución y como el principal argumento de legitimación del socialismo. En ciertas formas de marxismo vulgar, el objetivo supremo de la revolución social no es una fraternal e igualitaria reorganización de la sociedad, no una *utopía*, junto a un nuevo modo de producir y de vivir, junto a fuerzas productivas de una naturaleza cualitativamente diferente, sino simplemente remover esas relaciones de producción como obstáculos al libre desarrollo de las fuerzas productivas. Uno difícilmente puede encontrar en *El capital* —exceptuando una o dos frases— elementos para comprender que "el desarrollo de las fuerzas productivas" puede poner en peligro la sobrevivencia humana, por intentar destruir el medio ambiente natural.

Como científico social, Marx no siempre trascendió el modelo burgués-positivista, basado en la arbitraria extensión de la esfera histórica del paradigma epistemológico de las ciencias naturales, con sus leyes, su determinismo, sus predicciones puramente objetivas y su desarrollo lineal —una tendencia llevada a sus conclusiones lógicas por una cierta clase de marxismo desde Plejánov a Louis Althusser.

11. La esencia del marxismo está dondequiera: en la filosofía de la praxis y el método dialéctico-materialista, en el análisis del fetichismo mercantil y de la alienación capitalista, en la perspectiva de la autoemancipación de los trabajadores revolucionarios y en la utopía de una sociedad sin clases y sin Estado. Ésta es la razón por la cual el marxismo tiene un

potencial extraordinario para el pensamiento y la acción crítica y subversiva. La renovación del marxismo debe empezar con la herencia humanista, democrática, revolucionaria, dialéctica, que se encuentra en Marx y en sus mejores seguidores: Luxemburgo, Trotsky y Gramsci, entre otros, una tradición que fue derrotada durante los años veinte y treinta por la contrarrevolución, el estalinismo y el fascismo. Por otra parte, para radicalizar la ruptura con la civilización burguesa, el marxismo debe poder integrar los desafíos prácticos y teóricos propuestos por la ecología, los movimientos feministas, la teología de la liberación y el pacifismo. Esto requiere la visión de una nueva civilización que no podría ser sólo una versión más progresista del sistema capitalista industrial, con base en el desarrollo controlado estatalmente de las mismas fuerzas productivas, sino un nuevo modo de vida basado en el valor de uso y la planeación democrática; en la energía renovable y el cuidado ecológico, en la igualdad de raza y género, en la fraternidad, en la *sorority** y en la solidaridad internacional.

El triunfo presente del neoliberalismo y de la modernización burguesa a lo largo del mundo resulta de la imposibilidad de la socialdemocracia y el postestalinismo de ofrecer una alternativa significativa —que sea tanto radical como democrática— al sistema capitalista mundial.

12. Más que nunca, el marxismo deber ser, como Marx sugiere: "la crítica despiadada de todo lo que existe". Rechazando las apologías modernistas del orden establecido; los discursos realistas que legitiman el mercado capitalista o el despotismo burocrático; el marxismo representa lo que Bloch llamó "el principio de esperanza", la utopía de una sociedad emancipada.

Pero no hay una respuesta prefabricada para todas las cuestiones de la transición al socialismo: cómo combinar democracia representativa y directa; cómo articular planeación democrática con los residuos del mercado; cómo reconciliar desarrollo económico con imperativos ecológicos. Nadie puede reclamar el monopolio de la verdad; estas cuestiones exigen un debate plural y abierto en un proceso de mutuo aprendizaje.

* *Sorority:* hermandad entre las mujeres.

SOCIALISMO Y REVOLUCIÓN EN CENTROAMÉRICA

carlos figueroa ibarra

I. Introducción

El martes 10 de enero de 1978 fue un día extraordinario para la historia más reciente de Centroamérica. Puede decirse que los calendarios enloquecieron y la década de los ochenta comenzó para esta región latinoamericana aproximadamente a las ocho horas de aquella infausta mañana.

Esto sucedió así porque ese día, en alguna de las calles de la ciudad de Managua, un hombre grueso de lentes severos fue acribillado cobardemente por sus victimarios. Aquel hombre tenía 53 años y llevaba por nombre Pedro Joaquín Chamorro. Y tanto los sicarios como sus jefes jamás imaginaron las consecuencias que tendría aquel asesinato. Porque a partir de aquel martes 10 de enero de 1978, Nicaragua, que venía siendo convulsionada por los efectos de la miseria y de la dictadura que sufría, ya no conoció paz. Varias decenas de miles de personas formaron el cortejo fúnebre de Pedro Joaquín Chamorro, y en los días siguientes a su muerte se observaron disturbios en los cuales la ira popular saqueó e incendió comercios, automóviles y *buses*, y se enfrentó con violencia a los aparatos represivos de la dictadura de Anastasio Somoza Debayle, verdadero autor de aquel crimen (*Unomás Uno, El Heraldo de México, Proceso,* 1978).

En los siguientes 18 meses la sociedad nicaragüense se vio convulsionada por las acciones dirigidas principalmente por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN): insurrecciones en las principales ciudades del país; la guerra de guerrillas en el campo, que se combinó con las huelgas urbanas y la guerra regular que se observó en al menos dos frentes. El país vivió lo que algunos autores han llamado una *situación revolucionaria* (Lozano, 1985, cap. II). Ésta habría de

Carlos Figueroa Ibarra, guatemalteco, maestro en sociología, profesor e investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UAP. Ha sido autor de numerosos ensayos y libros sobre Centroamérica. Su libro más reciente es *El recurso del miedo* (EDUCA, San José). Es miembro del Consejo Editorial de *Dialéctica*.

desembocar en el triunfo revolucionario del 19 de julio de 1979, que abriría una compleja transición social en Nicaragua.

Pero si el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro fue el error que, producto de la desesperación, cometió la dictadura de Somoza, y que provocó una *crisis nacional general*, esta última, y el triunfo de la revolución sandinista en julio de 1979, contribuyeron a su vez a desencadenar procesos revolucionarios que durante la década de los setenta se venían gestando en El Salvador y en Guatemala. En 1980, Centroamérica era ya una región convulsionada por una crisis que durante muchos años, siglos acaso, se fue acumulando y exacerbando. Si bien es cierto que la presencia de fuerzas revolucionarias que actuaban como opciones reales de poder no se presenciaban en Honduras y Costa Rica, lo cierto es que la vida de estas dos últimas sociedades se vieron determinadas por la crisis que estalló en las otras tres.

El estallido revolucionario se inició en los campos y ciudades nicaragüenses, pero a partir de 1979 se extendió hacia El Salvador, y poco tiempo después también se vivía en Guatemala. Los sueños largamente acariciados por miles de hombres que habían vivido la clandestinidad a la que la lucha revolucionaria obligaba parecían convertirse en realidad. La coyuntura nacional e internacional parecían confabularse para hacer una vez más realidad, como había sucedido en Cuba a partir de 1959, la revolución y el socialismo.

Sin embargo, la década que comenzó con un incendio revolucionario habría de terminar muy distinta. Y la vida habría de comprobar una vez más que la historia es la búsqueda de imposibles y encuentros con realidades.

II. Las raíces comunes y las condiciones desiguales de la crisis revolucionaria en Centroamérica

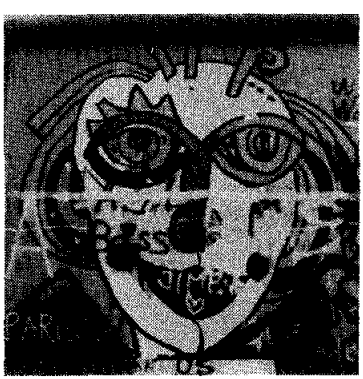
La crisis centroamericana observada entre 1978 y 1990 fue única en cuanto que se dio en un ámbito geográfico común y tuvo causas históricas, económicas y políticas comunes, y porque, a pesar de que se observó de manera directa solamente en algunos de los países centroamericanos, repercutió en los demás, y con ello se volvió algo orgánico, que concernió a la

región en su conjunto.

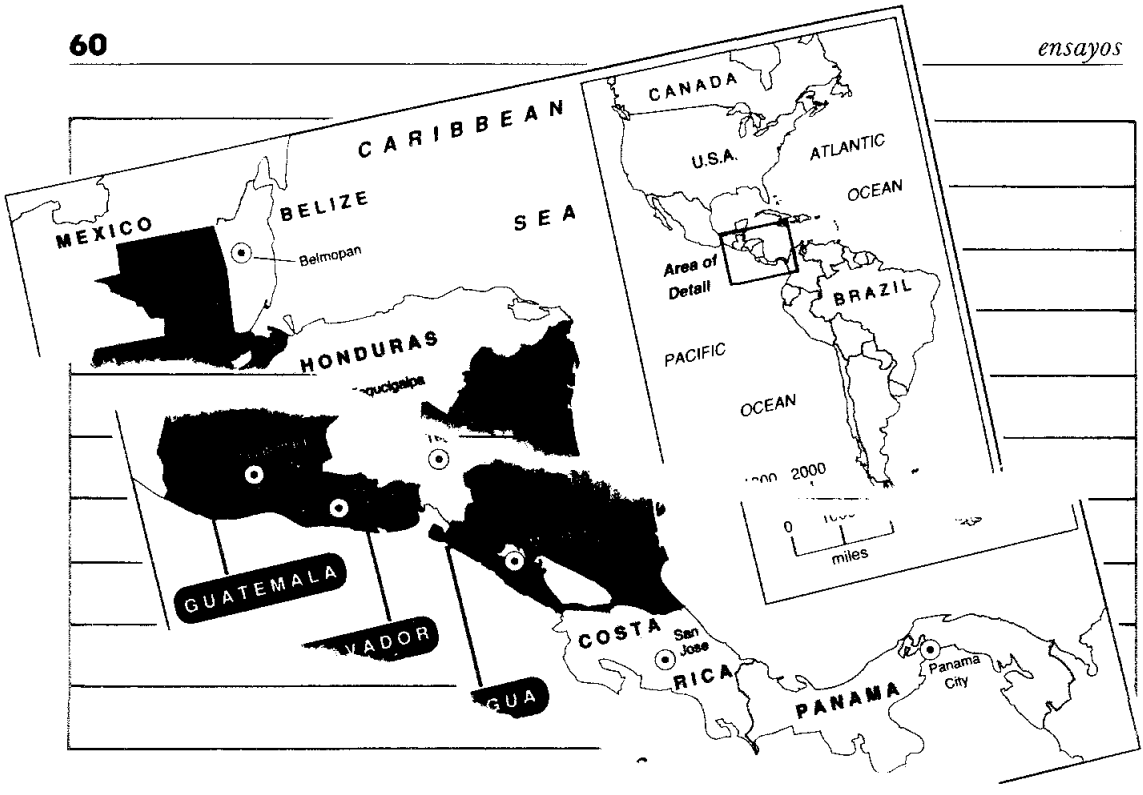
Causa común en el estallido de la crisis revolucionaria en la región centroamericana fue la existencia de un modelo de desarrollo sustentado en la agroexportación, el latifundio, la contracción salarial y la dictadura, que llegó a tener sus expresiones más virulentas en la mayoría de los países centroamericanos. Puede decirse que, salvo Costa Rica, los restantes países centroamericanos no escapan en nada a esta caracterización.

Los cinco países vieron marcado su derrotero histórico por el papel agroexportador y monocultivista que les impuso desde el último tercio del siglo XIX la división internacional del trabajo provocada por la expansión capitalista de ese momento. Guatemala, El Salvador y Costa Rica no pudieron dejar de ser considerados "países cafetaleros", mientras que en Honduras el banano siguió siendo el cultivo de agroexportación más importante y eje de la economía. Sería Nicaragua el caso más "equilibrado" de la región, al constituir el algodón, la carne y el café 70% de las exportaciones extrarregionales (fuera de Centroamérica) en la década anterior a la de la crisis (Bulmer Thomas, 1989, caps. X, XI y XII).

Una derivación negativa del modelo agroexportador fue la fragilidad de las economías centroamericanas. Además de la tendencia estructural al deterioro de los términos del intercambio, las economías centroamericanas habían sufrido los embates que las crisis cíclicas de las economías centrales les habían propinado. La primera guerra mundial, la gran crisis de 1929, el estallido de la segunda guerra mundial, la disminución de los precios del café y del banano a partir de mediados de los cincuenta, los descensos de precios observados en el primer lustro de los setenta, fueron los acontecimientos más significativos de estas oscilaciones que golpearon a las sociedades en su conjunto, pero particularmente a sus sectores más necesitados.



El carácter agroexportador y casi monocultivista de las economías centroamericanas iría aparejado con el latifundismo y la miseria campesina, y ambos hechos resultaron ser sustrato común de la crisis de los ochenta. A principios de la década, casi 60% de la población centroamericana vivía en la pobreza. En el campo, tal porcentaje se elevaba a 71%, mientras que en las ciudades llegaba a 41%. Contrastaba con el resto de la



región el caso de Costa Rica, donde la pobreza afectaba a apenas 25% de la población. En el resto de los países, la miseria llegaba a sus niveles más altos: Guatemala (71%), El Salvador (68%), Honduras (68%) y Nicaragua (62%), en los cuales la miseria en el campo superaba en casi todos los casos 80% (Vilas, 1988, p. 50).

En este contexto, los cinco países centroamericanos se enfrentaron igualmente al fracaso de una alternativa de desarrollo que sustituyera a la sustentada en el latifundio y la agroexportación, como ya se evidenciaba a fines de la década de los sesenta, cuando estalló la llamada guerra del futbol entre Honduras y El Salvador, la cual fue ocasionada en lo fundamental por los desequilibrios creados por el mercado común centroamericano, que hacía de Honduras el país más afectado por la integración económica centroamericana.

Siendo indiscutible el papel de las bases estructurales anteriormente mencionadas en el desencadenamiento de situaciones revolucionarias en el área, no agotan sin embargo la explicación de la crisis revolucionaria. Sería la conjugación de factores económicos y políticos (Vilas, 1988, p. 54) la que originaría el estallido revolucionario, y entre estos últimos la

existencia de la dictadura militar como forma de Estado jugaría un papel decisivo. Salvo el caso costarricense (Rovira Mas, 1988, cap. I), los demás países centroamericanos vivirían *la democracia como Estado de excepción* (Lozano, 1985; Selser, 1986; Muro Rodríguez *et al.*, 1984; Figueroa Ibarra, 1990; Gordon, 1989). Pero en el caso hondureño tal factor se vería notablemente atenuado por un reformismo militar (el del general López Arellano), que le daría continuidad al civil de Villeda Morales (Posas y del Cid, 1983, cap. I).

Sin embargo, tal vez más importante que destacar estos rasgos comunes de la crisis —que son los que hacen ver a la crisis observada durante los ochenta como un proceso único— es de resaltar lo que resulta de una visión más aproximada de cada una de las sociedades centroamericanas: la crisis que allí se observó en los años ochenta no fue un proceso homogéneo y único; en realidad se trató de varias crisis —todas ellas de distinta naturaleza a pesar de sus rasgos comunes— observadas particularmente en tres de los países centroamericanos, las cuales se interrelacionaron e influyeron mutuamente al coincidir en el tiempo.

Siendo el latifundismo agroexportador realidad común en los países centroamericanos, en El Salvador tendría los efectos más catastróficos, al combinarse con la alta densidad demográfica (salvo Guatemala, la más elevada de Centroamérica) y una extensión territorial sumamente reducida (poco más de 21 mil kilómetros cuadrados). La dictadura militar, ejercida de manera casi ininterrumpida desde el baño de sangre en que culminó la insurrección de 1932, tendría sus manifestaciones más indignantes con los sucesivos fraudes electorales de 1972 y 1976, verdaderos antecedentes inmediatos del estallido revolucionario de los ochenta (Gordon, 1989).

El caso guatemalteco tiene elementos muy semejantes al salvadoreño. Si bien no manifestó los explosivos efectos de la presión demográfica, como en El Salvador, el monopolio de la tierra se imbricó con una explotación alucinante sobre la masa indígena en un país en el cual el ser indígena (es decir, la condición de más de la mitad de la población) ha implicado una agudización de la opresión y la explotación (Figueroa Ibarra, 1980, caps. IV y V). La contrarrevolución que derrocó a Jacobo Arbenz en 1954 restauraría las bases sociales del conflicto (latifundismo agroexportador + Estado autoritario), y la

ampliada virulencia en su desenvolvimiento haría aflorar otras contradicciones, como las derivadas de la cuestión étnica.

Diferencias significativas se observarán en la crisis tal como ésta apareció en Nicaragua. Al sustrato común del latifundismo agroexportador y la dictadura militar se agregará el hecho de que, a diferencia de Guatemala y El Salvador, la dictadura no será estrictamente de clase, sino de una fracción de la burguesía articulada en torno a la familia Somoza (Vilas, 1988, p. 52). Además, en Nicaragua se evidenciará claramente, al momento del estallido de la crisis de los ochenta, que en el seno del pueblo subyace una memoria antiimperialista, cuyas raíces se remontan hasta el siglo XIX, cuando la aventura del filibustero Walker se continúa en la abierta intervención norteamericana (1912-1926 / 1927-1933) y se plasmarán en el recuerdo de la gesta de Augusto César Sandino (Borge, 1989; Cabezas, 1989).

III. Fuerzas revolucionarias en Centroamérica: utopía y realidad

Sería la conjugación de todos estos factores lo que sintetizarían en sus programas revolucionarios los movimientos largamente larvados durante los tres decenios precedentes, los cuales terminarían por avanzar espectacularmente en la intersección formada por la séptima y octava décadas de este siglo.

Reprimidos con el mayor de los terrores posibles, estos movimientos finalmente habrían de remontar su situación de desarticulación en aquellos países centroamericanos en los cuales las raíces comunes y elementos particulares en la conformación de las situaciones revolucionarias tuvieron mayor fortuna: Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Teniendo sus antecedentes más lejanos, a excepción de Nicaragua, en los partidos comunistas que se fundaron en la década de los veinte (Taracena, 1984; Figueroa Ibarra, 1989; Posas, s/f; Dalton, 1982), estos movimientos habrían de encontrarse en la década de los setenta con los sectores cristianos radicalizados bajo el influjo de la teología de la liberación y articulándose a la miseria de la mayor parte de la sociedad, y al crónico *déficit hegemónico* del Estado, llegarían a convertirse en al menos los tres países mencionados en una decisiva fuerza material.

Serían el marxismo, la teología de la liberación, el

nacionalismo revolucionario y el pensamiento socialdemócrata de izquierda las principales fuentes ideológicas que se amalgamaron en las organizaciones que después constituyeron el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG). Aunque en cada uno de los países los movimientos revolucionarios mostraron las peculiaridades ideológicas y organizativas que las experiencias nacionales requerían, puede decirse que en todos los países de la región la experiencia de la revolución cubana marcaría definitivamente los derroteros ideológicos de las fuerzas revolucionarias en Centroamérica. Casi no habría lugar para el trotskismo y el maoísmo en las mismas, aunque algunos de sus dirigentes y militantes abrevaran de esas fuentes en los primeros años.

No solamente sería fuente de inspiración ideológica para estas fuerzas la revolución cubana. El triunfo de ésta en 1959 abriría un ciclo de luchas en toda América Latina, de las cuales solamente las libradas en Colombia, Perú y Centroamérica habrían de llegar con significación a la década de los ochenta.

Los movimientos revolucionarios centroamericanos

enarbolarían las banderas de la liberación nacional y el socialismo, y en concordancia con la vertiente de izquierda de la teoría de la dependencia concebirían el socialismo como la única manera de salir del subdesarrollo y la dependencia. Cuba era el ejemplo de cómo un país del Tercer Mundo podía salir del subdesarrollo a través del socialismo. Premisa básica de todo esto era la existencia de un campo socialista con la "Unión Soviética a la cabeza", cuya ayuda solidaria en todos los campos sería indispensable para que las fuerzas revolucionarias y populares construyeran el socialismo, una vez conquistado el poder por medio de la violencia revolucionaria, el cual se asentaría en la plataforma construida por el cumplimiento de las tareas democráticas, nacionales y populares.

El albor de la década de los ochenta pareció confirmar las premisas ideológicas antes reseñadas. Pero antes de terminar ésta los sueños que parecían estar al alcance de la mano se disiparon y cedieron el lugar a la realidad de la *nueva época* que el mundo viviría a fines del siglo XX.

IV. La modernización estatal como transformismo en Centroamérica

La década de los ochenta, que presenció el estallido de la crisis del modelo latifundista agroexportador, también implicó las transformaciones del correlato estatal que siempre reprodujo el modelo: la dictadura militar. Las transiciones estatales observadas en el periodo mencionado serían oscurecidas en un primer momento por el espectáculo de las masas revolucionarias armadas en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, relevante hecho desde 1978. Pero al final de la década terminarían por imponerse y marcarían con su signo el decenio.

Surgidas como respuesta contrainsurgente auspiciada por la Casa Blanca, fueron una suerte de hijo bastardo del estallido revolucionario. En pocas palabras, el cambio que se hizo para que todo siguiera igual (gatopardismo), aunque finalmente terminaron por transformar el panorama estatal que se observaba en la región a principios del periodo.

En aquel momento, la situación de Centroamérica era particularmente preocupante para los Estados Unidos de

América. La revolución había triunfado en Nicaragua y se propagaba a El Salvador y Guatemala. Era necesario un vasto plan de carácter contrainsurgente para poder detener, y si era posible destruir irreversiblemente, la oleada revolucionaria.

Elemento fundamental de carácter ideológico de tal proceso fue la bandera de la democracia. Al amparo de ésta, se empezaron a observar procesos en los cuales estuvieron involucrados de manera protagónica los actores internos que se percataban que era necesario realizar ajustes estatales para neutralizar el flujo revolucionario.

El reajuste estatal empezaría en el país que se encontraba más urgido de éste, es decir, El Salvador. El quiebre de la modernización —cuya esencia común en toda Centroamérica fue la resolución del *déficit hegemónico* que de manera crónica acusaba el Estado— comenzaría en dicho país con el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979, y llegaría a tener audacias impensables en otras circunstancias: la Democracia Cristiana, convertida de partido de oposición a uno de gobierno, impulsaría una reforma agraria que de ninguna manera podría calificarse de tibia, nacionalizaría la banca, la exportación del café y el comercio exterior, además de las medidas institucionales para crear el espacio político para una democracia de competencia, si bien dicho espacio estaría vedado para la izquierda revolucionaria (Jiménez *et al.*, 1988; Lungo, 1990).

Aunque dichas medidas políticas fueron ejecutadas demasiado tarde como para desarticular al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), contribuirían de manera nada despreciable en el *empate hegemónico* que en el terreno militar y político se observaría en El Salvador a principios de los noventa. Más aún a partir de febrero de 1990, cuando la derrota electoral de los sandinistas dio mayor evidencia al hecho de que la solución a la crisis salvadoreña tendría que ser política y negociada.

Un cambio de timón en la nave del Estado, similar al observado en El Salvador, se presenció en Guatemala con el golpe de Estado encabezado por Efraín Ríos Montt. En los 17 meses de su gobierno, éste habría de frenar drásticamente al movimiento revolucionario a través de un terror que perseguiría darle al Estado un espacio político y geográfico para su estabilización. Éste sería el sentido de las 300 masacres en

comunidades indígenas, los 16 mil muertos y desaparecidos, los 15 fusilados por los tribunales de fuero especial, los 90 mil refugiados en países vecinos y el millón de desplazados internos (Figueroa Ibarra, 1990).

Paradójicamente, en el caso del gobierno de Ríos Montt, el terror se haría en función de poder llegar a gobernar haciendo uso también de las armas políticas. El saldo de la década para Guatemala sería la construcción de un Estado sujeto a regulaciones electorales relativamente limpias, una división de cuotas de poder entre civiles y militares, la creación de un espacio político limitado y a menudo constreñido aún más por el hecho de que en el caso guatemalteco, a diferencia del hondureño, se observaría hasta el final de la década de los ochenta y principios de la de los noventa el terror como elemento indispensable para la reproducción estatal y social.

Sería Nicaragua el país en el cual la transición estatal habría de evidenciar la gran paradoja de la historia centroamericana de la década de los ochenta. Habiendo comenzado la década en la región con la marca de la triunfante revolución sandinista, habría de terminar con un serio revés para la misma. Ninguno de los frutos sandinistas en materia agraria, en educación,

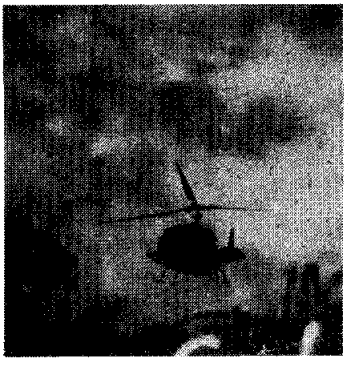
salud, reforma urbana (Wheelock, 1989; Gutiérrez H., 1989), y que en gran medida serían desvirtuados por *la guerra de baja intensidad* auspiciada por la Casa Blanca, lograría revertir el cansancio que la misma ocasionaría en el seno del pueblo nicaragüense. En febrero de 1990, la mayoría de éste votaría, no en contra del FSLN, sino en contra de la continuidad de la guerra que la permanencia de los sandinistas en el gobierno implicaría.

La transición observada en Nicaragua durante la década de los ochenta mostraría que el socialismo no solamente sería un problema de voluntad revolucionaria. Habiendo comenzado los sandinistas con el modelo de la revolución cubana en la cabeza (pese al énfasis sandinista en la revolución no como calca sino como creación heroica), los abigarrados caminos de la historia los hicieron construir otro proyecto: el de una transición social hacia formas más complejas de convivencia a través del no alineamiento, la economía mixta y el pluralismo político. Fue este proyecto y la consecuencia con el mismo lo que llevaría a los sandinistas a convertirse de partido de gobierno en partido de oposición.

Lo paradójico de la derrota sandinista es que ella evidenciaría lo que a la postre podría ser el gran aporte del FSLN a la nación nicaragüense: ciertamente éste no sería la construcción del socialismo, sino la destrucción de la *dictadura somocista* y la construcción de la *república democrática.*

V. El triunfo de la necesidad

Aunque la eclosión revolucionaria no terminaría por imponerse de manera clara y decisiva, como lo revela la actual situación política en los países en los cuales estalló de manera directa (Nicaragua, El Salvador y Guatemala), afectaría profundamente a todos los países centroamericanos. En efecto, ¿es posible imaginar la modernización estatal en la Centroamérica de los ochenta y principios de los noventa desligada de la crisis revolucionaria de fines de los setenta y principios de los ochenta?



Casi siempre la historia de los hombres es el triunfo de la necesidad sobre la libertad. Los hombres se proponen metas y su praxis introduce transformaciones esenciales en la naturaleza

y en la sociedad, pero no necesariamente en el sentido en el que los ideales y las ideologías las habían imaginado. Éstos se encuentran enclaustrados en el ámbito de lo realmente existente, es decir, de las posibilidades de la economía, de las correlaciones en la política y de los límites de la cultura. Es en este sentido que podemos decir que Centroamérica presenció en la década de los ochenta y principios de los noventa el triunfo de la realidad sobre la utopía.

Pero la victoria de la realidad sobre la utopía no se hizo posible sino a costa de varias derrotas suyas. Éstas conforman la nueva realidad política de la región con estados que son impensables en lo que se refiere a su estabilidad, si no es a costa de ir perfeccionando los mecanismos consensuales de dominación y la ampliación de los espacios políticos para su reproducción. Si bien en el caso de Guatemala estos hechos coexisten paradójicamente con la cultura política del terror y su objetivación estatal en los aparatos represivos, a fines del siglo XX se avizora que dicha cultura cede paso a la modernidad.

La década de los ochenta comenzó entonces con un estallido revolucionario y terminaría en 1990 con la derrota de los sandinistas en las elecciones de febrero. Casi es lugar común afirmar que este hecho marcó el final de toda una época, la que inauguraría para Centroamérica la revolución cubana de 1959. La búsqueda del imposible, la construcción de un orden social que sería la transición hacia el socialismo, se verían acotados severamente por el encuentro con la realidad.

Y ésta se impone con toda crudeza cuando nos encaminamos hacia el fin del siglo. La *guerra fría* fue ganada por los Estados Unidos, y ese triunfo implica, como lo ha enunciado George Bush, un *nuevo orden mundial*, que en esencia significa la hegemonía estadounidense. Ciertamente, esta hegemonía está seriamente en entredicho, pues no se apoya en una pujanza económica, pero la invasión a Panamá en diciembre de 1989, la derrota sandinista de 1990 y los saldos de la guerra del Golfo Pérsico de 1991, unidos a la decadencia soviética y el colapso del socialismo real, han creado ya una correlación de fuerzas que no permiten vislumbrar en la región centroamericana y en América Latina el triunfo de una revolución. Menos si ésta se concibe con los rasgos del modelo cubano o nicaragüense.

Este hecho repercutirá severamente en Centroamérica en lo que resta del siglo. Los movimientos revolucionarios que siguen

siendo una realidad interna pujante, como sería sobre todo el de El Salvador, tienen ante sí una barrera formidable compuesta por el nuevo estado de las cosas que nos ha heredado la *posguerra fría*. Muy probablemente tales movimientos repetirán la historia sandinista: habiendo surgido por la necesidad de una nueva sociedad terminarán reduciendo su aporte a la presión por la construcción de la *república democrática*. Esto no será poco, si se toma en cuenta que el Estado de derecho en Centroamérica, pero particularmente en Guatemala y en El Salvador, ha sido una ficción jurídica. Este escenario solamente será posible si finalmente el curso de las cosas lleva a una salida política y negociada de los conflictos internos de estos dos países.

UAM-I CORD. SERV. DOC. HEMEROTECA

Esta tendencia puede verse favorecida por la emergencia en la región centroamericana de una derecha moderna (emergencia a la que no es ajeno el estallido revolucionario) que también de manera pragmática busca una forma de convivencia con fuerzas de carácter revolucionario, en un contexto internacional que por lo demás no les resulta favorable a estas últimas. Sin embargo, la cultura política del terror, tan presente en casi toda la región, probablemente distorsione de manera recurrente esta

proyección. Lo esencial para el rumbo político de países como Guatemala y El Salvador radicará en el éxito o fracaso que se tenga para desarticular los aparatos de terror de carácter estatal, y en el caso específico de Nicaragua, el que el conflicto se dirima en el terreno de la institucionalidad creada por la revolución. Y si los primeros dos países tienen ante sí el reto de desarticular la cultura del terror, junto con Honduras, también tienen el reto de delimitar a lo que fijan las modernas constitucionalidades la cuota de poder de las fuerzas armadas.

La región en su conjunto tendrá a su vez el enorme reto de mantener esta tendencia hacia la modernización política en un contexto económico que será sumamente desfavorable para las grandes mayorías. Por lo menos en lo que resta del siglo, muy probable será que continúe la hegemonía de proyectos económicos que de manera reduccionista fincan la solución de la problemática de los países centroamericanos a una reducción del gasto estatal y en una apenas disfrazada desatención de la resolución de la *cuestión social.*

En un contexto internacional en el cual no solamente las propuestas socialistas, sino también las keynesianas, se encuentran desacreditadas, no cabe esperar un cambio de rumbo en una política económica que de manera clara se ha ido uniformando en la región, como lo demuestra que sean precisamente los asesores neoliberales del régimen pinochetista los que se encuentren formulando políticas similares para cada uno de los países de la región. Las líneas de tales propuestas son semejantes: reducción del gasto público, orientación de los gastos sociales del Estado hacia los sectores miserables —dejando en segundo término a los pobres y medios—, privatización de muchos servicios públicos, reducción de importaciones, disminución de los ingresos de la mayoría de la población, creación de condiciones desfavorables para las economías nacionales en materia de inversión extranjera, reducción de los aranceles de importación, etcétera (Harberger y Fontaine, 1990).

En el umbral del siglo XXI, Centroamérica enfrentará entonces la gran paradoja del proceso de democratización, observado de manera clara en el Cono Sur. Se propugnará la construcción de una *república democrática* asentada en un proceso de depauperación de las clases subalternas que superará con creces lo observado anteriormente. La democracia será

conceptuada únicamente en el ámbito político, y, en esta esfera, reducida a un conjunto de reglas que garantice juego limpio en la rotación electoral, y en el mejor de los casos la reducción o eliminación del terrorismo de Estado. Haciendo memoria de la larga trayectoria de fraudes electorales y terror en la región, estos hechos no podrán ser desdeñables, pero serán insuficientes para darle viabilidad a un Estado estable y a una sociedad justa, en lo que esto se puede observar en un contexto capitalista.

Éste será precisamente el ámbito de acción de aquellas fuerzas que, como las revolucionarias, comenzaron la década de los ochenta buscando la utopía y la terminaron encontrándose con la realidad. Ella les está dictando que lo posible en todo este periodo histórico, en el cual el asalto revolucionario a la vieja fortaleza del Estado ha sido sustituido por la larga guerra de posiciones en el sentido que Gramsci le dio, será combatir la concepción estrecha de la democracia para llevarla al campo de lo económico-social y de la participación popular. Acaso sea ésta la revolución posible en la Centroamérica de fines del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

Borge, Tomás, *La paciente impaciencia*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1989.

Bulmer Thomas, Víctor, *La economía política de Centroamérica desde 1920*, publicación del Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE), San José, 1990.

Cabezas, Omar, *Canto de amor a los hombres*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1989.

Dalton, Roque, *Miguel Mármol, los sucesos de 1932 en El Salvador*, Ediciones Cuicuico, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1982.

Figueroa Ibarra, Carlos, *El proletariado rural en el agro guatemalteco*, Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala, 1980.

_____,"Guatemala: el recurso del miedo", en *Nueva Sociedad*, núm. 105, Caracas, enero-febrero de 1990.

_____,"Marxismo, sociedad y movimiento obrero en la Guatemala de los veinte", en *Memoria*, núm. 27, CEMOS, México, julio-agosto de 1989.

Gordon, Sara, *Crisis política y guerra en El Salvador*, Siglo XXI Editores / Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México.

Gutiérrez H., Roberto, "La política económica de la Revolución (1979-1989)", en *Revolución y Desarrollo*, núm. 5, Centro de Investigaciones y Estudios sobre la Reforma Agraria (CIERA), Managua, abril-junio de 1989.

Harberger, Arnold C., y Ernesto R. Fontaine, *Lineamientos de política económica y social para Guatemala, 1991-1995*, junio de 1990, en mimeógrafo.

Jiménez, Édgar, *et al.*, *El Salvador: guerra, política y paz*, CINAS / CRIES, San Salvador, 1989.

Lozano, Lucrecia, *De Sandino al triunfo de la Revolución*, Siglo XXI Editores, México, 1985.

Lungo Uclés, Mario, *El Salvador en los 80: contrainsurgencia y revolución*, EDUCA / FLACSO, San José, 1990.

Muro Rodríguez, Mirtha, *et al.*, *Nicaragua y la revolución sandinista*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

Posas, Mario, *Las sociedades artesanales y los orígenes del movimiento obrero hondureño*, Esp L 4 Editorial, Tegucigalpa, s/f.

Posas, Mario, y Rafael del Cid, *La construcción del sector público y del Estado nacional en Honduras, 1876-1979*, EDUCA, San José, 1983.

Rovira Mas, Jorge, *Estado y política económica en Costa Rica, 1948-1970*, Editorial El Porvenir, San José, 1988.

Selser, Gregorio, *El pequeño ejército loco / Sandino y la operación México-Nicaragua*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1986.

Taracena Arriola, Arturo, "El primer Partido Comunista de Guatemala, una historia olvidada", en revista *Araucaria*, Madrid.

Vilas, Carlos, "El desarrollo desigual de las condiciones revolucionarias en Centroamérica (1950-1980)", en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 5, revista del CELA de la FCPyS de la UNAM, México, julio-diciembre de 1988.

Wheelock Román, Jaime, "Diez años de transformación agraria sandinista", en *Revolución y Desarrollo*, núm. 5, revista del Centro de Investigación y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA), Managua, abril-junio de 1989.

LA CRISIS DEL SOCIALISMO REAL, RETOS PARA EL MARXISMO

enrique de la garza toledo

Introducción

"El sistema de planificación económica de la URSS no salió bien construido del cerebro de Lenin (ni de Marx), como algunos creen. Su desarrollo y estabilización tuvieron una historia que se prolongó dos decenios y siguió un camino tortuoso".[1]

Entre las ideas de Marx y el socialismo real tal como se construyó en la URSS mediaron reinterpretaciones, transformaciones del propio pensamiento marxista y sobre todo una lucha política encarnizada dentro del marxismo práctico, en particular después de la Revolución de Octubre. De esta lucha hubo vencedores y vencidos: colectivización forzada contra socialismo de mercado; planificación estatal contra autogestión obrera; régimen de partido único contra pluripartidismo; etcétera.

Sobre las ideas de Marx y de Engels acerca del socialismo y del comunismo influyeron las condiciones de miseria y marginación social y política del proletariado de mediados del siglo pasado, la centralidad sociológica del trabajo en la clase obrera y la "situación social", creada por la libre concurrencia y el capitalismo liberal, que sometía a los trabajadores a calamidades periódicas asociadas con las crisis cíclicas. El pensamiento de Marx acerca del socialismo sufrió transformaciones diversas: en el joven Marx hay un primado del concepto de alienación y del socialismo como desalienador; en el maduro hay un énfasis en las leyes de la economía y el socialismo aparece como la abolición de la ley del valor y la conciliación entre libertad y necesidad, sin dejar de ser humanista.[2]

No es posible derivar linealmente el socialismo real de Marx, e incluso de Lenin: "el socialismo se fue construyendo sin

Enrique de la Garza. Doctor en sociología. Profesor e investigador del Departamento de Sociología de la UAM-Iztapalapa. Actualmente es el coordinador de la Maestría en Sociología del Trabajo. Autor, entre otras obras, del libro *Ascenso y crisis del Estado autoritario en México.*

recetas''. Aunque habría que reconocer que era posible hacer varias lecturas[3] de las obras de los clásicos del marxismo.[4]

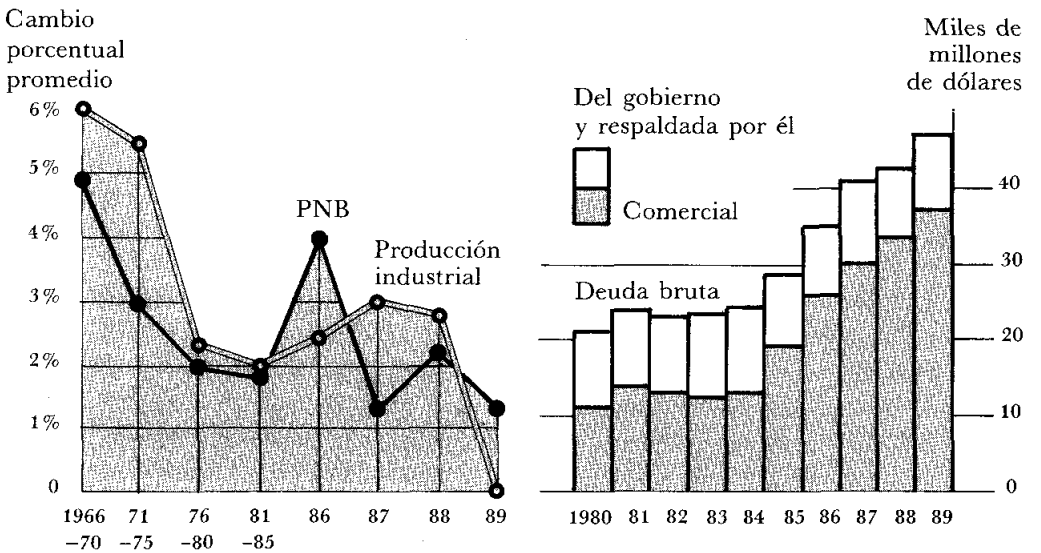
1. La crisis económica y política en el este de Europa: datos sueltos

Después de tres décadas de crecimiento económico muy elevado, la economía soviética comenzó a declinar desde mediados de los años sesenta, hasta llegar casi a crecimiento cero actualmente.[5] La batalla de este socialismo real con el capitalismo se había perdido, puesto que, desde los años veinte, pretendió vencer al capitalismo en el terreno de la productividad y el desarrollo tecnológico. Lenin decía que ''el capitalismo será finalmente vencido porque el socialismo logrará una productividad más alta''.

Desde Marx se creía que el caos en el mercado era un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas y que una economía planificada lograría una mayor racionalización de sus recursos. Incluso se aceptó relegar el marxismo libertario en aras de una mayor productividad; el resultado final fue el contrario: ni libertad, ni productividad.

A principios de los veinte se derrotó a la oposición obrera en aras de la eficiencia económica. La gran producción soviética se apoyó en principios organizativos internos semejantes a los capitalistas de la época: jerarquías rigurosas, disciplina despótica, incentivos. El ''Plan quiso absorberlo todo'', aunque en la práctica se creó una doble economía, la del ''Plan'' y otra informal (ocultamiento de bienes, mercado negro campesino). Es decir, junto al área planificada surgió una extensa área no planificada que al principio sirvió para mitigar los errores del plan y que finalmente se comió a éste.[6] Hacia finales de los años veinte se había dado en la URSS el vuelco definitivo (después de pugnas intensas entre los bolcheviques), el stajanovismo se volvió la filosofía laboral del estalinismo, se exaltaron las diferencias salariales, así como la jerarquización máxima en la fábrica, y el aumento del destajo. Pero los estímulos materiales no funcionaron bien en una sociedad en la que no se llegaba a satisfacer la demanda de bienes-salario.

La pesadilla de Gorby



Fuente: Agencia Central de Inteligencia y *Financial Times*.

Ante el despotismo fabril y los bajos salarios, la clase obrera se refugió en la migración interna, en el ausentismo y en la rotación de personal, todo esto favorecido por la escasez de trabajadores calificados en la época de la industrialización acelerada.[7] En 1941, la XVIII Conferencia del PCUS denunció la alta rotación de personal y el ausentismo. Como remedios propuso la máxima aplicación del destajo y de los incentivos materiales.

El Plan pretendió dominar al mercado, pero junto a él surgió con limitaciones un mercado de trabajo paralelo, una rotación de personal de las más altas del mundo y diferencias salariales ofrecidas por los directores de las empresas que conformaron una gran estratificación social. En la URSS estas diferencias salariales se movieron en una escala de 1 a 80.[8]

El atraso tecnológico es ahora evidente. La productividad del trabajo en Europa del Este a mediados de la década de los ochenta era de alrededor de 60% respecto a la de la Comunidad Económica Europea; también su consumo de energía y materias primas por unidad de producto eran superiores. Esto no significa que el régimen soviético no diera importancia a la tecnología; por el contrario, su ideología

productivista suponía una expansión acelerada de la producción y de la productividad ante la competencia con Occidente. El Plan siempre fue ideológicamente productivista, relegando el consumo. En este sentido, las inversiones en investigación fueron cuantiosas (no es gratuito el avance soviético espacial y en armamentos).[9]

Sin embargo, el desarrollo tecnológico se dirigió sobre todo a la defensa, el burocratismo hizo estragos y contribuyó al aislamiento de los científicos. La debilidad principal vino de la separación entre ciencia básica y aplicada a la producción, de los institutos con respecto a las empresas. Hasta la fecha, las nuevas tecnologías tienen escasa presencia en la producción de Europa del Este: en 1987, en la RDA había 22 mil puntos de trabajo que operaban con el Sistema CAD/CAM; en 1980, en la URSS sólo había 50 procesos con manufactura flexible y la fabricación integrada por computadora no existía en la URSS a principios de los ochenta.

El primer plan quinquenal soviético, de 1928-1932, tenía como principios la nacionalización de toda la industria, la colectivización de la agricultura y una rápida industrialización, con una tasa de inversión muy alta en la industria pesada. Al sistema educativo se le veía en función de estos planes productivistas. En un primer momento se privilegió a los hijos de obreros y de funcionarios del Partido.

La calidad de la enseñanza fue baja y repercutió en la productividad. A partir de 1932 se admitió el fracaso y se mejoró la educación técnica. Es entonces cuando aparece un nuevo sujeto: el especialista, técnico o ingeniero preparado, que fue reconocido como clase por la Constitución soviética. Sobre todo, después de la gran purga de 1938, los especialistas jugaron un papel central en la dirección de las empresas. Una gran proporción de éstos entró al PCUS, que se volvió sobre todo un partido de especialistas. El especialista, como el sector de más alta movilidad social, basaba su posible acceso a altos puestos en los méritos escolares (credencialismo y competencia por la admisión en universidades de prestigio), junto a influencias en el aparato. La probabilidad de que los hijos de especialistas fueran admitidos en las universidades soviéticas era siete veces más que la de los obreros.

La consolidación de los especialistas en el Partido, el gobierno y las empresas ha sido una fuente importante de

estratificación social. Antes de la segunda guerra mundial, la movilidad era alta.[10] Válvula de escape en una sociedad de gran desigualdad (escala de salarios de 1 a 80). Pero después de la guerra la movilidad se detuvo, relacionada con la consolidación de los especialistas.

Para Zaslavsky, la ausencia de movimiento obrero en la URSS después de la década de los veinte no se explica sólo por el terror. En la era postestalinista, aunque tiene la inercia del miedo, la represión opera a un nivel muy diferente a la de la época de Stalin. La explicación se encuentra en la heterogeneidad de la clase obrera y su atomización por el Partido y el Estado. La inexistencia de una clase obrera más heterogénea que durante el zarismo (en calificaciones, tipo de trabajo, salarios y actitudes). Polarizada entre una mayoría descalificada (en 1972, 79%) y otra calificada. El otro factor fue la resistencia de los trabajadores al despotismo industrial productivista, que no se tradujo en movimiento obrero, sino en ausentismo y migración interna. Antes de 1940, existía el trabajo libre y la movilidad era legal; en ese año el estalinismo emitió una ley que fijaba al trabajador al puesto de trabajo. Este sistema duró hasta 1956. A partir de ahí, 50% de los trabajadores cambió de puesto de trabajo. En 1980, la rotación anual era de 20%. El autolicenciamiento se volvió un elemento de presión obrera sobre los administradores, que se vieron obligados a ofrecer prestaciones superiores a las normales para retener la fuerza de trabajo.[11]

"Turnover" y desafección por el trabajo fueron de la mano: mientras en Alemania Federal 14% de los obreros se manifestaba inconforme con el lugar de trabajo y 23% con el contenido del mismo, en Leningrado 38% de los especialistas estaba descontento con su trabajo y 80% de los obreros no calificados. (Datos entre 1968 y 1972.)[12]

La movilidad externa en la URSS era una forma de protesta ante la imposibilidad de la huelga o de la acción colectiva autónoma. En condiciones de atomización social, el consumo fue la mayor fuente de satisfacción. Durante varios decenios, las condiciones de vida mejoraron, aunque lentamente, lo que, aunado a la gran estratificación social, conformaban un factor de esperanza de una vida mejor: "sacrificarse hoy para mañana vivir mejor". La crisis actual deshizo este factor de esperanza: a fines de los años cincuenta y sesenta, en salud la URSS podía

compararse con los países desarrollados (mortalidad de 6 a 7 por mil habitantes, esperanza de vida de 70 años, mortalidad infantil de 15 por mil); con la crisis actual hay un deterioro grande de estas condiciones: el porcentaje del ingreso nacional en salud se redujo a dos o tres veces menos que en los países desarrollados; hay un atraso tecnológico en la medicina y la producción de medicamentos; en 1985 se elevó la mortalidad a 10,8 por mil; la esperanza de vida cayó dos años. En alimentación también hay desmejoría:

Consumo por año por habitante en la URSS (1985)

	Real	*Recomendado según dietistas*
Carne	62 kg	75 a 85 kg
Leche	340 litros	420 a 440 litros
Fruta	30 kg	60 a 80 kg

En educación, en 1950 se dedicaba 10% del ingreso nacional (contra 4% en los Estados Unidos). En 1985 había caído este porcentaje a 7%, y en los Estados Unidos se había elevado a 11%.

La declinación de la movilidad social está asociada al agotamiento del desarrollo económico extensivo y la consolidación de una burocracia de especialistas. Los especialistas impiden el acceso a la educación superior, pagando profesores privados para sus hijos, lo que les permite pasar más fácilmente los rigurosos exámenes de admisión en las universidades (en 1960, 90% de los hijos de obreros deseaba ingresar a la universidad; en 1976, sólo 34%).

La escasa movilidad social no significa que no había un mercado ilegal de trabajo. El elemento central de éste era el interés de los administradores (especialistas) de las empresas por cumplir o simular que cumplían el plan. Para ello buscaban fijar la mano de obra o atraer a mejores obreros. A pesar de las restricciones legales, la movilización se daba. Por ejemplo, en las empresas de alta tecnología, que implican el secreto, y en

las que formalmente existen las máximas restricciones para cambiar de trabajo, la concurrencia de trabajadores era la más elevada, porque las ventajas materiales son superiores. Otro tanto sucedía con las restricciones a la migración interna: había trabajadores que tenían pasaporte interno, otros no; unos vivían en ciudades abiertas y otros en cerradas. Sin embargo, trabajadores y administradores se las ingeniaban para saltar sobre la ley.

El cuello de botella de la satisfacción individual era la falta de artículos de consumo. Se daba la paradoja de poseer dinero y no tener en qué gastarlo. Sin posibilidades de satisfacer su demanda, el obrero se refugió en el alcohol (en 1927 el consumo de vodka por persona era de seis litros al año; en 1960 era de 23). El exceso de dinero se gastaba en la única mercancía que no faltaba, el vodka. El alcoholismo era un método de gobierno.[13]

Condiciones de la vivienda en una ciudad media típica rusa (1974)

	% obreros	% empleados
Apartamiento unifamiliar	15,5	25,2
Casa unifamiliar de tres o más recámaras	3,1	6,2
Dos o más recámaras en cohabitación con extraños	10,3	18,4
Casa familiar de una o dos recámaras	19,1	15,8
Una recámara en un apartamiento en cohabitación con extraños	30,4	22,5
Un lecho en un dormitorio de obreros	17,8	0,2
Una recámara o un lecho en arrendamiento	3,8	3,5

Enzo Bartocci[14] coincide también en que la "dictadura del proletariado" y el sistema Taylor en la URSS dividieron a la clase obrera en el trabajo y en los salarios; los sindicatos se volvieron dependientes del Partido. La aceptación abierta de la guía del Partido no se dio sin lucha: intentos de cierta independencia costaron la vida al líder de los sindicatos,

Tomski, a principios de los treinta. La presencia del Partido en los sindicatos era indiscutible: 10% de los sindicalistas era de miembros del Partido; 48,7% de los dirigentes sindicales a nivel de empresas; y 100% de los nacionales en 1950. Un aspecto interesante es el papel que se dio a los sindicatos en la producción: como vigilantes de que se cumplieran los planes productivos; la segunda función importante era la gestión directa de prestaciones sociales. Es decir, el sindicato soviético, si bien no era el tradicional defensor de los trabajadores, tampoco era un membrete; era parte del Estado, activo en la producción y en los beneficios sociales antes de la crisis.[15]

2. Reflexión

La caída estrepitosa del socialismo real mueve a la reflexión teórica, aunque también obliga a la búsqueda de explicaciones no simplistas acerca de su crisis.[16]

Desde el punto de vista teórico, se impone la pregunta de hasta qué punto el marxismo teórico se ve afectado por la caída del socialismo real. Las respuestas pueden ser tres: la primera,

que el socialismo real fue un engendro ajeno totalmente al marxismo teórico y, por tanto, éste no se ve afectado por la crisis del socialismo real. Esta posición es propia de los restos del marxismo ortodoxo, que aunque se autoconsidere no estalinista participa de su misma forma de razonamiento. La segunda es la que cree que la caída del socialismo real automáticamente nulifica al marxismo teórico. Posición propia de la derecha neoliberal o de los que han abjurado del marxismo. La última posición es la que diría que sí hay aspectos de la teoría marxista afectados por la crisis real, pero que no se nulifica en su totalidad la teoría, aunque ésta deba ser reconstruida, y gracias a esta reconstrucción tenga posibilidades de ser una alternativa teórica y guía para la acción en el siglo XXI.

El primer gran problema teórico que se abre ante la caída del socialismo real es la contraposición entre planificación central y mercado.[17] Este problema central para el marxismo clásico no se resuelve con el reclamo de un socialismo autogestionario y democrático, contra la planificación central estalinista, porque ciertamente en la teoría de Marx el mercado aparece como elemento importante influyente con su caos en las crisis cíclicas; como una fuerza que domina a los hombres y que tendría que ser domada en el socialismo. Por lo tanto, el problema es cómo podría ser domado el mercado en un socialismo diferente al estalinista, cuando la planificación central está desacreditada. Este problema no se resuelve con una nueva receta, como sería la autogestión de las empresas, puesto que, si estas empresas están sujetas a las leyes de la acumulación del capital, se enfrentarían como lo hacen ahora las capitalistas y reproducirían fetichismos, alienaciones y la ley del valor, que el socialismo tendería, según Marx, a abolir.

Por otro lado, el fracaso de la planificación central casi todos lo ven asociado a la tremenda burocratización que trajo consigo, con sus consecuencias en la ineficiencia productiva. Para el marxismo se abre, por tanto, otro problema teórico: el reconocer que las leyes abstractas de *El capital* son insuficientes para explicar una economía concreta. En particular, es necesario reconocer la falta de una teoría marxista de las burocracias industriales, en su articulación con las leyes de la acumulación del capital. Esta laguna teórica de ninguna manera se subsana con las observaciones marginales de Marx

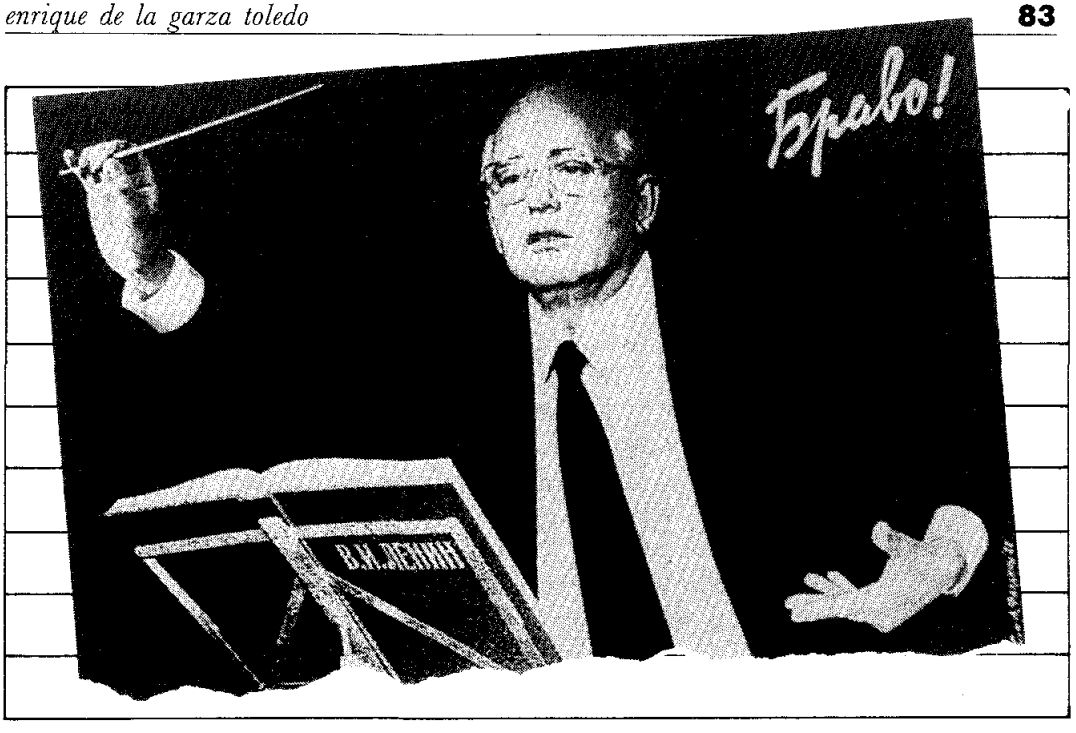
sobre la burocracia del Estado en obras como *La crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, el *18 Brumario* o *La guerra civil en Francia*. Nos estamos refiriendo al problema actual del poder en las organizaciones industriales, a las estructuras organizacionales y de cómo estos niveles influyen sobre las eficiencias productivas. Niveles no reducibles a las nociones de composición orgánica del capital, por ejemplo.

Al mismo tiempo, los que reducen el problema de la crisis de los socialismos reales desde el punto de vista económico a la ausencia de un libre mercado con sus efectos eficientizadores ignoran, como hemos descrito en la primera parte de este ensayo, que la ineficiencia productiva en los países del socialismo real, no sólo se explica por la burocratización, sino también por su articulación con espacios más o menos amplios no formalizados y la existencia de mercados *sui generis* de mercancías y de trabajo. Entre los intersticios de las reglas burocráticas había un mundo de informalidad que convivía con aquéllas y que también contribuyó a la decadencia de la productividad. Fue el caso del mercado de trabajo asociado a la enorme rotación de personal; los funcionarios empresariales, para cumplir el Plan, recurrieron frecuentemente a señuelos para atraer a los mejores trabajadores, pero con ello inflaron los costos de producción o relajaron la disciplina laboral formalmente taylorista. También fue el caso de la extensión del mercado negro, con su componente de corrupción, que corroyó, económica y moralmente, a la sociedad. Cuando formalmente había un solo sistema de precios fijado burocráticamente, paralelamente existía otro sujeto a un mercado especial que en sus costos hacía intervenir la corrupción de inspectores y funcionarios.

Un segundo problema teórico se derivó del olvido por parte del marxismo de la segunda y tercera internacionales de la sección cuarta de *El capital* o su reducción a una lectura histórica de los regímenes de acumulación capitalistas.

Este olvido queda constatado por los elogios de Lenin al taylorismo norteamericano y su posterior adopción en la URSS.

Desde el punto de vista teórico, implica convertir el trabajo en un factor, como en la teoría económica neoclásica, y la economía política marxista en una ciencia de la combinación óptima de bienes escasos para la producción. En cambio, para Marx el trasfondo de la producción capitalista con sus



categorías fetichizadas (capital, plusvalía, renta, etcétera) son las relaciones sociales. De tal forma que la relación de producción, no es sólo combinación entre capital constante y capital variable, sino lucha por el poder dentro de los procesos de trabajo.

El capital, dice Marx, para cumplir su función de explotación, tiene que dominar al obrero dentro del proceso de trabajo. En esta medida, la relación de producción es, además de relación económica, una relación política e incluso cultural de manera inmediata. El leninismo, al convertir la producción en un problema meramente económico, redujo también artificialmente el espacio de la política a los aparatos partidarios y parlamentarios, en el mejor de los casos. Pero la clase obrera durante la construcción del socialismo real supo utilizar una serie de instrumentos no considerados oficialmente como políticos como palanca para resistirse al despotismo de los *managers* y de la burocracia soviética: la rotación de personal y el tortuguismo, así como el relajamiento de la disciplina laboral, fueron parte de una tensión cotidiana entre directivos y burócratas con la clase obrera.

Esta tensión, sin duda, repercutió sobre los niveles de

eficiencia productiva, entre otras cosas.

Hay que reconocer que la reducción de la clase obrera a fuerza de trabajo, operada durante el estalinismo, encontró apoyo doctrinario en la idea de partido de Lenin. Fue la concepción del *¿Qué hacer?* la que adoptó el Estado estalinista, y no otra. Concepción preñada de iluminismo a cargo de un grupo selecto de profesionales de la revolución que fue fácil trasladar a la cúpula del nuevo Estado. Iluminismo, más cientificismo propio del siglo XVIII, que presuponía que era posible conocer las leyes *totales* de la realidad.

Esto servía de fundamento también a la *planificación* central. Pero, primero, fue falso que se conociesen suficientemente estas leyes, y, segundo, la idea de ley de tendencia de Marx que podría haber salvado de la pretensión iluminista se convirtió en un concepto positivista, puesto que la ley de tendencia deja siempre un campo objetivo para la acción de los sujetos, y por lo tanto incorpora la noción de incertidumbre parametrizada.

Aquella línea de alternativa del pensamiento marxista podría haber contribuido a negar la planificación central como posible y dejado a los actores obreros una iniciativa superior en las decisiones económicas y políticas.

Un tercer problema, en parte teórico y, en otro sentido, práctico, fue el desarrollo tecnológico, que el estalinismo asimiló al concepto marxista de desarrollo de las fuerzas productivas. En su concepción de historia, adoptó la lectura del "Prólogo a la Introducción del '57", de Marx (aquel de la metaforma entre base y superestructura), lectura eminentemente positivista en donde el desarrollo de las fuerzas productivas no es a su vez explicada, sino que se vuelve el motor de la historia. Ciertamente, el estalinismo hizo grandes inversiones en desarrollo científico y tecnológico: no es gratuito que al inicio de la carrera espacial llevaran la delantera. Sin embargo, esta inversión se empantanó en la burocracia y también en la ignorancia de la dinámica interna del desarrollo tecnológico. Es decir, fuera de consideraciones generales, y con información propia del siglo XIX, Marx tuvo intuiciones geniales, como definir la tecnología moderna como ciencia aplicada a la producción, o pensar que la ciencia se estaba convirtiendo en una fuerza productiva directa. Sin embargo, estas intuiciones generales son insuficientes para dar cuenta de la dinámica concreta del desarrollo científico-tecnológico en el siglo XX. La

simple idea de subordinación de la ciencia a las necesidades de la producción capitalista es también insuficiente para explicar las "trayectorias tecnológicas" (y los soviéticos no lograron *leer* que la trayectoria tecnológica que se impondría a partir de los setenta sería la de la microelectrónica y la informática, y no la de las ramas productivas en decadencia, como la siderurgia), cuándo y cómo se imponen unas y no otras, cómo se vinculan en concreto las invenciones en ciencia básica con las innovaciones tecnológicas y cuáles pueden ser los obstáculos para la traducción de la ciencia en tecnología, etcétera. Sin duda que la burocratización de la ciencia y la tecnología socialistas contribuyó a bloquear el desarrollo tecnológico, o a dirigirlo hacia trayectorias inviables, pero junto a la burocratización habría que agregar el papel desorganizador de lo informal en la comunidad científico-tecnológica en estos países, que permitió que mediocres científicos controlaran financiamientos o impusieran líneas de investigación irrelevantes.

En la productividad, por tanto, no sólo influyó el atraso tecnológico y la burocratización, sino también la informalidad en parte autoritaria y en otro sentido espontánea del sistema, plagada de favores y clientelismo. Para los enamorados del mercado, este último aspecto ha sido descuidado, y resulta improcedente comparar un sistema concreto como el socialista real con un modelo de economía abstracta de mercado, en el que no intervienen elementos indeseables exógenos.

Sin embargo, estos elementos exógenos ni lo son, y están siempre de alguna manera presentes. No existe ni puede existir la acción puramente racional optimizadora; ésta tendrá valores, preferencias y conflictos de poder, inevitablemente.

Un problema adicional se relaciona con la explicación de cómo funcionaba políticamente el socialismo real. Los relatos de *gulags* y el concepto de totalitarismo y terror rojo son los que dominan las impresiones, más que las explicaciones. Cierto que el estalinismo pretendió ser totalitario, y su doctrina del Estado-guía, continuación del partido-guía, le servía de justificación ideológica. No obstante, el problema es en qué medida lo consiguió. Es imposible que exista un Estado capaz (por muy represivo que sea) de controlar y vigilar todas las relaciones sociales y las concepciones. Este problema es muy diferente a la reconocida represión sobre la disidencia política y la censura

sobre las ideologías públicas y los medios de comunicación de masas. Sin embargo, las relaciones cotidianas y la cultura popular nunca pueden reducirse a las ideologías oficiales, por muy abarcantes y excluyentes que éstas se presenten. En primer lugar, es reconocida la esterilidad de la ideología socialista oficial como formadora de visiones del mundo, al menos después de la segunda guerra mundial en estas sociedades; en segundo término, la resurrección de estratos fosilizados de antiguas culturas populares permiten suponer que éstos nunca desaparecieron realmente; aunque no se mostrasen públicamente, es probable que hayan quedado relegados a lo cotidiano sin enfrentarse abiertamente con la ideología oficial. Pero también habría que agregar que las necesidades reproductoras del individuo común (no del disidente politizado) en el socialismo real, con las limitaciones en el suministro de bienes y servicios, así como la existencia de un mercado no oficial de mercancías y de trabajo, conducirían a estrategias de sobrevivencia que tuvieron su contraparte en un sistema no oficial de clientelas a cargo del Partido, de los sindicatos y de las empresas. La pregunta que se abre, por tanto, es si en los años en que la economía socialista creció (por ejemplo, los

sesenta), a pesar de no haber democracia, el sistema consiguió cierto consenso en condiciones de lenta pero real elevación del nivel de vida. Y, también, si la crisis política actual pudiera ser la del sistema de clientelas y favores trabado por la crisis económica, de la productividad, de la calidad y de los suministros.[18]

Finalmente, para los marxistas se vuelve imperioso reflexionar en dos direcciones: los aspectos caducos de la teoría marxista, sus aspectos incompletos, junto a aquello reivindicable en condiciones diferentes a las de la Europa del siglo XIX; y el análisis de la crisis y el funcionamiento anterior de los socialismos reales, análisis concreto que evite las simplezas neoliberales, así como el desgarre ortodoxo de vestiduras.

En esta problemática tan compleja, pienso que la vuelta al método de Marx actualizado (el concreto-abstracto-concreto), a su idea de movimiento y de crítica, pueden ser un buen punto de partida para un nuevo marxismo del siglo XXI.

NOTAS

[1] M. Dobb, *Storia dell'economía soviética*, Editori Riuniti, Roma, 1976.

[2] Véase el libro reciente de Enrique Dussel, *El último Marx*, Siglo XXI Editores, México, 1990.

[3] E. H. Carr, *El socialismo en un solo país*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

[4] El problema de si hay una línea genética, en el sentido de interpretación posible, entre Marx, Lenin y Stalin (diferente a otras interpretaciones potenciales o históricas) puede verse en extenso en Enrique de la Garza, "La caída del socialismo real y su impacto en la teoría marxista", ponencia presentada en el seminario "El socialismo en el umbral del siglo XXI", UAM-CAT, noviembre de 1990.

[5] Véanse:
Barry W. Ickes, "Cyclical Fluctuations in Centrally Planned Economies: A Critique of the Literature", en *Soviet Studies*, V, XXXVIII, núm. 1, enero de 1986, pp. 36-52.
T. Khacha-turov, *La economía de la Unión Soviética en la actualidad*, FCE, México, 1983.

François Serot, *Las economías socialistas,* FCE, México, 1986.
Américo Saldívar, *El ocaso del socialismo,* Siglo XXI Editores, México, 1990.
Alec Nove, *La economía del socialismo factible*, Siglo XXI Editores, México, 1987.
_____, *El sistema económico soviético*, Siglo XXI Editores, México, 1982.

[6] Véanse:
Lisa Foa, *La societá soviética,* Loescher Editor, Turín, 1973.
Abel Aganbegran, "New Directions in Soviet Economie", en *New Left Review*, núm. 109.
Alec Nove, "The Soviet Economy: Problem and Prospects", en *New Left Review*, núm. 119.

[7] Wolfgang Teckenberg, "Rotación laboral y satisfacción en el trabajo: indicadores del conflicto industrial en la URSS", en *Soviet Studies*, V, XXX, núm. 2, abril de 1978; Ferdinando Chiaromonte, *La Organizzazione del Lavoro Nei paesi dell'est,* Franco Angeli, Milán, 1980.

[8] Osipov-CZ Crepanski, *Operai e Teccnici in URSS e in Polonia*, Franco Angeli, Milán, 1975; E. B. Gruzdeva y E.S. Chertiichina, "The Occupational Status and Wage of Women in the USSR", en *The Soviet Review*, primavera de 1988.

[9] K. Spenner y K. Petrov, "The Social Organization and Consequences of Technological Change: Similarities between East and West", ponencia presentada al XII Congreso Mundial de Sociología, Madrid, 9 al 13 de julio de 1990.

[10] M. Cox, *et al.*, *Il Compromesso Soviético*, Feltrinelli, Milán, 1977; G. Amyot, *et al.*, *Nodi Storici e Strotturali del Socialismo Reale in URSS*, Franco Angeli, Milán, 1980.

[11] Victor Zaslavsky, *Il consenso organizzato*, Il Mulino, Milán, 1981.

[12] En 1970, en los Estados Unidos se tenía un 5% de rotación de personal; en la URSS, 21 %.

[13] Véase la situación en otros países socialistas en: Franco Bertone, *L'anomalía polacca,* Editori Riuniti, Roma, 1981.
Andras Hegedus y María Markus, *Sviluppo Sociale e Organizzazione del Lavoro in Ungheria,* Feltrinelli, Milán, 1975.

[14] Enzo Bartocci, *Sindacato e Potere Nella Rusia Sovietica,* Franco Angeli, Roma, 1980.

[15] T. Oyekiczky, "Perestroika and Industrial Relations", ponencia presentada al XII Congreso Mundial de Sociología, Madrid, 9 al 13 de julio de 1990.

[16] Ejemplos de estas reflexiones serias pueden encontrarse en: Rudolf Bahro, *Por un comunismo democrático*, Ed. Materiales, Madrid, 1979; Adam Shaff, "Las zonas inexploradas del socialismo contemporáneo", en *El socialismo del futuro*, Fundación Sistema, Madrid, U.I., núm. 1, 1990.

[17] Diane Elson, "Market Socialism or Socialization of the Market?", en *New Left Review*, núm. 172.

[18] No tratamos de embellecer el sistema soviético, ni negar su carácter represivo. Se trata de una hipótesis que busca explorar en los mecanismos internos que permiten a un régimen totalitario sobrevivir por largo tiempo.

MARXISMO Y FILOSOFÍA AL FINAL DEL SIGLO XX

gabriel vargas lozano

"Todo lo que surge es digno de perecer", decía Mefistófeles en la obra clásica de Goethe. "Todo lo que un día fue real se torna irreal, pierde su necesidad, su razón de ser", escribía Engels comentando a Hegel en su célebre obra *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Y hoy, cerca del final del siglo XX y a partir de los cambios económico-sociales que ha experimentado el sistema capitalista; del desarrollo de nuevas formas filosóficas; de descubrimientos científico-técnicos; y del derrumbe del llamado *socialismo real*, nos preguntamos: ¿y esto es verdad también para el marxismo en general y su filosofía en particular?

Si queremos ser coherentes, debemos responder afirmativamente. Toda concepción teórico-práctica, como es el caso del marxismo, deviene, cambia, se transforma o pasa a formar parte de la historia. Pero cuando se trata de explicar con toda objetividad dichos cambios, se requiere hacer varias distinciones: en primer término, la distinción entre la vigencia de la propia teoría (y dentro de ella, a su vez, entre el contenido científico, el ideológico y el filosófico) y las condiciones de recepción que propician eclipses cortos o largos, vinculados a los intereses dominantes en una sociedad dada. En otros términos, se requiere distinguir entre las manipulaciones académicas y políticas que, con frecuencia, son un efecto de las tendencias dominantes en una sociedad dada y la pregunta auténtica y radical sobre la validez o invalidez de un pensamiento. En efecto, hoy, a partir de la crisis del llamado *socialismo real*, así como de una sobreacumulación de contradicciones teóricas y prácticas en el seno de los movimientos socialistas, ha cobrado una nueva fuerza la vieja ideología extincionista de la muerte del marxismo. Es por ello que intentar hacer una evaluación objetiva del marxismo; examinar lo que está vivo y lo que está muerto; caracterizar sus

Gabriel Vargas Lozano. Maestro en filosofía. Profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa. Co-director de *Dialéctica*. Su más reciente obra se titula *¿Qué hacer con la filosofía en América Latina?* Sus ensayos han sido traducidos a varias lenguas.

posibilidades presentes y futuras, es para algunos una tarea ímproba y fuera de moda. Lo dominante hoy es acabar con el pensamiento marxista; desgarrarse las vestiduras públicamente en el caso de aquellos que sostuvieron tesis dogmáticas y ahora expresan con vehemencia el desencanto de su propio pasado; el considerar exclusivamente lo ausente en el pensamiento de los clásicos; el sustituir el marxismo por otras problemáticas y concepciones sin haber hecho el debido ajuste de cuentas; y, finalmente, despedirse del marxismo como los posmodernos se despiden de la modernidad; sin embargo, las cosas no son tan sencillas. Y no lo son por las siguientes razones: primera, porque el derrumbe del *socialismo realmente existente* requiere ser explicado, y dicha explicación exige un conocimiento profundo del mismo marxismo; segunda, porque el marxismo que se desarrolló desde finales del siglo XIX hasta la fecha es múltiple y complejo, y por tanto exige un conjunto de precisiones; tercera, porque esta concepción realizó un sinnúmero de aportaciones en los campos científico, cultural y filosófico, y no basta barrerlas bajo la alfombra para decretar su desaparición; cuarta, porque los problemas y las contradicciones que propiciaron el desarrollo de esta teoría no han desaparecido (esto lo reconoce hasta Albrecht Wellmer), y en la medida en que éstos subsistan y se agraven, tanto en los países desarrollados, como en la periferia, en la cual se está ubicando también el antiguo *socialismo real*, el marxismo adquirirá, si es que sigue desarrollándose creativamente, un nuevo significado; y finalmente, en quinto lugar, porque las condiciones de evolución o inclusive de desaparición de una teoría que involucra varias dimensiones implican, por así decirlo, reglas de transformación diferenciadas. En otras palabras, si la concepción del marxismo implica contenidos ideológicos, científicos, sociales, políticos y filosóficos, su forma de desaparición, si ése fuera el caso, sería diferente. Se puede derrumbar una ideología que acompañó a los llamados regímenes del *socialismo real*, pero ello no implica necesariamente ni directamente la desaparición de los problemas filosóficos planteados por Marx. O bien, un conocimiento científico puede ser superado por otro más profundo y valedero, pero una proposición filosófica no es simplemente sustituida por otra. Lo que ocurre es que adquiere un carácter relativo, pero no siempre se vuelve caduca. En la filosofía los ejemplos son

muchos: Aristóteles no desplaza a Platón, por más válidas que sean algunas de sus críticas, y de igual manera Hegel no desplaza a Kant, ni Nietzsche, o Wittgenstein, a Marx.

Es por ello que hoy podemos y debemos preguntarnos, séase marxista o no, ¿qué es, en efecto, lo que ha perdido vigencia, tanto en la obra de Marx, como en el marxismo, y en qué sentido?; ¿se trata de toda la concepción en sus aspectos económico, político y filosófico?; ¿de un aspecto de ella?; ¿debemos hacer una distinción tajante entre la teoría, que permanecería intocada, y la práctica, que habría mostrado la falibilidad de los hombres, como podría decir alguien que mantuviera un optimismo heroico en tiempos de nihilismo posmoderno?

Un hecho es ya evidente. La esperanza de construir una sociedad nueva y distinta que parecía abrirse como una aurora en 1917 cayó como una estatua de mármol que se rompe en pedazos. El colapso se fue preparando durante décadas, primero, con el estalinismo; luego, con la crisis del movimiento comunista internacional, a raíz, entre otras cosas, de las revelaciones de Jrushov en el XX Congreso del PCUS; más

tarde, con la represión de diversos movimientos reformistas o independentistas en Europa del Este; y, finalmente, con la crisis económica, social y política en que cae la URSS en las décadas de los setenta y ochenta, y el derrumbe de los regímenes del *socialismo real* en Europa del Este en 1989. Este derrumbe estrepitoso de todo un sistema social, económico, político e ideológico no puede menos que afectar profundamente, en primer lugar, a la realización práctica del ideal de una sociedad justa e igualitaria propuesta por Marx; en segundo lugar, al marxismo oficial, como concepción sustentadora de aquellos regímenes y con ella a la filosofía que la integraba; y en tercer lugar, al marxismo crítico, que sin haber aceptado nunca lo que ocurría en dichas sociedades, e inclusive reprobando sus prácticas, modalidades y concepciones, también se ve afectado por los acontecimientos. Pero antes de caracterizar este efecto, definamos lo que entendemos por marxismo.

A mi juicio, el marxismo está (o estuvo) constituido:

a) Por un conjunto de corrientes teóricas que tienen su origen en Marx y Engels, y que se desplazan en todas direcciones: ciencia social; ciencia natural; arte; literatura; filosofía y cultura. Se trató, entonces, de una concepción que tuvo una enorme influencia en todos los terrenos del saber y de la acción durante el siglo XX. A su vez, en este apartado debemos distinguir corrientes, escuelas, autores y problemáticas.

b) Por una serie de concepciones político-ideológicas sobre el Partido, la lucha de clases y los movimientos que han buscado llegar al poder.

c) Por diversas sociedades que se han reclamado como expresión del legado de Marx y Engels. Estos tipos de sociedades, aunque compartían rasgos comunes, eran diferentes por las características nacionales en que surgían: URSS, China, hace poco tiempo los países de Europa del Este, Vietnam, Yugoslavia, Cuba y otros.

En la obra de Marx se planteaba una relación indisoluble entre teoría y práctica; sin embargo, no siempre pudo realizarse, debido a diversas razones: bien fuera que la práctica desbordó con mucho a la teoría, sobre todo si ésta fue entendida de manera dogmática; bien porque en la teoría y en particular en la filosofía se desarrollan reflexiones que no

siempre tienen un vínculo inmediato o directo con la práctica en alguno de sus sentidos; y, finalmente, porque, muchas veces, no se hizo la debida recreación teórico-práctica de las tesis iniciales de Marx frente a nuevas situaciones.

Ahora bien, lo que nos interesa aquí es: ¿qué ocurrió en el caso de la filosofía?

Mucho se ha escrito sobre la aportación filosófica de Marx y no lo repetiré aquí. Las posiciones se extendieron, desde aquellos que negaron la existencia o inclusive pertinencia de una filosofía en el autor de *El capital*, hasta aquellos que afirmaron que lo descubierto por Marx había sido un nuevo pensamiento revolucionario que, sin dejar de ser filosófico, superaba dicho *status*, y, naturalmente, aquellos que concibieron la filosofía marxista de diferentes maneras.

La razón de que se hubiesen presentado tantas posiciones se debió al carácter peculiar en la historia del saber con que se presentó la teoría de Marx como una teoría de intención práctica, y de igual manera, al silencio del Marx maduro sobre el contenido filosófico de una teoría que principalmente asume una forma histórica, económica y política.

A mi juicio, Marx era un filósofo, tanto por sus aportaciones en este campo, como por las consecuencias de su obra en la filosofía misma.

¿Cuáles fueron algunos de sus principales planteamientos?

a) Crítica del sistema capitalista como una forma que produce enajenación; fetichismo; deshumanización.

b) Una concepción filosófica de la historia.

c) La propuesta de un racionalismo práctico.

d) El planteamiento y profundización del concepto de ideología.

e) El concepto de relación entre teoría y práctica.

f) Una serie de ideas de lo que podría ser la sociedad futura.

g) El condicionamiento de la teoría.

h) El concepto de revolución.

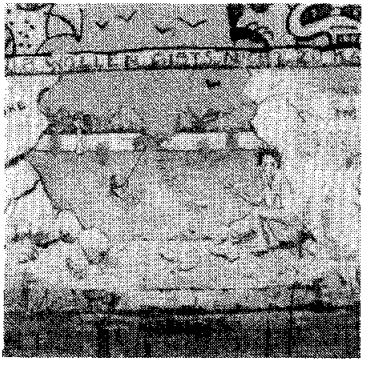
i) La formación de un nuevo método para las ciencias sociales.

j) Una ontología del ser social.

k) Una nueva concepción del hombre.

l) Una teoría de los modos de apropiación del mundo.

m) La concepción de las ciencias naturales como ciencias productivas.



Marx no creó, ni tampoco se proponía crear, un sistema filosófico al estilo de Kant o Hegel. Se trataba de fundar algo nuevo radicalmente.

Pero, al hacerlo, produjo una revolución en filosofía. Esta revolución radica en: *a*) haber situado la filosofía como parte integrante de la explicación, legitimación o crítica del sistema social, oponiéndose a las concepciones autónomas de la disciplina; *b*) El haber producido un pensamiento interdisciplinario transgrediendo la división del trabajo teórico; *c*) haber formulado una nueva concepción de la razón en sentido práctico; *d*) haber concebido la filosofía como una autoconciencia de las clases subalternas en un sentido emancipatorio; y , finalmente, *e*) haber ocasionado, con su silencio acerca del sentido de la nueva filosofía, una serie de interpretaciones que permitieron enriquecer el marxismo, a pesar de que, con frecuencia, estas interpretaciones recayeran en contradicciones y antinomias.

En efecto, en relación con esto último, durante este siglo se desarrollaron nuevas proposiciones filosóficas en los campos de la ética, la estética, la teoría del conocimiento; la filosofía de la ciencia; la filosofía política; la ontología; la filosofía de la

historia y la historia de la filosofía. Los nombres son bien conocidos, y no se requiere hacer una lista que pudiera omitir alguno de ellos.

De igual forma, el marxismo fue interlocutor o se interrelacionó con una gran cantidad de concepciones, como el existencialismo, el neokantismo, el positivismo lógico, el historicismo, la filosofía del lenguaje, el estructuralismo, la fenomenología.

Ahora bien, en todo esto se debe hacer dos distinciones: primero, la distinción entre la filosofía oficial, que se llamó materialismo dialéctico, y, segundo, el marxismo crítico al que pertenecieron Lukács, Korsch, Gramsci, Rosa Luxemburgo y toda una serie de vertientes del llamado marxismo occidental. Y en éste cabe señalar una serie de posiciones, con frecuencia antinómicas, que formaron parte de las polémicas en este campo.

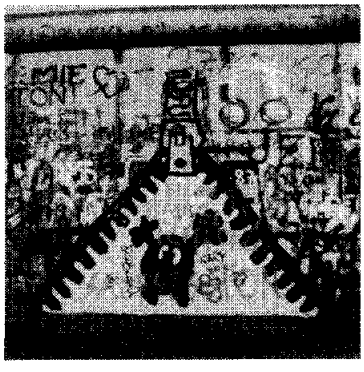
Examinemos, entonces, en primer lugar, el materialismo dialéctico.

¿En qué consistía esa concepción y cuáles eran sus rasgos más característicos?

Aunque, como es natural, existió una evolución de ésta en el *socialismo real*, tomaré como una muestra significativa la ponencia del filósofo búlgaro Nikolai Iribadzhakov titulada "El materialismo dialéctico: el alma viva del marxismo", presentada en el coloquio internacional realizado en 1983 en Madrid, como conmemoración del centenario de la muerte de Marx.[1]

Del análisis crítico que podemos hacer del trabajo del filósofo búlgaro se desprende que:

1. Se trató de una concepción acrítica de las obras de Marx, Engels y Lenin, principalmente. Sus textos se convirtieron en la última palabra, en una verdadera escolástica. Se sometieron a una exégesis de la exégesis. Esta postura privó al marxismo de su elemento autocrítico y renovador. Marx, Engels y Lenin eran los científicos, los revolucionarios y los estrategos geniales incapaces de equivocarse. Sus obras y tesis fueron convertidas en legitimaciones ideológico-políticas de los regímenes autoritarios que dominaron durante ese periodo. Hoy, al modificarse la situación, se eliminan sus obras en forma tan acrítica como la que dominó cuando se leían con devoción.



2. Se rechaza toda intervención ajena de otras concepciones

filosóficas: Freud, Weber, Sartre, Wittgenstein, Heidegger, Foucault. Como contrapartida, podemos decir que muchas de las mejores concepciones del marxismo han estado vinculadas a otras corrientes, como en los casos de Lukács, Bloch o Gramsci, para nombrar sólo algunos.

3. Se crean dos disciplinas: materialismo histórico y materialismo dialéctico. La primera como ciencia de la historia y la segunda como filosofía. Esta división no se encontraba en la obra de Marx. La filosofía era concebida como ciencia de las ciencias. Ya muchos autores se han encargado de destacar la tesis de que la filosofía no es una ciencia, en el sentido de las ciencias particulares, y no puede ser sostenida como tal, puesto que existe una serie de reflexiones filosóficas que no se reducen a su relación con ella.

4. Se concibe el marxismo como expresión directa a la clase proletaria, recayendo en un sociologismo. Como es sabido, con el desarrollo de la sociología del conocimiento y de la ciencia, el vínculo se hace más complejo. Además, la filosofía, por su naturaleza, tiende a plantear concepciones más universales, sin que ello signifique que se elimine su relación con las sociedades divididas en clases.

5. El marxismo así concebido se presenta como la única teoría científica. Se desconocen, explícitamente, otras novedades científicas o se ubican bajo esta concepción omniabarcante.

6. Se concibe como opositores a todos los que no estuvieran de acuerdo con las tesis del materialismo dialéctico. Son revisionistas o neomarxistas. Se mezclan opositores con críticos: Monod, Bunge, Timpanaro, Colletti, Cerroni, Althusser; Cornforth, Della Volpe, R. Williams, Mc Lennan, Mc Bride; y naturalmente todos los existencialistas, como Sartre; y francfurtianos, como Marcuse, Adorno y Horkheimer. En lugar de considerar la teoría en forma compleja, debatible y corregible. Quisiera agregar aquí que el marxismo crítico jamás se difundió en la URSS o en los países llamados socialistas, privando así a su población de las armas necesarias para enfrentar las actuales crisis.

7. No se acepta la tesis de que Marx se concentró más en las ciencias sociales, y se le convierte en el verdadero autor de la dialéctica de la naturaleza.

8. Se trata de un intento de construir todo un sistema filosófico autosubsistente con una función de cosmovisión.

9. Es antiutópica, ya que la idea de construir una nueva sociedad tenía que derivar científicamente de la sociedad anterior.

10. Se parte de la tesis de que es una filosofía basada en la estrategia de partido, y, por tanto, su crítica conduce a un ataque a la conducción estatal. El debate filosófico se convierte, de hecho, en un problema político.

Esta concepción fue muy influyente en los ámbitos de la educación y la política en América Latina, y por supuesto en otras partes del mundo. Todo el marxismo crítico, desde Lukács hasta Marcuse, se opuso a esa versión en diversos grados. Las críticas mencionadas concentran muchas de las posiciones adoptadas desde hace décadas.

Pero agregaría que tampoco la cuestión es tan simple. Dentro de los países autodenominados socialistas (y con frecuencia bajo el rótulo genérico de marxismo-leninismo, bien fuera por convencimiento propio o por obligación impuesta por las circunstancias) hubo también reflexiones y teorizaciones diferentes que tuvieron escasa difusión fuera de esos países. Para sólo poner un ejemplo, quisiera destacar aquí la aportación de una filósofa cubana infortunadamente fallecida,

pero de la cual nos quedó, entre otros, su libro *Filosofía, ciencia y valor,*[2] quien hizo una interpretación del significado de la filosofía del marxismo en un sentido original y diferente de las tesis oficiales que he mencionado. Zaira Rodríguez sostuvo, por ejemplo, que la filosofía "constituye una suerte de autoconciencia de la cultura de una época histórica determinada, cuyos contenidos se plasman en las estructuras del pensamiento teórico, a través de las cuales esa época se piensa a sí misma".[3] Para ella, la filosofía no sería ciencia en sentido estrecho, pero tampoco una de las formas valorativas de la conciencia social exclusivamente. El conocimiento filosófico es de naturaleza diferente al conocimiento científico-particular y a la ideología. En la filosofía se sintetizarían los aportes de la actividad práctica-material, teórico-cognoscitiva y práctica-valorativa de la humanidad, y por tanto sería una forma peculiar de asimilación práctico-espiritual de la realidad. Zaira se apoyó en una serie de filósofos soviéticos y checos no conocidos en otras lenguas.

Ahora bien, ¿hasta qué punto la concepción oficial del *socialismo real* podía fundarse en las obras de Marx y Engels?

Esto nos lleva a un problema que también involucra al marxismo crítico y a diversas interpretaciones poco cuidadosas o muy influidas por las versiones estalinistas, hechas por filósofos o científicos sociales, desde Weber, Popper, Russell, Schumpeter, Aron, hasta Habermas.

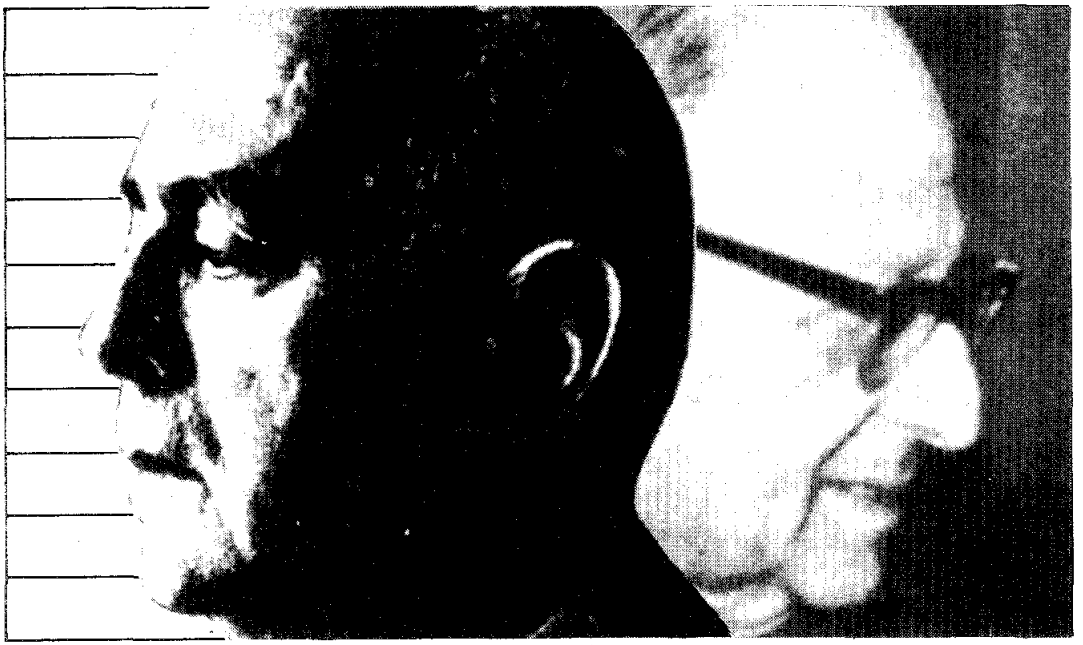
Las obras de Marx y Engels, por la riqueza que implican, por su carácter original, porque constituyen pensamientos en movimiento y evolución, pero también por sus errores, equivocaciones y ambigüedades, son polisémicas, y, por ello, abiertas a diversas lecturas. Desde luego que no todas las lecturas son posibles, pero sí un conjunto de ellas. Sobre las obras de Marx y Engels operaron diversos conflictos de interpretación que atañen, no sólo al problema de la precisión conceptual o la modificación del sentido de sus textos a partir de los manuscritos no publicados durante mucho tiempo, sino también debido a los presupuestos ontológicos, epistemológicos o políticos desde los cuales se leyeron unos u otros textos. Pero además, a diferencia de lo que ocurrió con un Aristóteles, un Kant o un Hegel, su dimensión práctica involucró necesariamente elementos deformantes o conformantes que muchas veces dejaron sus textos irreconocibles. De aquí que si

bien, repito, no toda lectura es posible, sí son posibles diversas lecturas que pueden prolongar sus equívocos, sus contradicciones, sus aciertos o sus vacíos teóricos. En este sentido, considero que no hay un Marx esencial que nadie hubiera descubierto, sino que hay nuevos sentidos en que puede ser interpretada su obra, a partir de los presupuestos que se empleen y de acuerdo a la forma en que se integren en una reflexión específica. Un ejemplo reciente de ello es la interesante y rica interpretación hermenéutica de Paul Ricoeur de *La ideología alemana* a propósito de los conceptos de ideología y utopía.

Por lo anterior, podemos decir que también hay una interpretación posible de Marx que se derrumba con el materialismo dialéctico. Por ejemplo, esta concepción se basó en las tesis de la división dicotómica entre estructura y superestructura; las creaciones culturales e ideológicas como un puro efecto de la base material; la división de la historia en dos épocas: una en la que operaría la lucha de unos contra otros, como en el caso de la naturaleza, y otra en que se impondría, como dice Marx en los *Grundrisse*, el reino de la libertad; la sucesión lineal de las sociedades en la historia; el carácter ideológico de la democracia en el capitalismo como ocultador de la dominación. Éstas y otras formulaciones se encuentran en textos de Marx y Engels que fueron partes integrantes de una ideología vulgarizada del marxismo y que fueron atacados por un marxismo crítico a partir de otros textos de los propios Marx y Engels, como la interrelación dialéctica de las estructuras sociales en el sistema; el carácter dominante que adquieren formas como la religión, la política y la propia ciencia natural como fuerza productiva; la no reductibilidad del arte, la ciencia o la filosofía a la base económica; la evolución desigual y combinada de las sociedades; el carácter radicalmente democrático de la Comuna de París, etcétera.

La lectura del *dia-mat* partió también de los vacíos teóricos existentes en el pensamiento de los clásicos sobre el destino del Estado en el socialismo; sobre la dictadura del proletariado y sobre la organización económica de la futura sociedad, y los interpretó como legitimación de las realidades fácticas.

Naturalmente, en todo esto se encuentra también la interpretación de Lenin, que también integra esta ideología con sus afirmaciones premarxistas en *Materialismo y empiriocriticismo*;



su concepción de la relación partido e intelectuales portadores de la conciencia de clase, en *¿Qué hacer?*; y su concepción, tan urgente como provisional, de la oposición entre democracia burguesa y democracia proletaria, y del Estado en el capitalismo como mero instrumento de las clases dominantes, en *El Estado y la revolución.*

Todo un marxismo posterior en las obras de Miliband, Mandel, Poulantzas, Offe; Ollin Wright; Göran Therborn; James O'Connor, han profundizado y planteado diversas formas de entender la función del Estado en el capitalismo.

Algunos ejemplos de una evolución teórica en el pensamiento de Marx, que no fue tomada en cuenta, no sólo por el materialismo dialéctico, sino también por múltiples intérpretes, y que aún hoy siguen repitiendo, son los siguientes:

En el famoso "Prólogo" a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, que se trata de una formulación esquemática, provisional e incompleta, pero que, sin embargo, fue utilizada en forma indiscriminada, Marx dice:

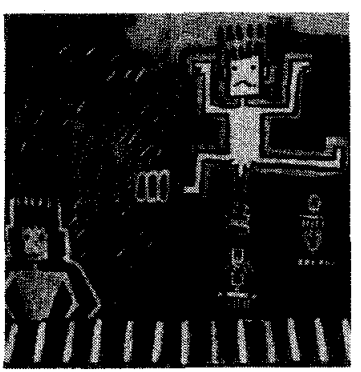
> A grandes rasgos, podemos designar, como otras tantas épocas progresivas de la formación económica de la sociedad, el modo

> de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.[4]

De esta cita pueden desprenderse, y de hecho se hizo así por tirios y troyanos, tanto una concepción lineal de la historia, que Marx no sostiene en trabajos como los *Grundrisse*, y una concepción teleológica de la historia que puede matizarse con otras citas de Marx, pero que en todo caso no es sostenible.

En efecto, en una carta fechada a fines de 1877 y dirigida a la redacción del periódico ruso *Anales de la Patria* dice:

> A mi crítico le parece, sin embargo, poco. A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófica histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurran... Esto es hacerme demasiado honor, y al mismo tiempo, demasiado escarnio... He aquí, pues, dos clases de acontecimientos que, aun presentando palmaria analogía, se desarrollan en diferentes medios históricos y conducen, por tanto, a resultados completamente distintos. Estudiando cada uno de estos procesos históricos por separado, y comparándolos luego entre sí, encontramos fácilmente la clave de esos fenómenos, resultados que jamás lograríamos, en cambio, con la clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica.[5]



También podemos citar la diferencia existente entre lo formulado en el *Manifiesto del Partido Comunista* en 1848 y la crítica que hicieran en el prólogo a la edición rusa de ese mismo libro por su limitación eurocéntrica; los textos optimistas en los que se refería a la implantación del capitalismo en la India o respecto de la invasión norteamericana a México, y los textos posteriores en contra de la invasión francesa y su crítica

a los resultados desastrosos de la modernización capitalista impuesta.

Y también la existencia de una aceptación del optimismo ilustrado del siglo XVIII en la década de los cuarenta, pero también una notable crítica al carácter *destructivo* de las fuerzas productivas y a los efectos negativos del progreso, posteriormente.

Sin embargo, no fue tanto Marx, con algunas de sus formulaciones esquemáticas, lo que propició la concepción del materialismo dialéctico, sino diversas concepciones de Engels. Las tesis de Engels, al querer vincular los descubrimientos de Marx a los que se realizaban en el campo de la ciencia natural, propiciaron una interpretación naturalista, positivista y cientificista del marxismo. Toda esta interpretación ha caducado indefectiblemente.

A diferencia de este marxismo, se desarrolló, como hemos mencionado, lo que he denominado como marxismo crítico. Este marxismo llevó con frecuencia a confusiones al utilizar una determinada terminología con diversos significados. Un ejemplo fue el uso, por parte de Althusser, del concepto "materialismo dialéctico", a pesar de otorgarle un sentido radicalmente distinto al tradicional en la escuela soviética.

En el marxismo crítico se desarrollaron diversas vertientes, entre las que sobresalen: la humanística, la epistemológica, la ontológica, la ideológico-política, la filosofía de la praxis en sus diferentes vertientes; [10] la reflexión sobre el pensamiento utópico, la reflexión sobre la filosofía de la cultura y múltiples diálogos con el existencialismo (Sartre), los frankfurtianos (Adorno, Marcuse, Horkheimer), los estructuralistas (Godelier), los analíticos y funcionalistas (Cohen, Elster), los posfrankfurtianos (Habermas); la teología de la liberación (I. Ellacuria, Jon Sobrino y otros); y en últimas fechas, la filosofía de la liberación (Enrique Dussel). En relación con estas últimas, no pocas veces se reclamaron como marxistas, o al menos en el espíritu de Marx.

El marxismo crítico no es una unidad; implica, no sólo variaciones, sino complejas interpretaciones que, con frecuencia, se oponen entre sí. Algunas de las causas por las cuales surgieron contradicciones y aporías fueron las siguientes:

En primer lugar, los presupuestos de los cuales partían en su interpretación del marxismo. Della Volpe partía de la tradición

neopositivista; Althusser, de la interrelación de las corrientes desarrolladas por Bachelard, Canguilhem y Foucault; otros, del historicismo absoluto, como decía Gramsci; y otros más, de la filosofía del lenguaje; Heidegger, etcétera. Estos presupuestos ontológicos, epistemológicos, metodológicos y políticos los llevaron por vías diversas.

En segundo lugar, interrelacionado con lo anterior, la interpretación sobre el sentido que tenían los conceptos utilizados por los clásicos. Esto ocurre con los conceptos de ciencia e ideología. A propósito del concepto marxiano de ciencia, habrá que recordar el notable ensayo de Manuel Sacristán titulado "El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia", en donde explica cómo el autor de *El capital* partía de una concepción peculiar que implicaba una inspiración y una crítica de las nociones de *science, kritik* y *wissenschaft*. Estas nociones no fueron explicadas en su sentido original por muchos intérpretes.

En relación con el concepto de ideología, Marx utiliza en forma explícita un sentido negativo, pero se encontraba en su obra una serie de presupuestos que exigía implícitamente uno positivo, como lo utilizó la tradición posterior.

La tercera razón fue la forma de entender la evolución del pensamiento de Marx. La forma de publicación de los manuscritos y el dominio de otras interpretaciones impidieron, por mucho tiempo, la correcta apropiación, primero, de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, y luego de los *Grundrisse*, así como de otros inéditos. En el caso de América Latina, adicionalmente, se ocultaron durante mucho tiempo las incorrectas apreciaciones de Marx y Engels sobre Bolívar o sobre la invasión norteamericana a México, y, posteriormente, su rechazo a la invasión francesa.

La cuarta razón fueron las tensiones originadas por la problemática originada. Antonio Gramsci, por ejemplo, incidió en un vacío de Marx y del marxismo de su tiempo: el funcionamiento concreto de la ideología, de la política, de los intelectuales, de la cultura, de la hegemonía en un bloque histórico. Esto lo llevó a crear nuevas categorías y a ampliar el significado de lo superestructural con respecto a la base económica.

Finalmente, la quinta razón fue el vínculo que se establecía entre teoría y praxis. En algunas ocasiones se consideraba que esa relación se establecía espontáneamente; en otras, por mediación de los intelectuales como conciencia de clase atribuida, y en otras más, el sujeto portador del potencial revolucionario era cambiado de la clase obrera a otros sectores oprimidos, como fue el caso de Marcuse.

En el siglo XX, pero en especial en las últimas décadas, se presentaron innumerables debates sobre la relación entre teoría y práctica, ciencia e ideología, determinismo e indeterminismo en la historia, condicionamiento social del conocimiento, cientificidad o no de la obra de Marx, el carácter del humanismo, el lugar del individuo, la naturaleza de la enajenación, la forma de entender el concepto de racionalidad, la noción de progreso y de modernidad, entre muchos otros.

Este marxismo crítico ha aportado extraordinariamente, pero no todo en él es, a mi juicio, válido. Por ello se requiere hacer una reconstrucción y una renovación creadoras del marxismo en general y de su filosofía en particular. Esta reconstrucción implica:

1. Una lectura crítica de los clásicos a la luz de todas las transformaciones actuales. En este sentido, el filósofo polaco Adam Schaff, en un ensayo titulado "Qué es lo vivo y qué es

lo muerto en el "marxismo" considera que siguen siendo válidas la teoría de la enajenación, que no sólo ha podido servir en el análisis del sistema capitalista, sino también en la crítica del llamado *socialismo real*; una nueva concepción del individuo en su relación con la sociedad, aunque Schaff le da una acepción peculiar (sostiene que el individuo es el conjunto de las relaciones sociales), a pesar de su larga discusión con Luciën Seve; un método para entender el proceso de desarrollo de las formaciones sociales que tendría un valor heurístico; su teoría de las clases y de la lucha de clases; su teoría del Estado y su función de dominación social; la concepción de la revolución social y los requisitos necesarios para que se opere una revolución socialista.

Pero a su vez Schaff considera que Marx estaba equivocado en que las clases medias desaparecerían; no pudo prever la transformación de las clases sociales por la robótica; la economía planificada como forma de la nueva sociedad.

Finalmente, Schaff considera que envejece, tanto la teoría de la plusvalía, como la forma de entender la relación entre Estado y democracia.

Naturalmente, cada una de estas tesis necesita un largo y

detenido examen que no podemos hacer ahora.

2. Se requiere mantener e incrementar el diálogo crítico con todas las corrientes filosóficas. Muchas preocupaciones y problemáticas han sido ampliadas y desarrolladas por otras concepciones, de tal modo que, en mi opinión, el marxismo no puede pretender ser una concepción que tenga respuesta para todo. Esta idea fue desarrollada por el materialismo dialéctico sin éxito. Ahora bien, esto no quiere decir que en Marx o Engels no puedan encontrarse elementos importantes útiles para diversas formas de conocer y valorar.

De igual manera, considero que se debe rechazar toda lectura que pretenda insistir en aquellas malinterpretaciones del pensamiento de Marx que sólo pretendan *crear* una imagen fácilmente rebatible. Un ejemplo de esto es la interpretación que han hecho, tanto Habermas, como sus discípulos, del marxismo como un productivismo; la sustitución de los sujetos históricos a quienes estaba destinada la teoría marxista por el *género humano*; la conversión de lo que hoy se puede llamar la *utopía socialista* en un *diálogo libre de dominio* que no establece las condiciones políticas de su realización; y el sostenimiento de un eurocentrismo inaceptable. Esto no quiere decir que Habermas no plantee, a mi juicio, propuestas interesantes para superar el debate entre las llamadas ciencias nomotéticas y las ideográficas; en torno a la legitimación del capitalismo tardío; sobre el concepto de racionalidad; sobre el giro lingüístico de la filosofía; y sobre el denominado *mundo de la vida*.

3. Se requiere una recuperación minuciosa de lo desarrollado por el marxismo. Por ejemplo, en nuestro medio, obras tan importantes como la *Ontología del ser social*, o el que fuera, tal vez, el último escrito de Lukács: "La democratización hoy y mañana" (publicado en 1985), y que constituyen reflexiones, tanto sobre la democracia en el capitalismo, como sobre la naturaleza del estalinismo, a raíz de la invasión a Checoslovaquia, no son conocidos ni han sido valorados. Y así ocurre con muchos otros textos, como la importante obra de I. Mèszáros, *The Power of Ideology*.

4. Se requiere repensar el lugar de la filosofía como reflexión crítica que se nutre de las ciencias y de los valores, pero que no se reduce a ellos.

5. Marx propuso un pensamiento interdisciplinario, un ideal de conocimiento integrado a la práctica, que Manuel Sacristán

consideraba en su texto "¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI" que perduraría más allá de esta época.

En esta dirección, compartimos la tesis de que, si bien es cierto que la metodología positivista lógica y sus variantes propusieron una serie de recursos conceptuales, mecanismos de prueba y formas lógicas, han llegado a una crisis que puede ser superada por una metodología dialéctica a condición de que ésta sea desarrollada como una verdadera concepción superadora y que las diversas revoluciones científico-técnicas o la globalización de la economía no invalidan el análisis abstracto del capitalismo hecho por Marx.[7]

6. El marxismo no es una concepción cerrada, sino abierta, crítica y autocrítica.

7. El marxismo tiene también una dimensión utópica muy rica, que forma parte integrante de una explicación teórica.

8. En América Latina ha dominado, o bien un marxismo dogmático, o bien un marxismo dependiente, y los mejores aportes han sido los que han sabido oponerse a éstos. Se requiere repensar en forma creativa, propia, lo que nos es útil y lo que no, rechazando todo eurocentrismo o futuro americanocentrismo. En esta dirección son importantes las aportaciones de Mariátegui, Aníbal Ponce, Ernesto *Che* Guevara, Fidel Castro y toda una serie de teóricos y revolucionarios. La recuperación crítica del marxismo latinoamericano está por hacerse.

9. Entre muchos de los aspectos no abordados suficientemente por un marxismo crítico está el tema de la subjetividad social e individual. Se requiere afrontar esta inmensa tarea.

10. La concepción de Marx no fue hecha para la academia, sino para la transformación de la sociedad, pero este hecho no debe negar los aportes de diversos investigadores universitarios a esta teoría en los planos de las ciencias sociales y la filosofía, por diversas razones: *a*) porque la transformación social también pasa por la universidad; *b*) porque la universidad ha sido en América Latina, a falta de otros lugares en la sociedad, prácticamente el único lugar en que ha podido desarrollarse un pensamiento revolucionario; y *c*) porque la teoría implica una autonomía relativa de lo político inmediato. Ahora bien, ello no significa que el marxismo deba convertirse en una escolástica o en un pensamiento separado de la práctica, pero un practicismo

ha sido, a menudo, la causa de la escasa efectividad de un pensamiento político, así como un teoricismo es causa de su esterilidad.

11. Se requiere establecer los alcances y límites del marxismo con respecto a problemáticas como la ecológica, la feminista o la religiosa.

12. Finalmente, se requiere contribuir a la formulación de una alternativa teórico-política, tanto frente al neoliberalismo, como frente al neoestalinismo. Este *tertium datur*, como diría el viejo Lukács, es una necesidad imprescindible para hoy y para mañana, debido a que ninguna de estas sociedades ha podido resolver problemas fundamentales para el hombre. Este *tertium datur* involucra un nuevo socialismo, un nuevo humanismo y una nueva concepción de la democracia.

En suma, cerca del final del siglo XX, un siglo intenso y conflictivo por todos conceptos, diversos aspectos del marxismo como filosofía, como visión del mundo, como una forma de la teoría social y como metodología, se encuentran en crisis, pero tanto en los clásicos como en el marxismo contemporáneo existe una serie de aportaciones que constituyen bases para su reconstrucción y renovación.

Julio de 1991

NOTAS

[1] Román Reyes (ed.), *Cien años después de Marx / Ciencia y marxismo*, Akal, Madrid, 1986.

[2] Zaira Rodríguez Ugidos, *Filosofía, ciencia y valor*, Editora de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.

[3] *Ibid.*, p. 252.

[4] Carlos Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política, 1857 / Y otros escritos sobre problemas metodológicos*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 1, Córdoba, 1974.

[5] Carlos Marx y Federico Engels, *Escritos sobre Rusia*, vol. II, Siglo XXI Editores, México, 1980, pp. 64-65.

[6] Para un análisis de las diversas formas de entender la filosofía de la praxis, véase mi ensayo "Los sentidos de la filosofía de la praxis", incluido en mi libro *¿Qué hacer con la filosofía en América Latina?*, Ed. UAM-UAT, México, 1990.

[7] Véanse los trabajos publicados en el número 19 de *Dialéctica*, Escuela de Filosofía y Letras de la UAP, México, 1988.

MARX Y EL ESTALINISMO
(¿EXTINCIÓN O VIGENCIA DE MARX?)

mario salazar valiente

El mundo atraviesa un periodo de transición que conlleva, por lo menos, dos características: la velocidad de las mutaciones y cierto grado de incertidumbre. Sobre el oleaje impactante de la revolución científica y tecnológica, y la globalización del capitalismo, ensambla el colapso del socialismo realmente existente.

Hemos presenciado la catástrofe en que desembocó la empresa humana que encuentra su matriz en la Revolución de Octubre. El llamado *socialismo real*, encarnado en los últimos setenta años, se derrumbó, repercutiendo en todos los aspectos y rincones de la tierra. El naufragio reveló un equívoco a lo largo del proceso. Y es, además, global: fracaso en lo económico, escarnio en lo político y frustración social a escala planetaria.

El rechazo de las masas populares al carácter totalitario del *socialismo real* produjo, en un principio, la ilusión de que los procesos en los países del Este de Europa y en la Unión Soviética podrían orientarse hacia un socialismo democrático de masas. En el momento presente no hay un solo país de Europa Oriental cuya brújula no indique un rumbo capitalista. Y el carácter caótico y sumamente contradictorio que ha asumido el movimiento desencadenado por la *perestroika* en la URSS impide prever su desenlace. Aún así, se advierte que no son opciones, ni el socialismo con democracia del Gorbachov de 1986, ni mucho menos el auténtico socialismo autogestionario de los trabajadores.[1]

La característica del proyecto socialista que cubre el siglo XX, como suma frustración, es independiente de que efectivamente transformó la faz del mundo, y muchos de sus logros sociales o niveles apreciables de desarrollo son irreversibles. Es indudable que el *socialismo real* creó condiciones universales favorables a las luchas de liberación contra el

Mario Salazar Valiente. Salvadoreño, doctor en jurisprudencia y ciencias sociales, profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Miembro del Consejo Editorial de *Dialéctica*. Es autor de diversos ensayos y libros, entre los que se encuentra *¿Saltar al reino de la libertad?*, I, *Crítica de la transición al comunismo*. Se encuentra en preparación el segundo volumen.

colonialismo y constituyó un muro de contención a las agresiones expansionistas del imperialismo, haciendo posible el surgimiento de procesos no capitalistas en varios continentes. Pero no es con tal enfoque como debe enjuiciarse el sistema estalinista montado a nivel mundial. El estalinismo causó el peor daño imaginable al movimiento obrero revolucionario mundial.

Por la universal dimensión del desastre, que involucra, no sólo a los países del antes llamado campo socialista, sino también a las ramificaciones organizadas en casi todo el mundo en derredor del centro estalinista, Moscú, y al vasto arsenal de pensamiento teórico e ideológico determinado por tal tipo de socialismo de Estado, se impone una severa crítica. El debate autocrítico de los socialistas (partidos, intelectuales) debe dirigirse al corazón, a la almendra, de la práctica y la armazón teórica e ideológica del socialismo realmente existente. Una autocrítica epidérmica, que no se introduzca en la esencia de semejante fenómeno mundial, no aportará nada a la reconstrucción de la teoría y la práctica revolucionarias anticapitalistas de un futuro que casi ya es presente.

El socialismo del siglo XX, socialismo estatalista, muere a consecuencia de ingredientes patógenos determinados por un lisiamiento original, y no a consecuencia de errores de la última etapa o de crisis recién surgidas que pudieron ser evitadas. Una valoración autocrítica rigurosa de lo ocurrido impide que pueda continuar el engaño.

Lo anterior es independiente del valor histórico de la gloriosa Revolución de Octubre y de la epopeya heroica de la guerra contra el fascismo.

Signos de que los procesos nacionales de transición socialista iban mal y debían ser fuertemente criticados por los marxistas existieron desde los años treinta. No es cierto que todo se reduce a la última etapa, calificada como de "estancamiento brezhneviano". En aquellos años tienen lugar los célebres Procesos de Moscú. En aquel lejano periodo, los viejos compañeros de Lenin, como Kamenev, Zinoviev, Bujarin y tantos más de la vieja guardia bolchevique, fueron calumniados, condenados en procesos inicuos, encarcelados en campos de concentración y fusilados o asesinados. Se montó el régimen *estalinista* con sus métodos fuertemente represivos, y aun de terror, y absoluta carencia de participación

autogestionaria de los productores directos. De los soviets quedó *sólo el nombre. El proceso socialista mundial, o mejor dicho,* los diferentes procesos de transición socialista, que surgieron en diversos continentes, fueron marcados por la índole totalitaria del estalinismo.

No debió haber cabido duda alguna para los comunistas y marxistas del mundo entero en cuanto al régimen de Stalin. Sus prácticas políticas, incluyendo la colectivización forzada, no expresaron las ideas de Marx en torno a la dictadura del proletariado, la que sustancialmente consiste en la democratización del *todo social* autogestionado por los productores directos, que convierte en *real* la democracia *formal.* A la postre, el socialismo resultante careció de democracia *real* y *formal*, y se expresó como poder total, autoritario y burocrático, montado sobre las masas trabajadoras. El Estado todopoderoso se tragó a la sociedad civil.

Llegó la segunda guerra mundial y los acontecimientos (en el centro de los cuales se ubica el martirologio y heroísmo del pueblo soviético) encubrieron el despotismo estalinista. Stalin emergió de la guerra con una aureola evidente que subyugó a generaciones múltiples de jóvenes en todos los continentes. En América Latina se enalteció y glorificó a Stalin y al país de los soviets. El incondicional apoyo al heroísmo del pueblo y a los éxitos del socialismo en la URSS implicó la aprobación sin reservas del sistema estalinista y de sus métodos, cerrándose los sentidos y la razón a toda insinuación que significara crítica al *socialismo real.* El triunfo de la revolución china (1949) fue saludado con extraordinario júbilo por lo más sano de la juventud y la intelectualidad mundiales. No obstante sus propias peculiaridades, la Revolución guiada por Mao Zedong acrecentó extraordinariamente el prestigio del socialismo real, del estalinismo.

Pertenezco a la generación de la posguerra y de la fundación de la República Popular China, en 1949. En aquel entonces, poetas, pintores, escritores, artistas en general, conforman en América Latina un clima entusiasta, optimista en grado superlativo, de pleno apoyo a la URSS de Stalin, que somete a una suerte de hechizo o encantamiento a amplios sectores de lo más sano de la juventud. Los jóvenes inician su militancia revolucionaria en organizaciones marxistas en las que el filo de la *crítica a lo real*, de la *crítica implacable a todo lo existente*

—ingrediente esencial del pensamiento de Marx— no se utiliza ante las realidades de los países comunistas. Funciona un acuerdo tácito: la sociedades que están construyendo el socialismo no son, no pueden ser, objeto de crítica alguna. Por una parte, todo funciona bien y no hay nada que criticar. Por otra, toda crítica a la Unión Soviética hace caer en el campo del enemigo, le sirve al imperialismo y a la reacción. Y se desarrolla la mitificación de la "patria del proletariado mundial".

Desde finales de la segunda guerra mundial la militancia

comunista —dirigentes y bases— adoptó la actitud de *justificar* todas las prácticas de los regímenes comunistas.

Hubo nuevas señales de que las cosas no iban bien. Levantamientos en poblaciones de Alemania Oriental en 1953. Sublevación en Hungría en 1956. Denuncia de los "crímenes de Stalin" en 1956. Represión de las sublevaciones por tropas soviéticas. Por fin sucede algo que tuvo enorme trascendencia: el aplastamiento de la Primavera de Praga por los tanques soviéticos (1968). Las tropas del Pacto de Varsovia destrozan un esperanzador camino democrático y socialista decidido por el propio Partido Comunista de Checoslovaquia. ¡Inaudito! Los

hechos constituyen un parteaguas: hubo escisiones, renuncias en las organizaciones comunistas, denuncias. Pero la mayoría de partidos comunistas prosigue con su actitud *acrítica* en cuanto a la URSS y demás países socialistas: dirigentes comunistas que viajan a menudo a la Unión Soviética o Europa Oriental jamás perciben algo anómalo, digno de crítica.

Cuando ante la denuncia de los "crímenes de Stalin" por Nikita Jrushov (1956) no les queda a las direcciones comunistas más opción que aceptar los hechos, se pone énfasis en que el Partido (soviético) fue capaz de autocriticarse. No se repara con el obligado rigor en que los derechos y garantías de los ciudadanos soviéticos habían sido bárbaramente conculcados. Ni en la ausencia de respeto por la llamada legalidad socialista y la inexistencia de un Estado de derecho y, más aún, de una democracia autogestionaria. Ni tampoco en que el control del Estado y la economía lo tiene una minoría burocrática que ha desvirtuado la transición socialista, convirtiéndola en vituperable forma de totalitarismo. La fuerza del dogma es tanta que ni se reflexiona sobre tales cuestiones. La "patria del proletariado mundial" es intocable. La crítica tan cara al marxismo no puede operar con relación a los países que "construyen el socialismo". Me parece que ese momento —el de la denuncia de los crímenes de Stalin— debió haber motivado una severa reflexión crítica y autocrítica sobre el comportamiento de los partidos comunistas de América Latina en el interior de los mismos y en la intelectualidad marxista.

Llegan los años setenta y surge el eurocomunismo. Las críticas a la URSS de los eurocomunistas (Carrillo, Berlinguer), la polémica en que participa Brezhnev, son otras señales de que aquello no puede ser la "primera fase del comunismo" a que se refiriera Marx.

Quiero decir que los socialistas y comunistas de América Latina y Europa no ejercieron una adecuada crítica marxista respecto a los procesos nacionales de transición desde, por lo menos, los años treinta. Claro es que hubo excepciones personales y que la ocupación de Praga por los tanques del Pacto de Varsovia provocó declaraciones partidarias de desaprobación. Pero, en general, puede afirmarse que en América Latina la crítica marxista proveniente de partidos e intelectuales orgánicos hacia la URSS y demás formaciones socialistas no estuvo a la altura de las exigencias históricas.

Por razones de honestidad y justicia debe reconocerse que las corrientes trotskistas mantuvieron siempre una actitud crítica ante los procesos de transición. Trotsky es, indudablemente, el primero y más importante crítico, dentro del marxismo, del sistema estalinista. No es el único, ni mucho menos. Lo anterior no significa, obviamente, que el trotskismo haya tenido y tenga siempre la razón en este dramático asunto humano.

En consecuencia con lo anterior, soy de los que piensan que es necesaria una rigurosa revisión crítica y autocrítica del comportamiento de muchos de los partidos comunistas latinoamericanos. Los partidos comunistas, y la izquierda en general, comprendidos los intelectuales marxistas, no podrán asimilar los profundos cambios del mundo presente si previamente no entran en un proceso de rigurosa autocrítica respecto a los problemas que venimos tratando. Claro es que lo anterior se refiere sobre todo a los que en mayor o menor medida adoptaron (*adoptamos*) una actitud acrítica o poco crítica del socialismo real.

Al naufragar el socialismo real entró en agonía mortal la ideología que le corresponde, el *marxismo-leninismo*. El marxismo-leninismo es hoy en día un cuerpo fósil, inerte, aun como ideología justificadora de procesos reales. Ni en la URSS funciona ya como instrumento ideológico: la transición al "mercado regulado" o la implantación del capitalismo a secas como procesos concretos requieren otro conjunto conceptual para su explicación.

El marxismo-leninismo ha sido una combinación de elementos *teóricos* con ingredientes *ideológicos*, es decir, justificadores de lo real, distorsionadores de la verdad histórica. Por otra parte, es una mezcla de ideas de Marx con ideas de Lenin, a menudo descontextuadas y no siempre ensambladas con coherencia lógica. El marxismo-leninismo ha sido la ideología del estalinismo, es la versión del marxismo de Stalin y colaboradores. Problema especial y muy importante es que en China, Vietnam, Corea del Norte, Cuba y otros países continúa esgrimiéndose el marxismo-leninismo como la doctrina oficial. Tal cuestión amerita tratamiento especial —adelante lo haremos—, pero no resta validez a la tesis de que el marxismo-leninismo en el mundo es ya un cuerpo teórico e ideológico en agonía, en la última etapa de fosilización.

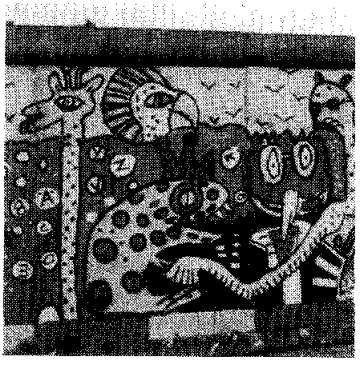
Lo afirmado es independiente de la calidad científica o los

aportes de la obra de muchos marxistas de diversas latitudes que actuaron y escribieron como marxista-leninistas. Nuestra crítica se endereza, particularmente, contra ese marxismo-leninismo producido en los países socialistas, a menudo publicado en forma de manual, y el cual durante muchas décadas operó como *la verdad*, en muchos campos de la historia y de la ciencia social, no sólo en los países socialistas, sino también en grandes espacios de América Latina.[2]

La teoría marxista atraviesa un periodo sumamente difícil. El debilitamiento y crisis de los movimientos de izquierda en Europa y América Latina, la prolongada situación crítica y ulterior derrumbe catastrófico del *socialismo real*, los éxitos del capitalismo desarrollado en lo referente a la creación de riqueza y aprovechamiento de la revolución científica y tecnológica, y el pensamiento neoliberal y neoconservador en boga, o de moda, son algunos de los factores que definen un clima social, académico y científico sumamente negativo para las corrientes marxistas, y particularmente para una urgente revisión del pensamiento de Carlos Marx a la luz de la experiencia histórica del último siglo y medio, los aportes de las disciplinas científicas sociales, el pensamiento filosófico y algunas corrientes teológicas.[3]

La ofensiva ideológica del capital en el mundo se apresuró a decretar el fin de la historia, la desaparición de los paradigmas sociológicos, la muerte del marxismo y del socialismo, y de todo tipo de revolución. En el mediano plazo se comprobará el contenido falso de tales vaticinios.

Un implacable juicio crítico del marxismo-leninismo conducirá al desglose de lo valioso y vigente de cada uno de los clásicos. Volveré sobre esta cuestión adelante, cuando me refiera a cómo la ausencia de revoluciones triunfantes en el Occidente capitalista y el éxito de una revolución anticapitalista en Rusia, en 1917, y su ulterior desarrollo como proceso *nacional* en un país solo y aislado, configuró una *nueva* situación *práctica* (que no previó Marx) y *teórica*. Esta última se resolvió fundando y desarrollando el marxismo-leninismo. En el pensamiento de Carlos Marx, que es el que lógicamente signa el término marxismo (sea cual fuere el adjetivo que le agreguemos), uno de los presupuestos teórico-hipotéticos esenciales es el de que la transición del capitalismo a la sociedad comunista que prefigura a través de las dos fases



clásicas *podría* desarrollarse sólo contando con revoluciones proletarias en los países de capitalismo desarrollado.

Dicho de otro modo, son las contradicciones del sistema capitalista mundial, al entrar en una etapa en que ya se han desarrollado todas las fuerzas productivas *posibles*, las que engendran un proceso de cambio cualitativo conducente al comunismo en su fase superior, atravesando una primera fase a la que otros le dieron el nombre de socialismo. Lo expresó textualmente Marx: es imposible saltar etapas, ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas

las fuerzas productivas que caben dentro de ella; jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua; una sociedad no puede saltarse fases naturales de su desarrollo y abolirlas por decreto...[4]

La subsistencia del capitalismo en su polo desarrollado después de la Revolución de Octubre de 1917 se convirtió, ya transformado en imperialismo, en gigantesco y multidimensional obstáculo universal. Y, cuestión de importancia nodal, cambió cualitativamente todo el panorama

de la transición en la *práctica* y en la *teoría*, orientándose el proceso hacia formas y políticas anticapitalistas que degeneraron en el socialismo estatalista o estalinista, y en esa combinación híbrida que se llama marxismo-leninismo.

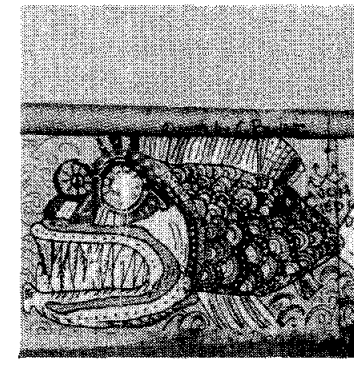
Tal socialismo estalinista no es la primera fase comunista, no es el socialismo que se encuentra o desprende de la obra de Marx, entendido como alternativa histórica objetiva engendrada por el capitalismo mundial al estallar sus contradicciones, debido al desarrollo de la totalidad de fuerzas productivas que el sistema permite.

Aún hoy, en los umbrales del nuevo siglo, no se ha cerrado la posibilidad de que en el seno del capitalismo mundial se desarrollen nuevas fuerzas productivas, con fundamento en la aplicación a la producción de los logros de la revolución científica y tecnológica.

Adolfo Sánchez Vázquez escribió en 1985 que "el socialismo real no es socialismo", que la transición según la concepción de Marx no era al socialismo sino al comunismo, mediante dos fases, fundamentando la transición en "las posibilidades engendradas por el capitalismo desarrollado".[5]

Refiriéndose a la revolución rusa de 1917, dijo:

> Se demostró, en efecto, que en un país atrasado desde el punto de vista del desarrollo capitalista, convertido en el eslabón más débil de la cadena capitalista mundial (Lenin), en virtud de las consecuencias de la guerra y de la correspondiente descomposición del Estado burgués, se podría romper dicha cadena. [Adelante prosigue:] No se realizó en cambio la posibilidad —*prevista por Marx para los países capitalistas desarrollados*— de iniciar la transición del capitalismo *al comunismo*. [Todas las cursivas son mías. Continúa el filósofo:] En las condiciones históricas concretas en que se desenvolvía la joven república de los soviets, Marx, el de la *Crítica al Programa de Gotha, habría considerado imposible esa perspectiva*. Lo que se dio realmente fue *la posibilidad* —no prevista por Marx— *de emprender en otro tipo de transición la construcción del socialismo. Se trataría, entonces, no de la transición al comunismo, sino de la transición a la transición en términos marxianos, o sea, al socialismo.* [En 1987 reitera su criterio de que Marx nos dejó] la idea de una nueva sociedad o fase inferior de la sociedad comunista que ha de surgir *necesaria* —pero no inevitablemente— *sobre la base de las posibilidades engendradas por el capitalismo desarrollado.*[6]



Un fragmento completo de tales tesis lo encontramos en el autor italiano Attilio Chitarin. Dice Chitarin:

> La problemática de la transición del capitalismo al socialismo (y no al comunismo pleno) nace en la práctica y en la teoría cuando la revolución rusa, estallada en un país retrasado, se encontró aislada, "sola". Es el fruto del fracaso o del retraso persistente de la revolución en el Occidente capitalista. Por eso creemos que la actual configuración de las deformaciones y dificultades que caracterizan a las sociedades socialistas [lo escribió antes de 1985] no son un desmentido a la concepción teórica de Marx y de Lenin, sino, por el contrario, constituyen, para decirlo con palabras de Lucio Colleti [el de la primera etapa], *la actualidad del discurso internacional de Marx y de Lenin*, para quienes la transformación socialista del mundo era impensable sin el aporte decisivo de la revolución triunfante en Occidente, vale decir, en el corazón y en las centrales mismas del capitalismo.[7]

La primera fase poscapitalista de la transición en Marx —sus elementos hipotéticos esenciales— no se identifica con el socialismo que conoció el siglo que está por concluir.

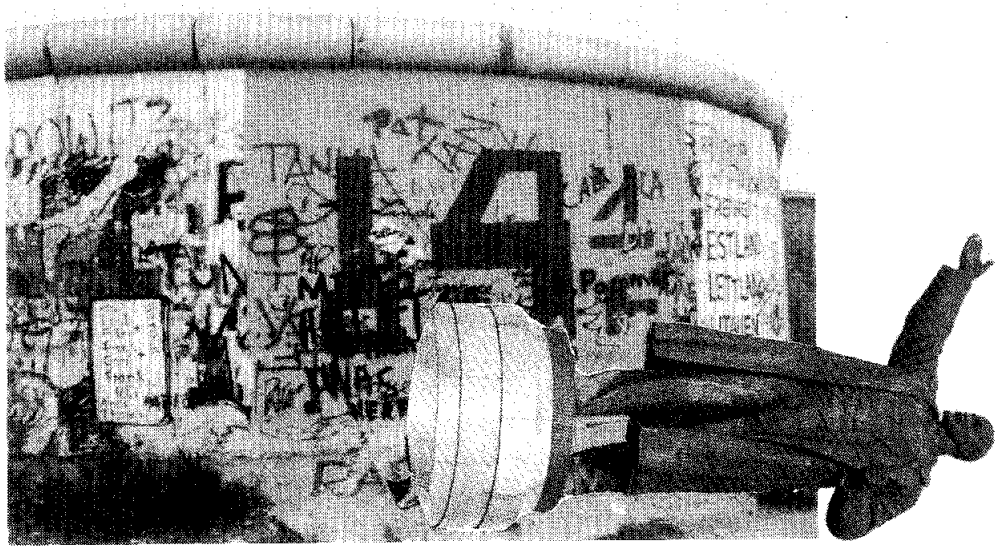
En primer término, la transición en Marx, en su etapa primera, implica apropiación, control y autogestión de los productores manuales e intelectuales respecto a los medios de producción y a la producción misma. Ya se ha dicho: el reverso de la colectivización de los instrumentos de la economía es la democracia proletaria de masas, que se expresa en el interior de la unidad productiva, la fábrica, y en los órganos del poder estatal. La sociedad, *los productores libremente asociados*, se expresan como democracia proletaria de masas a través de diversas formas: *representativa, directa, semidirecta, decisoria, consultiva*, pero en todo caso *participativa* y *autogestionaria*.

Sólo en un clima democrático tal es posible romper el despotismo, la jerarquización y el fraccionamiento o parcelación de la personalidad del obrero y demás productores en la fábrica y otras unidades productivas. A la democracia en la producción corresponde la democracia de los trabajadores en el control y autogestión del Estado.

La leyenda de un Marx autoritario, simpatizante del estatismo, es no más que eso, leyenda. En Marx no se trata de que el Estado absorba las funciones y tareas de la sociedad

(civil). Por el contrario, el objetivo inmediato es convertir el Estado, de "un órgano que está por encima de la sociedad, en un órgano completamente subordinado a ella". Así, la sociedad de los trabajadores será más libre. Lo que debe limitarse es "la libertad del Estado".

En lo expuesto se encierra el sentido de la tan tergiversada y controvertida dictadura del proletariado, que el estalinismo degeneró, transformándola en su contrario: dictadura despótica del Partido, dictadura despótica del autócrata, dictadura despótica de la minoría burocrática dirigente, dictadura entendida como sometimiento forzado de las masas trabajadoras



y gestión verticalista de "ordeno y mando". En la realidad, represiones inauditas.

El socialismo o primera fase poscapitalista, en Marx, significa erradicar el régimen de producción de mercancías, el tope histórico de la ley del valor, y de todas las formas mercantiles, y el plan social. La propiedad o apropiación de los instrumentos y medios productivos no corresponde al Estado, sino a los individuos asociados en forma libre y consciente.

El socialismo real o socialismo de Estado, como lo llaman algunos, no corresponde a las concepciones hipotéticas y teóricas de Marx, quien tenía en mente —repitámoslo una vez

más— clases trabajadoras aceptablemente cultas y preparadas, y con alguna tradición participativa democrática, propias de los países desarrollados.

Por razones de espacio no me refiero a la extraordinaria importancia que significa la idea de Marx en cuanto a que los trabajadores políticamente victoriosos deben luchar sistemáticamente contra todas las formas en que se manifiesta "la esclavizadora subordinación de los individuos a la división del trabajo".

Tal lucha, en Marx, implica la eliminación de la división de los individuos en trabajadores manuales e intelectuales, *en todas las esferas de la totalidad social*: en el campo de la política y el Estado, en los espacios de la actividad económica, en los ámbitos de la educación, la cultura y la ideología, etcétera. Sólo menciono tal temática, que asume la más alta importancia y que no podía ser afrontada globalmente por el socialismo real, dado el carácter despótico y distanciado de la sociedad, es decir, de las masas productoras, del Estado. *Tal tarea implica combatir la división y diferencia entre gobernantes y burócratas, de una parte, y productores, de la otra.*[8]

Tan distintas son las concepciones de Marx y las de los partidarios del socialismo realmente existente que la terminología misma cambió. Los conceptos "construcción o edificación del socialismo", "socialismo maduro" y otros no corresponden al marxismo clásico.

Carlos Marx pensó en el cambio revolucionario dentro de un sistema capitalista de poderosísimo desarrollo, a tal grado que, según algunos estudiosos, sólo la maravillosa revolución científica y tecnológica del presente y los avances educativos y culturales han podido configurar las condiciones objetivas óptimamente adecuadas para un cambio del régimen capitalista al régimen dirigido y controlado por obreros altamente capacitados, y demás sectores de asalariados, científicos, técnicos e intelectuales. Pensamos en las clases proletarias y trabajadores científicos, técnicos, profesionales e intelectuales de países como Japón, Alemania, los Estados Unidos, Francia, etcétera.

Al respecto deben señalarse las grandes equivocaciones —entre otras muchas— de los clásicos, al pensar que el sistema capitalista ya había agotado la posibilidad de desarrollar sus fuerzas productivas en el siglo XIX o a principios del XX.

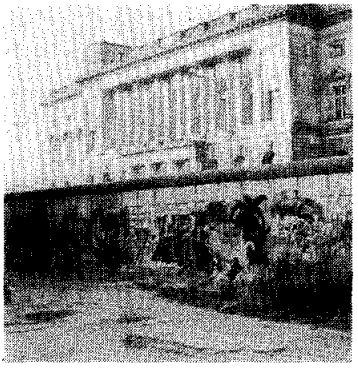
En los manuscritos que le sirvieron a Marx para la redacción del primer tomo de *El capital* aparece visualizada una sociedad capitalista de poderosísimo desarrollo. Me refiero a los textos conocidos como los *Grundrisse*. Éstos permanecieron perdidos durante muchísimas décadas y fueron descubiertos a fines de la segunda guerra mundial. No los conoció Lenin, ni posiblemente Engels. El marxismo-leninismo, Stalin mismo, los ignoró. En el marxismo-leninismo de procedencia soviética, el de los manuales, están ausentes. Fueron escritos en la década de los años cincuenta del siglo pasado. El famosísimo prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, de 1859, es una síntesis de tales trabajos. Los manuscritos completan, aunque con la escritura correspondiente a su índole, aspectos esenciales de *El capital* y en general de toda la obra de Marx.

En los *Grundrisse* aparece visualizada una sociedad capitalista de poderosísimo desarrollo, que se identifica con el presente histórico, en que tiene lugar una impresionante revolución científica y tecnológica, que, según algunos científicos, apenas está en sus comienzos.[9]

Escribe Román Rosdolsky que algunas de las hipótesis de tales manuscritos "sólo pueden leerse actualmente conteniendo la respiración", y que "lo que el solitario revolucionario alemán soñaba en 1858... ha ingresado hoy —pero sólo hoy— al ámbito de lo inmediatamente posible".[10]

Limitaciones de espacio me obligan a transcribir sólo algunas de las hipótesis contenidas en los *Grundrisse*.[11]

En la sociedad visualizada por Marx, el tiempo de trabajo inmediato pierde importancia y relación causal respecto a la producción y el producto. La trascendencia que antes tenían la cantidad de productores obreros y el tiempo de trabajo colectivo pasa, ahora, al "poder de los agentes de la producción". Tal cambio cualitativo se apoya en "el estado general de la ciencia y la tecnología". Marx prefigura un colectivo de trabajadores que se presenta "al lado del proceso de producción" y no como "su agente principal". El poder científico y tecnológico de los obreros y productores en general es lo importante, no el tiempo de trabajo social. "Este poder —su *powerful effectiveness*— no guarda relación con el tiempo de trabajo inmediato, sino con el estado de la ciencia", escribe Marx.



En este estadio social de capitalismo altísimamente desarrollado *lo decisivo es el tiempo libre*. "El ahorro del tiempo de

trabajo corre parejo con el aumento del tiempo libre, o sea, *tiempo para el desarrollo pleno del individuo, desenvolvimiento que a su vez reactúa como máxima fuerza productiva sobre la fuerza productiva del trabajo''*.

Así, sobre la base del desarrollo del individuo social, todo se trastrueca. Ahora ''el pilar fundamental de la producción'' no es, como ya se dijo, el tiempo colectivo de trabajo inmediato, sino ''la apropiación de su [del trabajador] propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio sobre la misma''. Es la *''ciencia que se objetiva y es*

materialmente creadora''. Se trata de un productor colectivo *''en cuyo intelecto está presente el saber acumulado de la sociedad''*.

Asociemos tales ideas a la automatización y robotización, aplicadas masivamente a la producción, con apoyo en la multiplicación de la capacidad de cada individuo gracias a la ''objetivación en los individuos de la ciencia y la tecnología''. Esta posibilidad o realidad la tenemos ante nuestros ojos. Obreros altamente capacitados y técnicos en los que se ''objetiva'' la ciencia y la tecnología los está formando ya, como nuevo tipo de productores directos, el capitalismo desarrollado en Japón, Alemania, los Estados Unidos, Francia, etcétera.

La producción que en el capitalismo tradicional realizan miles de obreros puede —y podrá cada vez más—, aumentándose progresivamente la productividad, ser realizada en el mismo tiempo por un centenar de productores en los cuales se ha "objetivado" la ciencia y la tecnología". Eso lo estamos viendo ya. Claro es, el sobrante de mano de obra lo resuelve el capitalismo, principalmente, con base en despidos o disminución del *status* laboral del obrero. El socialismo lo resolvería con fundamento en la disminución para todos los trabajadores de la jornada de trabajo diaria y el consiguiente aumento del tiempo libre, tiempo en el cual se capacitaría más aún el productor obrero, técnico o científico, lo cual redundaría en el aumento de la capacidad productiva.

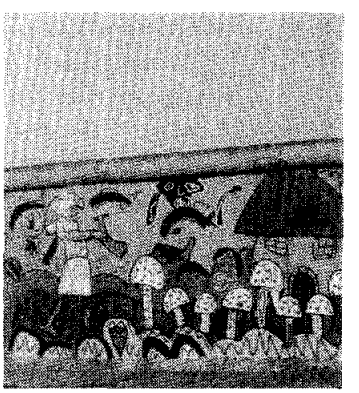
La base del proceso de producción automatizada y robotizada radica en el extraordinario instrumental producido por la revolución científica y tecnológica, y el "saber acumulado de la sociedad en cada individuo".

Reflexionemos sobre el párrafo siguiente:

> El desarrollo del capital *fixe* revela hasta qué punto el conocimiento o *Knowledge* social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del *general intellect* y remodeladas conforme al mismo. [Y] ...el trabajo se reduce a una pura abstracción.

En otro párrafo apunta Marx:

> ... el desarrollo de la fuerza productiva social será tan rápido que, aunque ahora la producción se calcule en función de la riqueza común, crecerá el *disposable time* de todos, ya que la riqueza real es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos. Ya no es entonces, en modo alguno, el tiempo de trabajo la medida de la riqueza, sino el *disposable time*.[12]



Y con la visión puesta en la sociedad posible del futuro, el socialismo, dice:

> Desarrollo libre de las individualidades, y por ende no reducción del tiempo de trabajo necesario con miras a poner plustrabajo, sino en general reducción del trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la formación artística,

científica, etcétera, de los individuos, gracias al tiempo que se ha vuelto libre y a los medios creados para todos.

Sólo mediante el tratamiento que da Marx al *individuo* se comprende el sentido fundamental y decisivo, que en la *Crítica al Programa de Gotha* le presta al "desarrollo del individuo en todos sus aspectos". Repito, el marxismo vulgar, el marxismo-leninismo, ha ignorado los *Grundrisse*, y por tanto no ha podido interpretar en toda su dimensión la *Crítica al Programa de Gotha* en aquellas líneas que rezan: "cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva..."[13]

¿Pudo elaborar sus hipótesis Carlos Marx prefigurando un socialismo surgido en la periferia del sistema capitalista sin cambios cualitativos en el polo desarrollado? ¿Puede haber relación esencial, directa, entre las hipótesis de Marx y la "construcción del socialismo en un solo país", proceso que se extendió después a otros países carentes de capitalismo desarrollado?

La relación de Marx con el llamado socialismo real, con el sistema estalinista, es indirecta y no esencial, y se expresa en aspectos muy generales, como la crítica a la explotación de las relaciones capitalistas, la supresión de la propiedad privada, el surgimiento de sociedades *no capitalistas* y la utilización ideológica de sus ideas. Se trata de una relación sumamente compleja. Atribuir a Marx la índole intrínseca del socialismo realmente existente es análogo a responsabilizar a Jesucristo de las acciones de la Santa Inquisición.

Es el marxismo-leninismo el cuerpo teórico-ideológico que corresponde al socialismo estalinista o estatalista. El marxismo-leninismo, la doctrina oficial de origen soviético, implica tergiversación de las concepciones de Marx y también de Lenin, y muchos elementos ideológicos, cuya función ha sido la de *legitimar* y *justificar* los procesos reales en los "países comunistas" desde fines de la década de los años veinte.

Se impone una nueva lectura de la obra de Marx, con filo crítico desbrozador de lo anacrónico y coherente con las experiencias históricas del último siglo y medio, y los aportes positivos, tanto de las diversas corrientes marxistas del siglo XX, como de las ciencias sociales y naturales. Tal

enjuiciamiento crítico de Marx implica un claro deslinde con el marxismo-leninismo. Y su objetivo práctico será rescatar las partes o elementos o aspectos valiosos, científicamente valiosos y vigentes, de sus teorías e ideas.

A mi entender, con Lenin se debe proceder igual, poniendo énfasis en su superación completa del marxismo-leninismo y clarificando su relación con el fenómeno Stalin y el estalinismo. Lo que de ambos autores tenga valor actual será útil en la creación de la nueva dialéctica revolucionaria que tanto necesitan en este dramático final de siglo los países del llamado

Tercer Mundo. Y las futuras luchas sociales de los productores, directos, científicos, técnicos (trabajadores de la cultura en general) y grupos medios de la sociedad, en contra del imperio del capital en el mundo.

Gabriel Vargas Lozano apunta que es preciso:

> 1) Rescatar el sentido original de la obra de Marx, considerándola en forma crítica. 2) Distinguir las aportaciones auténticas del marxismo, en la teoría y en la práctica, frente a las formas ideológicas que adoptó... 3) Establecer un nuevo enfoque de acuerdo a las necesidades actuales, incluyendo otras concepciones críticas del capitalismo y pensándolo desde un enfoque latinoamericano.[14]

También son justas y oportunas las siguientes proposiciones de Pablo González Casanova:

> La situación de los países llamados socialistas, y la situación del proyecto socialista en el Tercer Mundo y en el mundo, parecen plantear la necesidad de una triple lucha a nivel global. *Primero.* La defensa y solidaridad con los países del Tercer Mundo que mantienen proyectos socialistas —desde Cuba hasta Vietnam— y que luchan por ellos frente al imperialismo y frente a la restauración, pensando que a fin de cuentas será cada pueblo quien regule la características y tiempos de su propia revolución democrática. *Segundo.* El apoyo a los movimientos que en la URSS, en Europa del Este y en los "países de orientación socialista" luchan por un socialismo democrático y contra la restauración del capitalismo y de los grandes monopolios privados. *Tercero.* La lucha *esencial* contra la explotación de los trabajadores y por la democracia, contra la explotación y la dominación de la naciones, y por la democracia.

El párrafo anterior pertenece a un esclarecedor estudio de Pablo González Casanova.[15]

Todo lo anterior implica la reconstrucción del pensamiento y la cultura revolucionarios, la creación de una nueva dialéctica a la altura de las exigencias de los tiempos y de las aspiraciones y demandas de las nuevas juventudes del mundo.

La creación de la nueva dialéctica transformadora que tanto necesitan, en este final de siglo, los países del Tercer Mundo. Y, desde luego, útil a los futuros combates de las clases subordinadas —productores directos, científicos, técnicos, trabajadores de la cultura y segmentos medios— en los países superdesarrollados del capitalismo.

Por último, habrá que estudiar el último libro de Enrique Dussel, en el cual afirma:

> La *realidad* periférica latinoamericana, como lo sabía muy bien José Carlos Mariátegui, determina un discurso filosófico distinto; una recepción propia de Marx. Imitar simplemente la reflexión marxista del centro, no sólo la de Europa Occidental o de los Estados Unidos, sino aun la de Europa Oriental, es perder la referencia a los *hechos* históricos concretos. La *"relectura" latinoamericana* de Marx es única, distinta, original, por su "punto de partida": la *miseria* real, histórica y creciente de nuestro pueblo. Por definición debemos saber de nuestra

situación antagónica en la historia mundial de fines del siglo XX. El segundo siglo del marxismo, que se ha iniciado hace poco, no podrá ignorar las cuatro redacciones de *El capital*, lo que permitirá una renovación que con seguridad se producirá después de la desaparición de la moda superficial del posmarxismo.[16]

NOTAS

[1] Mijhail Gorbachov plantea una interpretación de los últimos textos de Lenin, con objeto de otorgar legitimidad a sus concepciones de "socialismo con mercado", bastante inconsistentes y sumamente discutibles. Se trataría de hacer de la NEP (Nueva Política Económica) una verdadera *estrategia* que acompañaría la "construcción del socialismo" indefinidamente.

En un libro de Ernest Mandel, titulado *¿Hacia dónde va la URSS de Gorbachov?*, de Editorial Fontamara, se plantean cuatro alternativas al condensado conjunto exasperado de contradicciones del proceso soviético. Una de éstas es la de la *posibilidad* de la adopción consciente de la clase de los trabajadores de toda índole: científicos, intelectuales, etcétera, de una línea autónoma, independiente, creadora de nuevos liderazgos comunistas, que iniciaría una verdadera revolución política proletaria y socialista. Después del frustrado golpe de Estado a Gorbachov, el proceso enfila hacia la implantación de un capitalismo puro y simple.

[2] Tal tipo de marxismo *vulgar* alimentó el estudio de legiones masivas de militantes socialistas en partidos de izquierda y de millones de estudiantes en los espacios académicos de toda América Latina. Mencionemos los nombres de Konstantinov y de Marta Harnecker como simbólicos ejemplos de una pléyade de autores de la URSS y de otros países realizadores de tal divulgación en masa del marxismo-leninismo. Independientemente de los buenos propósitos, en el caso de la compañera Harnecker, es indudable que tales prácticas produjeron un grave daño a la causa que se proponían fomentar.

[3] La corriente cristiana denominada Teología de la Liberación es parte esencial del nuevo pensamiento liberador y transformador que comienza a brotar en América Latina. El ateísmo en las luchas políticas le ha prestado un excelente servicio a las fuerzas del pasado, al imperialismo y la reacción.

[4] Prólogo a la primera edición de *El capital* y prólogo de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política* (resumen de los *Grundrisse*).

[5] "Mantenemos el objetivo que Marx fundamentó: el socialismo. Y con base en él no llamaremos socialismo a lo que realmente no lo es. El llamado socialismo *real* no es real porque no es socialismo... La transición al socialismo ha sido bloqueada". "Perspectiva de la democracia socialista", en *Ensayos marxistas sobre historia y política*, Editorial Océano, México, 1985, p. 193.

"Al cabo de casi siete décadas transcurridas, vemos que la transición iniciada no llegó a su término: el socialismo. Y vemos también que hoy por hoy el proceso permanece *estancado*, ya que no actúan las fuerzas sociales reales que pudieran romper ese *estancamiento*. La transformación de la propiedad social en propiedad estatal; de la dictadura del proletariado en dictadura de un partido, así como la existencia del 'Estado de todo el pueblo' como Estado separado y opuesto al pueblo, muestran claramente la *detención del proceso de transición al socialismo*; lo demuestra igualmente la ausencia de participación de los trabajadores en las decisiones generales al nivel de la economía y de la política [las cursivas son mías]." "En el umbral del siglo XXI: reexamen de la idea del socialismo", ensayo de enero de 1985. *Ensayos marxistas sobre historia y política, op. cit.*

[6] Revista *Mundo*, vol. 1, núm. 1, México, 1987. Ensayo: "Marx y el socialismo real / Análisis crítico".

[7] "Problemas de la transición del capitalismo al socialismo en la URSS". Attilio Chitarin, "Teoría del proceso de transición", en Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 46, pp. 126-127 y 129-130.

[8] Lo relativo a la enorme trascendencia de la estrategia permanente de la clase productora respecto a "luchar contra los esclavizadores efectos de la división del trabajo" en la esfera de la producción, en la órbita de lo político y el Estado, y en los demás espacios de la sociedad, los trato detalladamente en mi libro *¿Saltar al reino de la libertad? / Crítica de la transición al comunismo*, vol. 1, Siglo XXI Editores, México, 1988.

[9] Ver en la obra antes citada juicios míos en el capítulo titulado "Capitalismo altamente desarrollado y transición (los *Grundrisse*)", en *ibid.*, pp. 116 y ss. También, en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Siglo XXI Editores, México, 2 ts.

[10] Román Rosdolsky, *Génesis y estructura de* El capital *de Marx (Estudios sobre los* Grundrisse), Siglo XXI Editores, México, 1978.

[11] Véase un tanto más en detalle el capítulo "Capitalismo altamente desarrollado y transición (los *Grundrisse*)" de mi libro antes citado.

[12] "En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del *cuánto* de trabajo empleado que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que, a su vez, su *powerful effectiveness* no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción". *Grundrisse*, t. 2, pp. 227 y 228.

[13] "En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital, *cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas* y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!

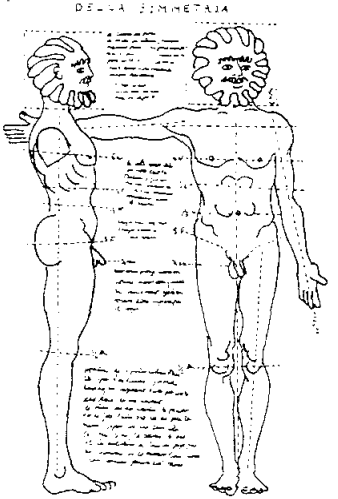
Crítica al Programa de Gotha, en *Obras escogidas Marx-Engels*, Editorial Progreso, Moscú. *"... surgirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos"*, en *Manifiesto del Partido Comunista.*

[14] Gabriel Vargas Lozano, "¿La historia ha terminado?", en *Plural*, núm. 229, México, octubre de 1990.

[15] Pablo González Casanova, "El socialismo como alternativa global (una perspectiva del Sur)", ponencia en el Coloquio Internacional Centro Cultural San Ángel, México, octubre de 1990.

[16] Enrique Dussel, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, Siglo XXI Editores, México, 1990.

Actuel Marx



Le marxisme analytique anglo-saxon

puf

ACTUEL MARX

Revue internationale consacrée au marxisme
publiée aux P.U.F., avec le concours du C.N.R.S. et de l'Université de PARIS-X
Revue interdisciplinaire et critique
Discute les problématiques nouvelles et l'actualité théorique
Deux numéros-livres de 208 pages par an.

Abonnement : 180 FF (étranger : 230 FF, le numéro : 105 FF), à adresser à : PUF - 14, av. du Bois-de-l'Epine, BP 90, 91003 EVRY CEDEX . Tél : (1) 60.77.82.05

Philosophy&SocialCriticism

PHILOSOPHY & SOCIAL CRITICISM

PHIL SOP SOCI CRIT SM

Focusing on:

- American philosophy
- Continental thought
- Politics
- Ethics
- Law
- Hermeneutics
- Literary theory
- Cultural critique
- Modernity and postmodernity

Subscriptions (1 year):

Library: $70 US & Canada / $78 Foreign
Individual: $25 US & Canada / $27 Foreign
Full-time student: $20 US & Canada / $23 Foreign

Mail to: **Philosophy & Social Criticism;**
David Rasmussen, Editor Dept of Philosophy,
Boston College, Chestnut Hill, MA, 02167, USA

LAS ELECCIONES DEL 18 DE AGOSTO Y LA DEMOCRACIA DE MERCADO

gabriel vargas lozano

El pasado 18 de agosto se realizaron en México elecciones que por sus características, resultados y consecuencias adquirieron una enorme trascendencia para el país. Se trataba de renovar la Cámara de Diputados y la mitad de la de Senadores; elegir a seis gobernadores de estados de la república (Sonora, San Luis Potosí, Guanajuato, Querétaro, Colima y Campeche), cámaras locales, ayuntamientos y a los representantes a la Asamblea del Distrito Federal. Pero eso no es todo. Las elecciones también constituían para el gobierno actual la prueba de fuego de su legitimidad, puesta en entredicho en 1988, y la fuerza necesaria para continuar su estrategia económica y política, de la que forman parte esencial las negociaciones del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá.

Las elecciones de 1991 fueron precedidas por dos procesos previos. En primer término, la aprobación de una reforma electoral que dio como resultado el Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (Cofipe), y, en segundo, la elaboración de un nuevo padrón electoral que tuviera una mayor confiabilidad. Sobre el Cofipe, la oposición de izquierda se opuso principalmente a tres puntos: el hecho de que todo el proceso electoral quedara de nuevo en manos del gobierno y su partido; la calificación de dicho proceso por parte de los diputados elegidos por mayoría, lo que equivale a una autocalificación, y por tanto, la no existencia de instancias de apelación independientes, y, finalmente, la llamada cláusula de gobernabilidad, consagrada en el artículo 13 del Cofipe, que otorga al partido que obtenga 35 por ciento de la votación nacional una mayoría de representantes que le permite decidir sin alianzas sobre los destinos de la nación. Esta reforma fue aprobada gracias al apoyo del Partido Acción Nacional y de otros partidos afines al gobierno. En relación

con el nuevo padrón, de un total de 44 millones de electores posibles, fueron registrados 39; recibieron su credencial 36 millones 380 mil, y no pudieron emitir su voto por falta de ella 7 millones 800 mil, según cifras oficiales. La oposición de derecha y de izquierda denunciaron también la existencia de un criterio de selectividad en la entrega de credenciales a favor del PRI.

En la campaña electoral desarrollada por el partido oficial, se observaron fenómenos viejos y nuevos. Los tradicionales fueron el clientelismo, la realización de actos de gobierno magnificados para favorecer a sus candidatos, el uso de recursos económicos multimillonarios para las campañas y la elección de actores de cine y televisión como candidatos carismáticos ante el pueblo. Lo nuevo fue la aplicación de una estrategia muy bien diseñada cuyos efectos se fueron observando poco a poco y que incluyó lo siguiente: *a*) la diversificación del voto oposicionista, al otorgar el registro condicionado a partidos de oposición. Así, el ciudadano común se enfrentó con diez opciones electorales, a diferencia de las elecciones de 1988, en que tenía prácticamente tres: el PRI, el PAN y el Frente Democrático Nacional. Hoy, los partidos oposicionistas con registro condicionado se enfrentaron con la realidad de que no han podido lograr el registro o lo han perdido. Según los resultados oficiales, pierden esta posibilidad el PT (Partido del Trabajo), el PEM (Partido Ecologista de México), el PDM (Partido Demócrata Mexicano) y el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), que había actuado como coalición del socialismo revolucionario. Quedan en el panorama PRI, PAN, PRD, PPS, PFCRN y PARM; *b*) se inicia una campaña masiva, a través de los medios de comunicación, y en especial de la televisión, que se ha convertido en el instrumento más eficaz de manipulación, tanto para el voto en general, como para el voto a favor del PRI. El elector es tratado como un consumidor al que hay que inducir a determinadas actitudes a través de un mensaje subliminal. Estos procedimientos son muy conocidos en los países altamente desarrollados como democracia de mercado, y hemos palpado sus resultados; *c*) se coopta a destacados miembros de la oposición, entre ellos, al mismísimo líder del PRD en la Cámara de Diputados, quien acepta una embajada, y se otorga el registro de tres candidatos a la gubernatura de Guanajuato que, ante la opinión pública, tenían problemas legales que fueron dudosamente justificados. Los candidatos del PRI y del PRD, por no tener arraigo en dicho estado, y el del PAN, por haber tramitado extemporáneamente su nacionalidad mexicana; y finalmente, *d*) se apoya fuertemente al Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional para que siga dividiendo el voto nacionalista, al utilizar la figura de Lázaro Cárdenas, enfrentándola a la del líder nacional del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas.

Pero en el caso de la izquierda, y en particular en el PRD, ¿qué es lo que ha ocurrido? En 1988 se integró un Frente Democrático Nacional por varios partidos. Este frente logró un impresionante apoyo por parte de amplios sectores del pueblo, pero al no lograrse la reivindicación del triunfo, el FDN se desintegró y los partidos que lo conformaron siguieron diversos rumbos, con excepción del PMS, que puso su registro a disposición de un nuevo partido: el Partido de la Revolución Democrática. A este partido confluyeron principalmente tres grandes sectores: uno de expriístas, otro procedente de grupos socialistas y otro más conformado por elementos de diversa extracción a favor de reivindicaciones democráticas. Ahora bien, en estos tres años el PRD no ha logrado conformar una unidad orgánica interna y

una plataforma programática identificable por el ciudadano común como una opción concreta, más allá de la denuncia de la política neoliberal del régimen; la diferenciación entre partido y Estado; la reivindicación de una democracia cuyos perfiles no se establecen con claridad, porque justamente, lo que se ha vivido hoy, sin los fraudes escandalosos, naturalmente, es una probadita de la democracia política tal como se le entiende en los países desarrollados, y no una democracia radical (que vinculara la justicia económica, política, cultural y étnica), como la que podría reivindicarse; y la recuperación de la herencia de la revolución mexicana, sobre la cual tampoco hay acuerdo entre sus miembros. Mientras esto persista, la unidad del PRD seguirá deteriorándose.

Finalmente, agreguemos que forman parte del marco político el colapso de los regímenes postestalinistas, que por su autoproclamado carácter socialista generaron la colosal identificación entre el auténtico socialismo (no realizado en ninguna parte y que se conserva como ideal) y aquellas sociedades. Esta impresionante crisis provocó, entre otras cosas, la bajísima votación que recibiera la opción del socialismo revolucionario.

El 18 de agosto, el electorado acudió a las urnas como nunca, en una proporción de 67% (24 156 255 votos). ¿Por qué? Los factores van desde la manipulación hasta la conciencia del ciudadano. En el Distrito Federal existió una mayor vigilancia de las urnas por parte de la oposición, cosa que no ocurrió en provincia. El PRI obtuvo una mayoría cómoda en las cámaras de Diputados, de Senadores, Asamblea, en ayuntamientos y gobernadores. Los reveses más notables han sido los de Guanajuato, en que su candidato ha tenido que renunciar a tomar posesión del cargo de gobernador debido a la situación de ingobernabilidad en que se encuentra ese estado, y San Luis Potosí, en donde existe también un fuerte rechazo al fraude electoral. Los partidos han impugnado la votación, pero no tendrán éxito, aunque pudiera haber, como siempre, negociaciones parciales. La sorpresa mayor provino de la crecida votación que tuvo el Partido Ecologista, pero no creo que se pueda confundir un estado de ánimo del ciudadano frente a la contaminación ambiental con un voto a favor de un partido que hasta ahora no ha definido en forma precisa una plataforma política. Quedan, sin embargo, varias cuestiones: *a*) se requiere legislar sobre la procedencia de los recursos económicos de los partidos; *b*) si la oposición no logra un acceso a los medios de comunicación similar al partido oficial, poco podrá hacer a la hora de la verdad; *c*) si la oposición pierde mediante un fraude escandaloso, ¿qué alternativa puede ofrecer a los ciudadanos burlados?; y *d*) el PRI venció, ¿pero convenció? Sólo el pueblo lo podrá decir.

CUBA: ¿HAY UNA SALIDA?

lucio oliver

La sociedad cubana atraviesa por una situación de extrema gravedad. El aislamiento mundial creciente del régimen de partido de Estado, los problemas económicos internos y la decisión norteamericana de no detenerse ante nada para acorralar al Estado cubano y calificar a su dirigente de dictador exigen un análisis despejado de la situación. Por otra parte, la cuestión del socialismo en Cuba adquiere hoy una nueva dimensión ante el derrumbe del sistema socialista regional, el colapso del socialismo de Estado en la Unión Soviética y la disolución del PCUS.

Como consecuencia del término abrupto de los lazos económicos que Cuba mantenía con la URSS y los países de Europa Oriental, los cubanos están viviendo una situación de emergencia nacional que ha llevado a la "aplicación del Plan de periodo especial en tiempos de paz", que consiste en movilizar a la población para enfrentar organizadamente las carencias provocadas por la falta de abastecimiento suficiente de petróleo, materias primas, productos alimenticios e insumos industriales por parte de los países que anteriormente integraban el Consejo de Ayuda Mutua Económica del sistema socialista regional (CAME).

La aparición de problemas económicos serios a raíz de la ruptura de lazos económicos con el sistema regional de socialismo demuestra que la organización económica cubana tenía como sustento de su reproducción ampliada los vínculos externos, y que se trataba de un socialismo sumamente dependiente. Remontar la situación de dificultad extrema provocada por los cambios internacionales conlleva rehacer la economía socialista a partir de los recursos propios y de una nueva inserción en la economía mundial. Para esto se requiere una nueva apreciación del mundo de finales de siglo y de la experiencia socialista del siglo XX.

Fidel Castro asume la situación actual como grave, pero pasajera. Lo que aún no parece estar claro en él es una real apreciación del carácter de su transitoriedad. Se supone que se trata de un periodo en el cual Cuba tiene que: *a*) esperar a tener los elementos para medir el alcance de los cambios mundiales caracterizados por la desaparición del socialismo en Europa del Este y por las transformaciones que provocó la *perestroika* en la URSS; *b*) ir definiendo su futura inserción económica en el mercado mundial dentro de la perspectiva de la globalidad y de los mercados regionales; y *c*) buscar nuevas modalidades de defensa de su autodeterminación nacional y de su vínculo con América Latina ante la reconstitución unipolar del mundo bajo la hegemonía norteamericana.

La dirección del Estado cubano considera que los problemas se pueden superar si se mantiene el modelo socialista seguido hasta ahora —con rectificaciones que introduzcan ajustes relacionados con las nuevas necesidades mundiales.

Los problemas de Cuba pueden, empero, derivarse de otras causas, tal vez no consideradas por los dirigentes del Estado cubano. Quizá la principal se encuentre en el propio orden de socialismo de Estado que prevalece en la isla.

El fracaso del socialismo de Estado en el mundo no está circunscrito a un espacio geográfico determinado, ni a un tiempo específico: se trata de una crisis profunda y perdurable.

La historia y la política han cuestionado un tipo específico de socialismo: el sistema basado en la conducción estatal preeminente y excluyente de la economía, la sociedad, la política y la ideología. Contrariamente al proyecto y a las hipótesis clásicas —de Marx, Engels, pero también de Lenin— el socialismo del siglo XX no se desarrolló ante todo como movimiento social autónomo, sino como proyecto de Estado, en sociedades urgidas de superar el atraso. La condiciones internacionales de hostigamiento y bloqueo capitalistas llevaron a construir un socialismo de Estado cerrado. La "cortina de hierro" fue una calificación ideológica antisocialista, pero dio en el clavo: los procesos internos de esos países transcurrían en la oscuridad —o en la luz artificial— de un sistema cerrado dominado por el Estado. [1]

Cuba no constituye una excepción en cuanto al socialismo de Estado, aun cuando su proyecto socialista haya tenido como punto de partida una gran revolución nacional y popular. Si se revisan con atención las diversa fases por las que ha atravesado la construcción del socialismo en Cuba se aprecia cómo el Estado sustituyó a la sociedad en la definición y conducción del proyecto socialista, aun cuando haya tenido el consenso activo de un movimiento de masas. El experimento crítico de la zafra de 1970 y el destino burocratizado de las iniciativas económico-políticas tomadas desde 1975 —descentralización económico-administrativa, Asamblea del Poder Popular, Constitución nacional, Código de Familia, etcétera— tuvieron mucho que ver con la preeminencia del Estado en el proceso. El funcionamiento real del socialismo, opuesto a la participación creadora de masas, criticado parcialmente por la política de "rectificación de errores y tendencias negativas" de 1986, demuestra que el Estado ha controlado y determinado el proceso cubano en aspectos esenciales.

El Estado en Cuba está basado en un sistema de partido único de Estado y de poder unipersonal, en coexistencia con órganos de poder popular que tienen una actividad local muy intensa y una vida nacional subordinada a la dirigencia del Partido Comunista. Bajo el férreo control estatal de la economía, la política y la ideología, y en ausencia de un debate abierto y sin restricciones sobre el socialismo deseable y posible, no puede hablarse de que la sociedad cubana sea la verdadera creadora y sostén del socialismo.

La dirigencia cubana justifica el peso del Estado —y del partido de Estado— por la necesidad de mantener una unidad nacional profunda frente al acoso permanente de los gobiernos de los Estados Unidos, cuya política ha sido siempre, y sigue siendo, agredir e intentar intervenir en el proceso interno de Cuba.[2] Sin embargo, tal como lo demostraron los acontecimientos de Europa del Este y la Unión Soviética, la verdadera unificación nacional no surge de las limitaciones a la actividad político-ideológica de la población, sino de la participación democrática plena de la sociedad.

El socialismo cubano también lleva en su interior las contradicciones de un sistema cerrado y burocrático, mismas que seguramente van a aparecer en la medida en que siga faltando el apoyo de los otros países antes socialistas.

Ése es precisamente el problema interno

de la sociedad cubana actual y que la dirigencia persiste en ignorar. Hoy día hay llamados a reforzar la unidad interna y a abrir una imprescindible discusión pública sobre el futuro socialista (para el próximo IV Congreso del Partido Comunista de Cuba). No obstante, a esa discusión no se le permite salir de los lineamientos ideológico-políticos impuestos por el Estado, el Partido y la conducción personal de Fidel Castro.

En el plano exterior, el problema de Cuba está dado por los frenos a su desarrollo que le impone su situación todavía en gran medida monoexportadora, los cambios en el anterior sistema socialista regional, las restricciones de un mercado mundial dominado por las potencias capitalistas y la agresiva política intervencionista del gobierno norteamericano.

El Estado cubano ha asumido una política opuesta a los cambios de fines de siglo. Su posición ha sido no aceptarlos, sosteniendo que se trata de claudicaciones socialistas, de un retorno al capitalismo de sociedades que se entregan a un planeta dominado por la hegemonía del imperialismo norteamericano.

Económicamente, sin embargo, el Estado no ha logrado definir el futuro de una isla socialista en un mundo capitalista, problema de indudable complejidad, que, asumido de forma defensiva, puede llevar a que el socialismo actual degenere en un experimento colectivo agrario atrasado, muy distinto del proyecto marxista de socialismo a escala mundial. Políticamente ha considerado que la defensa del socialismo pasa por sostener a toda costa el socialismo de Estado. Los sacrificios económicos y políticos que esta política impone a la sociedad cubana pueden llevar al Estado a un aislamiento de la población.

Una política defensiva como la adoptada hasta ahora por la dirigencia de Cuba no frena las intenciones espurias del gobierno de Bush, crecido por sus triunfos militares en Medio Oriente y por la falta de brújula polí-

tica de las sociedades y los dirigentes de las revoluciones democráticas de los otrora países socialistas de Estado.

Por su parte, la contrarrevolución cubana está preparada económica y políticamente para el recambio, y sólo espera verse favorecida por un ahogamiento interno y externo de Cuba. En esa lucha, los dirigentes del Estado socialista cubano están dispuestos a morir, pero habría que preguntarse si esa misma actitud tomaría la mayoría de la población, y especialmente los jóvenes, en un contexto de falta real de perspectivas para el socialismo de Estado.

Es indudable que una salida por el lado de un socialismo autogestionario, democrático y abierto implicaría problemas y contradicciones, así como una renovada elaboración teórico-política sobre el socialismo del siglo XXI. Estaría, empero, más de acuerdo con la aspiración participativa interna, con las necesidades de la época y expresaría una posición ofensiva ante el mundo, que sería bien recibida y apoyada por grandes masas de trabajadores de los países capitalistas y por varios gobiernos progresistas. En América Latina reviviría el tradicional apoyo a la revolución cubana y estimularía una defensa regional y mundial de la autodeterminación nacional y el pluralismo, que detuviera los sueños intervencionistas de un gobierno alentado por su predominio mundial.

Modificar profundamente el socialismo ahora evitaría, quizá, el retorno al capitalismo de una sociedad que ha buscado con dignidad regir su propio destino. Un socialismo abierto y democrático, por lo demás, estaría mayormente de acuerdo con la autodeterminación del pueblo cubano, con los ideales de los fundadores del marxismo y con la realidad del mundo de hoy.

Presionados por su situación económica interna, por la opinión pública internacional y por algunos gobiernos afines, los cubanos están considerando algunos cambios en la dinámica de sus instituciones políticas: quizá se proponga próximamente la elección directa de representantes de las asambleas del Poder Popular y hasta un referéndum sobre la dirigencia nacional del Estado, incluyendo a Fidel Castro. Estos cambios, empero, no recogen lo esencial: trasladar el proyecto de socialismo de manos del Estado a manos de la sociedad, para que sea ésta la que determine el rumbo de los cambios y el papel de las instituciones. Para ello se tendría que empezar por una separación real entre partido y Estado, con el fin de que el primero fuese expresión de la organización, conciencia, participación y proyecto de un movimiento socialista autónomo y no una emanación del poder. Ésa, que aún no se logra en ninguna otra parte, parece, sin embargo, ser la única salida profunda de la situación actual.

NOTAS

[1] La hipótesis sobre la existencia de un socialismo "de Estado" no es puramente teórica; la dio la política, es decir, la actividad revolucionaria de grandes mayorías nacionales en oposición al proyecto socialista de Estado de esos países. Economía centralmente planificada bajo lineamientos de una burocracia estatal; sociedad controlada y sometida a las férreas reglas de una dirigencia estatal; política e ideología encerradas en el interior de un sistema de partido de Estado, cuyos dirigentes son propietarios exclusivos del proyecto y su doctrina.

[2] Es bastante larga la serie de actividades que el gobierno y los organismos dedicados a ello en los Estados Unidos han hecho para agredir al régimen e intervenir en la soberanía de Cuba. Están, por ejemplo, últimamente, las iniciativas de Radio Martí, TV Martí, las campañas de acoso sobre la supuesta falta de derechos humanos, las acusaciones a Cuba de seguir interviniendo en Centroamérica, las imputaciones a Cuba de vivir bajo una dictadura, etcétera.

CONFERENCIA DE ACADÉMICOS SOCIALISTAS

Conferencia de Académicos Socialistas (Socialist Scholars Conference), Manhattan, Nueva York, 5 al 7 de abril de 1991.

La Novena Conferencia Anual de Académicos Socialistas (Socialist Scholars Conference) tuvo lugar del 5 al 7 de abril de este año. Se necesitaban muchos salones, ya que siempre había más de veinte mesas de discusión en cada una de las tres sesiones diarias.

Esta variedad de posibilidades hacía verdaderamente difícil la decisión de qué mesa sería la mejor para tal o cual sesión. Una posibilidad era el seguimiento de nombres conocidos, de las *estrellas* de la Conferencia. Éstas tendrían que incluir al yugoslavo Bogdan Denitch, coordinador de la Conferencia y cuyos libros más recientes incluyen *Límites y posibilidades: la crisis del socialismo yugoslavo y los sistemas de socialismo estatista* y *El fin de la guerra fría: unidad europea, socialismo y el cambio en el poder global* (los dos de la University of Minnesota Press). Había también *estrellas* mundialmente conocidas, como Ernest Mandel, Samir Amin y Paul Sweezy. Otro nombre que valía la pena seguir era el de Cornel West, marxista y profesor de teología, autor de *Las dimensiones éticas del pensamiento marxista*, publicado por el ubicuo *Monthly Review Press*, y cuyas ponencias parecían sermones desde una iglesia negra. También interesaban las intervenciones del periodista Daniel Singer, el a menudo pesimista pero siempre perceptivo corresponsal en Europa de la revista *The Nation*. (Él cubría Europa del Este antes, durante y después de 1989.)

La otra alternativa era escoger por temas, que incluían desde el (preponderante) nuevo orden mundial hasta el ecofeminismo, pasando por aspectos de la política interna estadounidense, las alternativas para el Tercer Mundo, Gramsci, el tratado norteamericano de libre comercio y, por supuesto, la crisis actual del socialismo real. Para alguien interesado en América Latina era notable la falta de mesas sobre esta región —menos de diez en total, y algunas de estas compartidas con países como Vietnam—. Dos mesas relacionadas con América Latina que tuvieron bastante éxito fueron la de "Democracia en Cuba", en la que hablaron Thalia Fung, de la Universidad de La Habana, y Pablo Guadarrama, de la Universidad de Las Villas, Cuba (que llenó un pequeño salón), y otra sobre el Tratado de Libre Comercio. En esta última participaron Pablo González Casanova y Adolfo Aguilar Zínser, por el lado mexicano, y se llenó un aula de cupo mediano.

Algo aún más sorprendente fue la ausencia de un latinoamericano en la mesa sobre alternativas para el Tercer Mundo. Esta discusión incluyó, además de Harry Magdoff, editor de *Monthly Review*, a dos africanos, Samir Amin y Mahmood Mamdani, y una hindú, Gita Sen, del estado de Kerala (que, ella afirmó, fue el primer lugar del mundo donde llegó al poder a través de elecciones democráticas un partido comunista, que ganó la mayoría de la cámara estatal en 1957). En esta mesa se dio una discusión fascinante que entretejió los temas de democracia, soberanía, autonomía, desarrollo y socialismo desde una perspectiva netamente tercermundista y, a través de constantes referencias a la participación política de cada ponente, vinculada a movimientos populares.

Samir Amin contribuyó con algunos cambios en su teoría de *delinking* o la *desconexión* del mercado mundial capitalista, cambios

promovidos por la cambiante realidad de Europa del Este. El intercambio igual entre el Tercer Mundo y Europa del Este o la URSS, afirmaba, ya no está en la agenda, porque "Europa del Este mira hacia Occidente". Ni siquiera habrá muchas oportunidades de cooperación de Sur a Sur, debido a la cada vez mayor globalización del mercado capitalista. Por lo tanto, seguía Amin:

> ...creo que la idea de crear condiciones más favorables, o menos desfavorables, para el desarrollo del Sur a través de cambios a nivel global... son ilusiones... La meta de un nuevo orden mundial debe mantenerse, pero como algo lejano, como el socialismo, y creo que lo lograremos juntos. Antes hay que aceptar, con todas sus limitaciones, que la autonomía nacional es importante.

A diferencia de Samir Amin, quien habló sobre el Tercer Mundo en general, el otro ponente africano que participó en la mesa, Mahmood Mamdani, intentó una apreciación sobre el socialismo y los movimientos populares de su continente. Comentó que "el modelo revolucionario en África era revolución desde arriba y afuera —exiliados que llegan a liberar al pueblo, quienes han sido entrenados en el exterior—. Pero en Sudáfrica este patrón cambió con el movimiento de conciencia negra que planteó que la liberación se tiene que hacer por los oprimidos mismos".

Gita Sen planteó que, después de toda una década de "devastación casi total —no hay otra palabra adecuada— de la capacidad de la gente para mantenerse", y desde una historia de lucha a través de "microproyectos", no era sorprendente que la gente que participa en movimientos populares del Tercer Mundo todavía no pueda explicar cómo "hacer la transición de una asociación de mujeres autoempleadas a transformaciones al nivel de la economía y planificación nacionales".

En otra mesa, con Bogdan Denitch, Ernest Mandel y otros ponentes venidos desde Europa del Este, el ambiente era de desencanto; predominaba la decepción de los checos por el curso que ha tomado la llamada *Revolución de Terciopelo*. Jirina Siklova, miembro de la Carta 77 y con una trayectoria de disidencia que se remonta al '68, que incluyó una estancia en la cárcel bajo el anterior régimen autodenominado socialista, sin embargo no tuvo una reacción de rechazo hacia el socialismo y de aceptación acrítica del capitalismo; afirmó, por el contrario, que no es posible que el mercado solucione todo, como algunos parecen creer actualmente. Jan Kavan, editor del *Informe sobre Europa del Este*, expresó el sentimiento dominante en esta mesa cuando dijo que "las esperanzas de la revolución checa se disolvieron como la nieve del invierno pasado".

Bogdan Denitch, Ernest Mandel y Paul Robeson, Jr., participaron, el domingo en la tarde, en una de las discusiones más concurridas de la Conferencia, y donde el público se divirtió más, con las amistosas pero agudas críticas que intercambiaron los ponentes. Cada uno dio su interpretación de la crisis actual del socialismo soviético. Robeson, Jr. (hijo del famoso cantante comunista negro que fue perseguido durante el macartismo), enfatizó la importancia del nacionalismo de los soviéticos, el cual "contiene la explicación de su actitud hacia Occidente, ya que mantienen su autonomía y soberanía".

Mandel fue menos optimista, al afirmar que

> ...no hay revoluciones desde arriba... Lo que Gorbachov está haciendo es un intento de reforma desde arriba para prevenir la reforma desde abajo. No hay una verdadera revolución desde abajo por falta de conciencia entre el pueblo soviético... Por eso la *glastnost* es tan importante. Los soviéticos

> tienen que luchar contra la privatización y contra los límites a la democracia, para poder desarrollar una conciencia de clase. Esto es un proceso largo... sólo hay el comienzo de una democracia autónoma en la URSS, entre los mineros por ejemplo.

Denitch, con una concepción no tan diferente de la de Mandel, aunque él mantuviera que no coincidían, planteó que "la opción que veo para la URSS es de una larga lucha para hacer la transición a una democracia que precede al socialismo". Añadió una sugerente explicación de los elementos irracionales de la actuación popular en la crisis actual de Europa Oriental: "un resultado de los años de dictadura es un rechazo general de la política y la organización. Entonces, ¿qué pueden hacer con su rabia los trabajadores, el pueblo, si rechazan organizarse? No pueden crear sus propias alternativas... Por eso hay reacciones patológicas, como la amenaza de los mineros de inundar las minas y destruir su fuente de ingreso".

Esta Conferencia dio cauce a una búsqueda, en este fin de semana colectivo, de explicaciones de las variadas facetas de la crisis del socialismo real y de nuevos horizontes socialistas. También estuvo en evidencia una preocupación por los movimientos políticos —populares, obreros, feministas, verdes y de todos los colores— realmente existentes. De una manera que parece paradójica, pero quizá no lo es tanto, en esta reunión de académicos y activistas la crisis del socialismo real contribuyó a producir un fermento rico, creativo y variado de pensamiento socialista.

Betania Allen

El pensamiento de Marx en los umbrales del siglo XXI

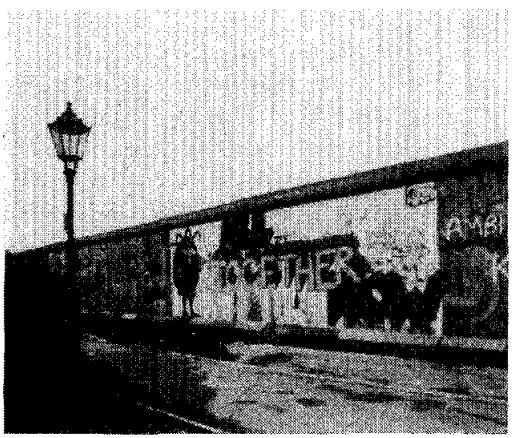
Del 26 de noviembre al 4 de diciembre de 1990, se llevó a cabo un ciclo de mesas redondas con el tema de "El pensamiento de Marx en los umbrales del siglo XXI", en la ciudad de Chilpancingo, Guerrero, bajo el patrocinio de la Universidad Autónoma de Guerrero, el Instituto Guerrerense de la Cultura, la Escuela de Ciencias Económicas y la Dirección de Asuntos Académicos de la propia Universidad. Las ponencias de este ciclo se publicarán en un libro que aparecerá próximamente.

IV Simposio de Filosofía Contemporánea

Del 2 al 5 de julio pasado se celebró en la Unidad Iztapalapa de la UAM el IV Simposio Internacional de Filosofía Contemporánea, dedicado al tema "Las filosofías a finales del siglo XX / Crisis y renovación". En este simposio se debatieron temas de filosofía analítica, filosofía política, filosofía de la ciencia, filosofía y religión, filosofía latinoamericana, las perspectivas de la filosofía al final del siglo y la filosofía marxista, entre otras. Asistieron a este simposio relevantes pensadores nacionales y del exterior. En la mesa destinada a reflexionar sobre las perspectivas de la filosofía marxista participaron el doctor István Mészáros, el doctor Enrique Dussel, el maestro Jaime Labastida, el doctor Néstor García Canclini y el maestro Gabriel Vargas Lozano.

Conferencia de la Izquierda Socialista

Los días 27 y 28 de octubre pasado se llevó a cabo en la sede de la Universidad Obrera una Conferencia Nacional de la Izquierda Socialista, convocada por siete organizaciones, entre las que figuraba la revista *Socialismo*. En la Conferencia se presentaron más de 40 ponencias en torno a tres temas: 1) el enjuiciamiento de la política del régimen mexicano y la situación del movimiento popular; 2) los acontecimientos de Europa del Este y la URSS, y sus repercusiones en el movimiento revolucionario; y 3) problemas y tareas políticas de los socialistas en nuestro país. Las ponencias se debatieron en un marco de libertad, a pesar de que implicaron enfoques diferentes. Con ella se buscaba superar el estado de parálisis que se observaba en diversos medios a partir de los trascendentales acontecimientos ocurridos en torno al marxismo como teoría y como práctica. Al final de la Conferencia se aprobó, por consenso, una declaración en donde se reivindica la alternativa del socialismo como necesaria, deseable y posible históricamente.



El Socialismo en el Umbral del Siglo XXI

Durante los días 27 al 30 de noviembre de 1990, se llevó a cabo en la Unidad Xochimilco de la UAM el Coloquio Internacional "El Socialismo en el Umbral del Siglo XXI". Este coloquio tuvo especial importancia, tanto por la temática, como por las ponencias presentadas. En él participaron Karen Jachatúrov, Josef Pintor, Robin Blackburn, Enrique Semo, Adolfo Gilly, Robert Brenner, Daniela Grollova, Alejandro Dabat, Enrique de la Garza y otros más. Los trabajos abordaron problemas económicos, políticos e históricos de la situación del llamado *socialismo real*. El coloquio fue organizado por el Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco, la Maestría del Trabajo de la UAM-Iztapalapa y el Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco.

El Consejo Editorial de la revista *Dialéctica* participa con profunda pena el fallecimiento de:

Eli de Gortari
Gregorio Selser
Ignacio Osorio
Djuka Julius
Guillermo Bonfil Batalla
Alfonso García Robles

quienes han dejado un sensible vacío en la cultura nacional.

CRÓNICA DE UN DERRUMBE

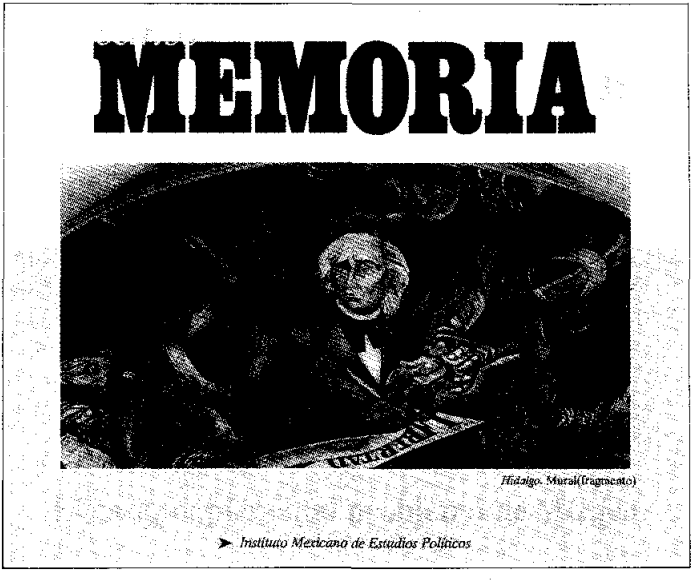
Enrique Semo, *Crónica de un derrumbe / Las revoluciones inconclusas del Este*, Editorial *Proceso* y Editorial Grijalbo, México, 1991, 274 pp.

Como producto de una larga estancia en Europa del Este en el año de 1989, el historiador Enrique Semo ha escrito un apasionante libro sobre la caída de los regímenes del llamado *socialismo real*. El volumen está dividido en ocho capítulos, que abordan, por un lado, los movimientos de oposición en la RDA, Polonia y la URSS; y por otro, los problemas de interpretación que emergen de dichos acontecimientos, bajo los títulos "La revolución conservadora", "El retorno de la burocracia" y "El otoño de los pueblos". Se incluye también un reportaje sobre el Congreso del Partido Comunista Italiano, en donde se decidió su transformación en Partido Democrático de Izquierda.

Semo considera que en Europa del Este los cambios se debieron, entre otras causas, al fracaso del sistema económico, a la incapacidad de estos regímenes para autorreformarse, a la ausencia de una auténtica democracia y al fortalecimiento de una burocracia que expropió el poder social. Por tales motivos, el pueblo acabó por levantarse a través de nuevas organizaciones, como Foro Cívico, Solidaridad, Foro Nuevo, Ciudades de la Verdad y otras, para expresar su oposición a dicho sistema. Estas organizaciones efectuaron una verdadera revolución, pero su desenlace fue conservador. En otras palabras, la izquierda democrática que integraba estos movimientos se vio avasallada por una ola conservadora que, en lugar de crear una sociedad superior, los hizo desembocar en la restauración del capitalismo.

El colapso del *socialismo real* en Europa del Este y la URSS exige hoy, de manera urgente por parte de la izquierda, un análisis objetivo, honesto y crítico. En nuestro medio no se ha desarrollado una amplia polémica que en forma desprejuiciada evalúe lo ocurrido. Ha sido más bien la derecha la que ha producido abundantes interpretaciones, con todos los medios de comunicación a su servicio. Esas interpretaciones han tenido siempre como clave la identificación de todo marxismo con la ideología oficial soviética, de todo socialismo con el modelo estalinista y de todo comunismo con la *nomenklatura* que gobernaba aquellos países. En su libro, Enrique Semo busca esclarecer, en el movimiento vivo de lo real, las características del sistema neoestalinista, las causas de su crisis y la situación actual, adoptando explícitamente una perspectiva socialista y democrática. Por todo ello, vale la pena reflexionar sobre sus planteamientos y extraer sus consecuencias para los movimientos de izquierda en América Latina.

Gabriel Vargas Lozano



¿SALTAR AL REINO DE LA LIBERTAD?

Mario Salazar Valiente, *¿Saltar al reino de la libertad? / Crítica de la transición al comunismo*, Siglo XXI Editores y Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1988, 208 pp.

El catedrático salvadoreño Mario Salazar Valiente utiliza como título de su obra, aunque colocada entre interrogaciones, la aspiración de los marxistas, condensada por Federico Engels, de provocar "el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad". El título general, *¿Saltar al reino de la libertad?*, se completa con la siguiente anotación: *Crítica de la transición al comunismo*, para indicar que se trata de una serie de tomos, del cual el presente es el primero de la serie.

Este primer tomo se compone de seis capítulos, al que se le añaden "algunas conclusiones". Los capítulos son: 1. "Introducción"; 2. "Transición y división del trabajo"; 3. "El Estado y el derecho burgués"; 4. "El Estado burgués y la división del trabajo"; 5. "Dictadura del proletariado y división del trabajo"; y 6. "Lo objetivo y lo subjetivo en la transición al socialismo y al comunismo".

El acercamiento al libro impresiona, particularmente, a pesar de no ser un texto voluminoso, porque revela los muchos años de lectura minuciosa y de reflexión por el autor sobre quienes pueden ser considerados clásicos del marxismo, y de información también de los que los siguieron, ortodoxos o heterodoxos. A lo cual agrego yo, por mi cuenta, con conocimiento de causa, que no se trata nada más de un libro producto del encerramiento en las bibliotecas, sino igualmente reflejo de una vida militante y de principios que empezó en Mario Salazar Valiente desde su adolescencia.

El libro de Salazar Valiente rebasa, desde luego, la intención original de cercar el tema en la "crítica de la transición al socialismo y al comunismo".

Antes de llegar a su visión crítica del marxismo-leninismo dogmático, ideologizado y burdo, definitivamente sepultado, el profesor universitario inicia sus reflexiones, para apuntalar la necesidad de poner al día la teoría marxista, presentando un panorama mundial de hoy, de conformidad con cifras manejadas por organismos internacionales:

De los 5 mil millones de habitantes en el mundo, tres cuartas partes viven en el infierno de la desesperación; cerca de 110 mil habitantes de la Tierra mueren de hambre cada día; en condiciones de "pobreza extrema", es decir, en la miseria, existen 280 millones de latinoamericanos.

"Todo esto —afirma el autor— ocurre cuando, por primera vez en la historia, el hombre se halla en posibilidad objetiva de erradicar, no sólo el hambre, sino todas las manifestaciones de la pobreza."

Salazar Valiente reconoce que el marxismo no es un cuerpo paradigmático acabado y definitivo. Pero protesta por el caos teórico introducido, representado por las múltiples vertientes interpretativas de la teoría, y por las señales evidentes de frecuentes faltas de nexo dialéctico de la teoría con la práctica.

En su análisis histórico, el autor arranca —aseveración compartida por otros analistas— del hecho de que no se cumplió con la previsión de Marx de que el socialismo se daría primero en el polo desarrollado del capitalismo mundial, y más bien ocurrió en el capitalismo periférico, empezando por el socialismo en un solo país. Al final de la obra, su autor confía en que la transición al socialismo empezará a manifestarse en América Latina, Asia y África por fases y vías inéditas, basadas en las especificidades nuestras, en forma distinta a las previsiones clásicas.

El libro de Salazar Valiente es una de la obras importantes del marxismo confeccionado desde América Latina. Debe tomarse en cuenta que el libro fue escrito poco antes de los acontecimientos en Europa del Este. Para el segundo tomo esperamos que Mario se ocupe, como ya lo han hecho, entre otros, Adolfo Sánchez Vázquez y Adam Schaff, de lo que ha muerto y de lo que sigue con vida del marxismo.

Jorge Turner

VALIENTE MUNDO NUEVO

Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

Valiente mundo nuevo, el último libro del escritor mexicano Carlos Fuentes, constituye un espacio de reflexión donde el autor de *La región más transparente* presenta una serie de ensayos que va desde el análisis sobre la crisis y la continuidad cultural, hasta la concepción que el creador genera sobre la novela.

El planteamiento principal de la obra gira en torno al reto que los países latinoamericanos tendrán que enfrentar en cuanto a la puesta en marcha de la nueva modernidad. Esta nueva modernidad ubicada en el contexto histórico de dos fechas: 1992 y el fin del milenio.[1]

La primera de las fechas, 1992, nos coloca en un dilema fundamental: bajo qué signo recibiremos los latinoamericanos el tan anunciado evento del Quinto Centenario. ¿Encuentro de dos mundos será la propuesta más preclara para nombrar el acontecimiento? Pudiera ser, siempre y cuando entendamos la complejidad multirracial y pluricultural de uno de los dos mundos: América.

En cuanto a la segunda fecha, el fin del milenio, nos arroja a los latinoamericanos a tener que sumarnos a marchas forzadas a la *nueva modernidad*. ¿Acaso seremos rebasados por ella?

Fuentes descarta la posibilidad de alcanzar esta nueva modernidad a través de los modelos políticos y socioeconómicos presentados hasta ahora; él considera que, en medio de los continuos fracasos de dichos modelos, sólo podremos enfrentarnos al no fácil desafío por la vía generada a través de la aplicación de la crítica y desde nuestra cultura. Esta cultura, conformada por muy diversos órdenes, que van desde la novela, el poema, la cinematografía, la pintura, hasta la memoria, el amor, la cocina, los muebles, etcétera.

Desde luego, para Fuentes la novela constituye el eje central que, a diferencia de las expresiones políticas, ha podido subsistir y evolucionar. Para el creador de *Los días enmascarados*, el discurso literario ha superado, y no poco, el discurso histórico. Desde el espacio del discurso novelesco, el escritor latinoamericano ha logrado elaborar y deberá continuar emitiendo el juicio sin apelación de la sociedad latinoamericana.

En *Valiente mundo nuevo*, Fuentes propone el discurso poético como alternativa que, de algún modo, logrará rebasar las fronteras de la fatalidad de nuestra historia; y realizando una nueva lectura de la historia, la lectura de lo que no fue, estaremos frente a la posibilidad de conocernos a nosotros mismos. Y al mismo tiempo, con esa visión tan optimista que Fuentes siempre deja traslucir, seremos colocados frente a lo que él llama "una segunda oportunidad".

Valiente mundo nuevo es, además, la continuación y ampliación de *La nueva novela hispanoa-*

[1] Desde la publicación del relato "Carne, esferas, ojos grises junto al Sena", en *Revista de la UNAM*, 1969, Carlos Fuentes proyectó su inquietud sobre el tema del milenarismo; toda la investigación realizada culmina en 1975 con la publicación de *Terra Nostra*. También en *Terra Nostra* han plasmado su muy temprana inquietud por expresar su pensamiento sobre el encuentro de dos mundos.

Las fotografías sobre la caída del muro de Berlín han sido proporcionadas por la revista *Zurda*, con material enviado por Nana Badenberg, del Instituto de América Latina de la Universidad Libre de Berlín.

Fueron tomadas del libro *Berliner Mauer Kunst*, de Heinz J. Kuzdas (Elefanten Press, 1990), y de postales de la editorial berlinesa Ararat Post Art (con fotografías de Jochen Knobloch y Ute + Bernd Eickenmeyer), así como fotografías de Martín García.

mericana / Cervantes o la crítica de la lectura y *Casa con dos puertas*. En todos estos ensayos, el autor de *Agua quemada* va esbozando y conformando su teoría de la novela. En *Valiente mundo nuevo* agrega la idea y aborda como dos puntos importantes: el tiempo y el espacio en la novela, sobre todo por el tratamiento distinto que los novelistas de este siglo han aplicado, comenzando por Jorge Luis Borges, el creador e iniciador de la gran reforma lingüística del relato hispanoamericano.[2]

En los distintos ensayos, Carlos Fuentes va citando y refiriéndose a aquellos escritores que considera más representativos del proceso revolucionario a nivel literario. En *Valiente mundo nuevo* desarrolla más profundamente, y desde un nuevo ángulo, varias de las obras que ya habían sido expuestas, como son obras de Borges, Rulfo, Cortázar, Carpentier y García Márquez.

La nueva propuesta la encabeza la integración del análisis de la épica de Bernal Díaz del Castillo, para complementar su concepción sobre la gestación y evolución de la novela hispanoamericana. También han quedado incluidos los análisis más detallados de obras, que antes únicamente habían sido mencionadas, de Rómulo Gallegos, Mariano Azuela y José Lezama Lima.

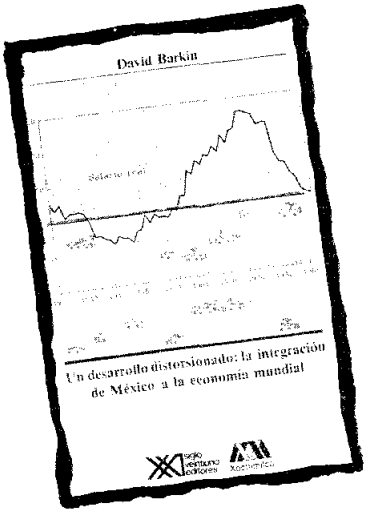
María Teresa Colchero

2 "... por razones literarias, cuando me refiero a la unidad y continuidad lingüísticas, Hispanoamérica." *Valiente mundo nuevo*, p. 10.

SOCIALISMO
REVISTA DE TEORÍA Y POLÍTICA
7 ¿DE QUÉ SOCIALISMO HABLAMOS? ■ Debate sobre las ELECCIONES FEDERALES DE 1991

libros

siglo veintiuno editores



- **economía y demografía**

UN DESARROLLO DISTORSIONADO: LA INTEGRACIÓN DE MÉXICO A LA ECONOMÍA MUNDIAL

David Barkin

Este libro examina los efectos del manejo de la crisis sobre el país, su pueblo y su medio ambiente; cuestiona la sensatez de la interpretación actual de la crisis, y ofrece guías para una estrategia alternativa de desarrollo económico.

ALIMENTOS *VERSUS* FORRAJES

La sustitución entre granos a escala mundial

David Barkin, Rosemary Batt y Billie R. DeWalt

El logro de la autosuficiencia alimentaria ha sido la meta principal de los países en vías de desarrollo durante los últimos 25 años. Sin embargo, en los años ochenta, la mayoría de estos países ha aumentado, a veces demasiado, su dependencia de las importaciones de alimentos.

- **sociología y política**

ORGANIZACIÓN DE PRODUCTORES Y MOVIMIENTO CAMPESINO

Estela Martínez Borrego

El sector agrícola es sin duda el más afectado por la crisis y donde se ponen de manifiesto más claramente sus causas y sus resultados. Dentro de estos últimos, los más significativos son los que atañen al grupo social mayoritario del sector: el campesinado.

Los Noventa

Cultura crítica de nuestro tiempo

Una colección indispensable para estar al día en el conocimiento de México y el mundo

Títulos recientes

- **HISTORIA ECONÓMICA DE LA POBLACIÓN MUNDIAL**
  Carlo M. Cipolla
- **EL MUNDO DE LOS BIENES**
  Mary Douglas y Baron Isherwood
- **LOS LOCOS Y LOS CUERDOS**
  Ronald D. Laing
- **INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA**
  John Kenneth Galbraith
- **EL MOVIMIENTO OBRERO LATINOAMERICANO (Tomo I y II)**
  Ricardo Melgar Bao
- **LA DANZA EN MÉXICO DURANTE LA ÉPOCA COLONIAL**
  Maya Ramos Smith
- **IMAGINACIÓN Y CRISIS EN LA EDUCACIÓN LATINOAMERICANA**
  Adriana Puiggrós
- **INTRODUCCIÓN A LA TEORÍA ECONÓMICA DEL DESARROLLO**
  Walter Elkan
- **CUATRO HISTORIADORES DE INDIAS**
  Edmundo O'Gorman
- **LA NUBE DE LA VIDA**
  Fred Hoyle y N.C. Wickramasinghe

LOS LIBROS TIENEN LA PALABRA

De venta en puestos de periódico, tiendas de autoservicio, módulos y librerías de Educal y en las principales librerías del país.

Informes:
EDUCAL, S.A. DE C.V., Av. Ceylán 450, Col. Euzkadi
Tels. 556 88 22, 556 84 10, 556 83 15, 556 84 90 y 556 83 95

grijalbo

ALIANZA EDITORIAL MEXICANA

Dirección General de Publicaciones

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes